AÑO 1 – NUMERO 6 – $ a 460.-

PARSEC

CIENCIA·FICCION REVISTA·

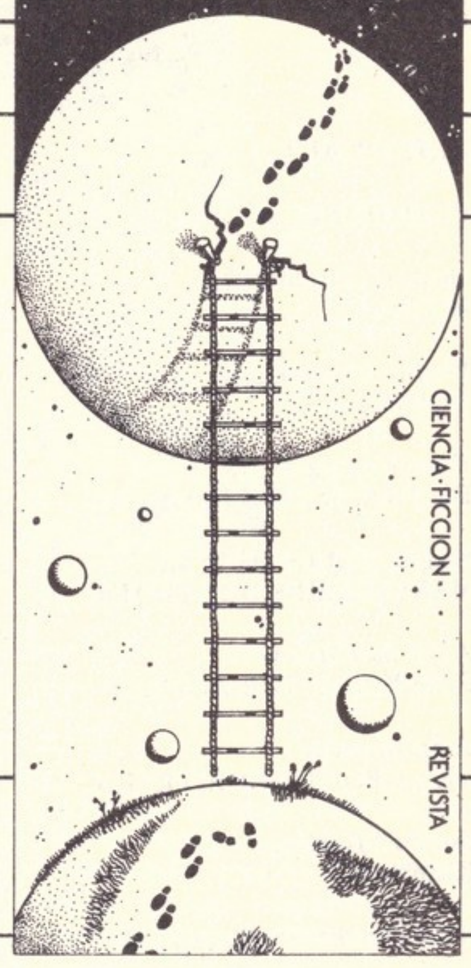
KURT VONNEGUT, Jr.
ANNE McCAFFREY
JOHN BRUNNER
DEAN KOONTZ

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NOVIEMBRE 1984

AÑO 1
NUMERO 6

PARSEC



DIRECTOR EJECUTIVO
DANIEL RUBEN MOURELLE

DIRECTOR EDITORIAL
SERGIO GAUT VEL HARTMAN

CONSULTOR DE DISEÑO
Omar Comin

COLABORADORES
Alejandro Schwerdel
Mirta Rosenberg
Pablo Román
Cecilia Polisena
Graciela Parini
Miguel Doreau
Elvio E. Gandolfo
Pablo Ruina
Horacio Seto *(tapa)*
Verónica Figueirido
Norma Dangla
Tomás Mooney
Alejo Cuervo
Agustín Juareguízar
Joan Manel Ortiz
Miguel A. Martínez

PRODUCCION Y DISEÑO
GRAFICOS
Taller de Ediciones Independientes
855-3472 / 854-9982

Impreso en el mes de octubre
de 1984

Parsec Ciencia Ficción Revista es una publicación mensual de Ediciones Filofalsía (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina). Distribuidor en Capital Federal: Mateo Cancellaro e hijo (Echeverría 2469 — 5o. C). Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. (c) 1984, **Filofalsía**. Prohibida la reproducción total o parcial. Registro Nacional del Derecho de Autor Nro.: 265.514. Impreso en Argentina. Las menciones que se publican, incluidas marcas, ilustraciones y precios, tienen el carácter exclusivo de servicio y su publicación no implica responsabilidad o compromiso, excepto el informativo. PARSEC no recibe remuneración alguna por la información que publica. Los números atrasados pueden solitarse al precio de tapa del último ejemplar en circulación. **Filofalsía es marca registrada del Taller de Ediciones Independientes.**

STEVENSON LIBROS

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CONTENIDO

Ilustración de tapa: Horacio Seto

EDITORIAL (1) 3

EDITORIAL (2) 6

Dean R. Koontz
MUSA 9

Phyllis Eisenstein
UNION 22

Kurt Vonnegut, Jr.
EL GRAN COITO ESPACIAL 34

Sergio Gaut vel Hartman
MERCADERES DEL TIEMPO 41

Anne McCaffrey
CAMPOS DE TERCIOPELO 53

John Brunner
UNA OPORTUNIDAD PARA LA SIMETRIA 63

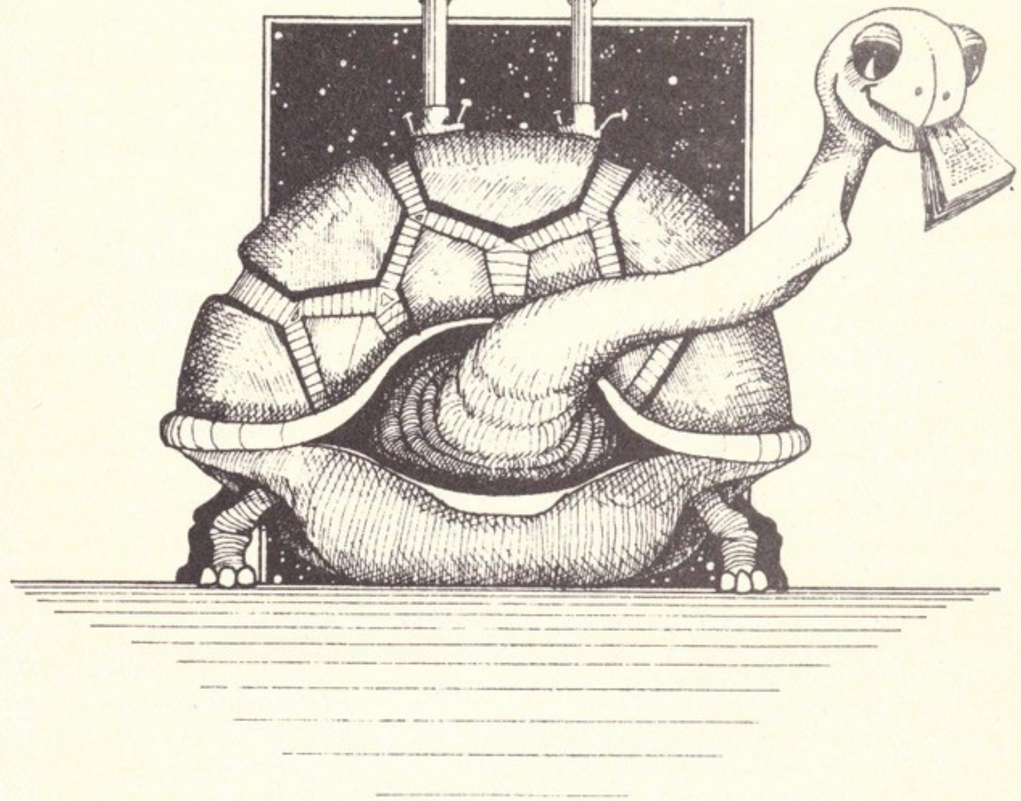
Comin / Doreau
IDENT (IV) 74

INDICE GENERAL (1 al 6) 79

UN PARSEC DE INFORMACION 83

LA NAVE CORREO 91

EDITORIAL/1



Fundar una empresa que se dedique a la edición de libros y revistas trae, además de los riesgos conocidos que sufre toda inversión, otros que pocos sospechan pero que son mucho más letales: los producidos por las *Tortugas Negras.*

En esta época que vive la Argentina, pocos peligros son tan temidos como los que ocasiona este grupo de características singulares y en el que se enrolan múltiples personalidades, en algunos casos, por ustedes conocidas, y en la más oscura clandestinidad en otros.

Así como Superman tiene a Luthor, Batman al Acertijo, Control a Kaos..., el TEI camina por el mundo llevando adelante una titánica lucha contra las *Tortugas Negras.*

Ustedes dirán: ¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Cómo es que nunca antes supimos de ellas?... Pero sí las conocen; el hecho de que desconozcan su nombre de batalla no hace más que confirmar su efectividad en cuanta oscura maldad se les pone a tiro. Están aquí y allá aunque, por suerte, no en todas partes. Ellas han sido las encargadas de que las leyes de Murphy, en el caso del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TEI, se verificaran una a una sin excepción: allí donde algo tenía la más mínima probabilidad de salir mal, salía mal.

Si un ejemplar de PARSEC podía tener una página en blanco, aparecía en blanco. Nunca dos ejemplares estarían cortados a la misma altura ni saldrían de la imprenta en la fecha estipulada. Si alguna vez este titular de Ediciones Filofalsía y el Gran Alejandro (el Otro) tenían que llegar con urgencia al centro de la ciudad, la Avenida Corrientes sería blanco de uno de los más increíbles embotellamientos de tránsito que puedan imaginar. El cálculo previo de páginas de un número cualquiera de PARSEC jamás ha dado exacto, las *Tortugas Negras* se las han ingeniado para alterar el buen andar de mi calculadora de bolsillo, de tal manera de tener que agregar un cuento de última hora (buscándolo de manera desesperada) o, como viene pasando desde hace varios números, que el pobre de Malzberg venga patinando con su "Danza" a cuestas sin esperanzas de que le encontremos un espacio.

Quiero entonces expresarles mis disculpas por confirmarles la presencia de estos nefastos adversarios, ocasionándoles una preocupación más, pero también y en un plano de mayor importancia por los negativos efectos (fallas varias: páginas en blanco, al revés, repetidas, faltantes, retintadas, etc.) que han ocasionado en PARSEC. Todo aquél que tenga en su poder alguna de esas "curiosidades" de la gráfica puede venir a cambiarlas por un ejemplar hecho y derecho, aquí a la redacción de lunes a jueves de 14 a 17 hs.; esto vale para ahora y en el futuro para cualquiera de las publicaciones de Filofalsía.

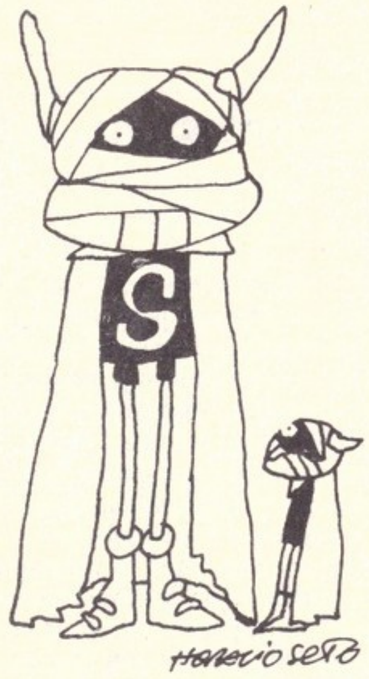
Y ahora: a la estrategia de combate. ¿Cómo enfrentarnos a las *Tortugas Negras*?

Una de las acciones más terribles que han llevado adelante últimamente es haber aumentado los costos de la industria gráfica de una manera desopilante; si ustedes se asustan por la inflación que sufre el "costo de vida", ni quieran pensar las diferencias insólitas que vemos en nuestras facturas ¡ ¡semana a semana!! Esto ocasiona que el precio de venta de PARSEC también suba de manera desproporcionada (y lo seguirá haciendo, casi con seguridad, hasta marzo del 85; la alternativa es aumentar el precio o dejar que PARSEC "desaparezca" como le ha pasado a tantas otras publicaciones de su tipo). Es así que quiero enfatizar, para aquel lector que aún anda un tanto desprevenido, la conveniencia de convertirse en suscriptor a *Clepsidra* y así gozar de un descuento del treinta por ciento en la adquisición de PARSEC/Revista. Pero esto no es todo; ante el buen recibimiento que ha tenido el PROCON, hemos decidido arriesgar un paso más y proponerles la creación de una *RED DE LECTORES Filofalsía* que pueda, de manera lenta pero efectiva, extenderse por todo el país, más teniendo en cuenta que PARSEC sólo se distribuye en la Capital Federal. Esto no sólo abarataría los costos gracias a la venta directa al lector, sino que aceleraría la información y permitiría descuentos en el caso de las ventas por pago anticipado o en las suscripciones combinadas a varios títulos. La condición para ser "socio" de la RED no será una cuota sino la obligación de suscribirse a *Clepsidra*, de este modo recibirán periódicamente

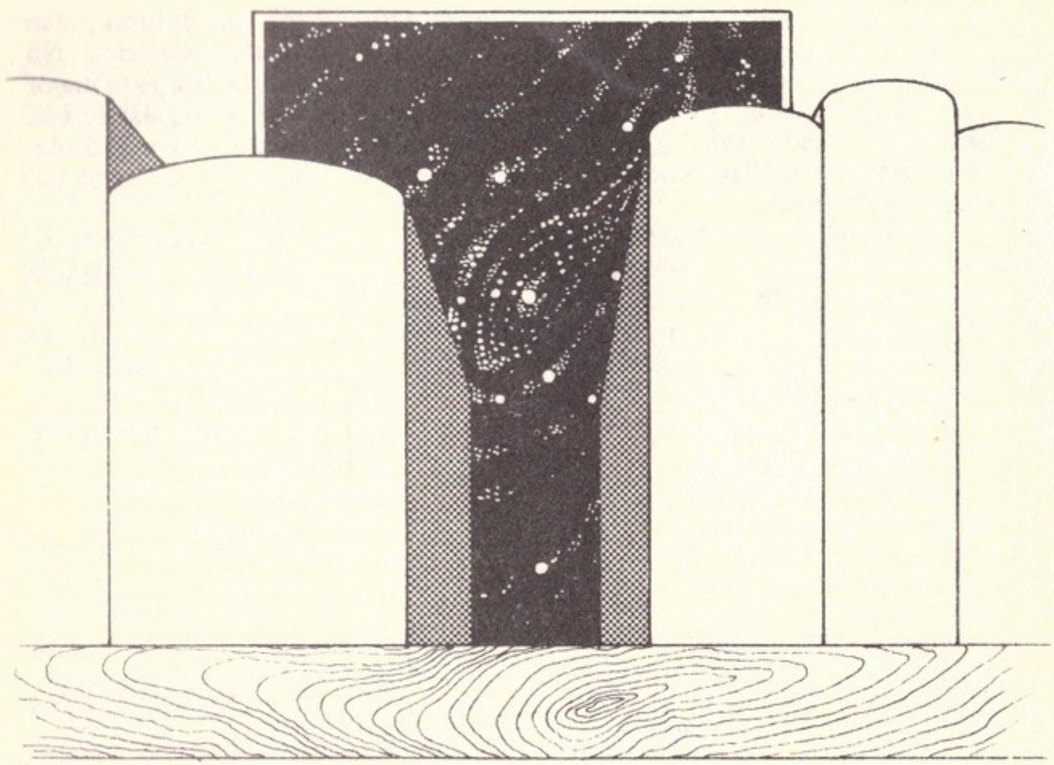
los anuncios de novedades y bonificaciones (los que ya son suscriptores pasan a integrar la RED en forma automática y gozan de todos sus beneficios). No olviden tampoco que, si ustedes comentan nuestra existencia, ésa es la mejor promoción que podamos tener, y que, si hacen nuevos "socios" regalando una suscripción, no sólo van a quedar *como duques* por poca plata, sino que además consiguen dar otro paso en el abaratamiento de costos, lo cual es un beneficio para todos.

Para terminar, y volviendo al tema de las *Tortugas Negras*, si tienen oportunidad de andar algún viernes por las reuniones del CACyF y ven que alguien al descubrir un defecto en PARSEC o en alguno de nuestros libros, en lugar de acercarse a reclamar con sobriedad, lo hace a los gritos para que todos se den cuenta...Comiencen a mirarlo con recelo; ya saben a qué antenerse. *Adieu.*

Daniel Rubén Mourelle



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



EDITORIAL/2

Expresan algunas cartas (obviamente no todas merecen ser publicadas) y nos dicen los amigos (los que nos esperan en las esquinas, amparados por las sombras): ¿Por qué los Editoriales de Parsec se limitan a presentar los relatos y delinear someramente el tono del número y jamás "editorializan"? ¿Cuál es la razón que nos inhibe de modelar, con nuestra opinión, el consenso sobre el que se asienta la ciencia ficción en la Argentina?

Reflexionamos (aquellos que nos imaginan como toros o rinocerontes, perpetuamente obsesionados por la embestida, tienen una buena oportunidad para morderse la lengua) y llegamos a la conclusión de que la corona del Pontífice no nos cae a la cara. ¿Tenemos derecho a determinar qué es *sí* y qué *no* en un medio conflictivo, contradictorio e inmaduro como lo es el género que nos importa en nuestro país? La riqueza está en la variedad, en las opiniones encontradas que puede provocar una obra de ficción. Pero de ningún modo nos seduce la idea de usar esa ventana a la fantasía que constituye el Editorial de una revista especializada para proponer, asegurar, determinar, inducir,

coaccionar, manejar, influir... ¿Saben que tenemos lectores de doce años, quince, diecisiete? Aquí, junto a usted, del otro lado de la pared, apenas a un parsec de distancia, está la maravilla. Sé que podemos decir: "Traemos un puñado de maravillas y lo desparramamos gozosamente sobre la mesa". No sentimos el riesgo, el compromiso. Los relatos pueden ser buenos, regulares o malos y no nos preocupa. Decimos: "Esto es lo que se escribe. Elijan y rechacen. Disfruten o protesten. Aquí está." Y nos vamos a preparar el número siguiente. No le tememos a la *idea*. Preferimos que fluya, mansa y natural, de las ficciones que publicamos en Parsec.

Claro que preparar número a número uno de esos editoriales ambiguos, impresionantes y tramposos tan caros a otras publicaciones nos libraría de cometer errores. Como anunciar un relato de Malzberg que a la hora del armado definitivo tuvimos que excluir u omitir el de Leiber que fue a último momento en Parsec/3. Aunque no nos serviría para acallar nuestra voz interior...

(Burla burlando no quedó espacio para presentar los cuentos. Podrán pensar que esto también es un recurso. Si no hay otro remedio... Dicen que el hombre es el lobo del hombre. Casi todos los que participamos en esta entrega de Parsec parecemos opinar igual en las ficciones que pergeñamos. Anímese. Tal vez usted no sea exactamente un hombre. O quizá no tengamos hambre.)

Sergio Gaut vel Hartman

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Koontz nació en 1945 y publicó un buen número de relatos de cf antes de 1970, especialmente en las páginas de F & SF. Luego, tal vez tentado por géneros más lucrativos (vimos algunas novelas suyas mezcladas con best-sellers de diversa catadura en librerías céntricas), desapareció de las páginas que solía frecuentar... "Musa" está muy lejos de la blanda muerte que proporcionan los dragones, lejos de "Nosotros tres" y "La cama número doce". Pero la serpiente suele morderse la cola.

MUSA

Dean Koontz

El pelo caía sobre los pechos de la chica como manteca derretida, amarillo oscuro, destellando entre pliegues de sombras y luces tenuemente ambarinas que parecían descolgarse del cielo raso. Lo había partido al medio y de ese modo ocultaba y mostraba alternativamente las más grandes maravillas. Salió del baño secándose con pequeños golpecitos los labios recién pintados con lápiz labial rosa nevado.

—¿Qué? —preguntó.

Yo me estiraba y desperezaba metido en la litera con la cara enterrada bajo la almohada, echado sobre el estómago, y desnudo de la cintura para arriba. Señalé el cacharro que estaba sobre el piso. —Ponme a Icky sobre la espalda, por favor, Lynda.

Atravesó el cuarto con pasitos de bailarina, flotando como una hoja en el cuarto sin viento del graviplano, una preciosidad de curvas y hundimientos, baluartes y depresiones. Se sentó sobre el filo de la cucheta, con el pelo danzando para ocultar sus tesoros aunque sólo parcialmente, y metió las manos dentro de la ancha boca del cacharro, levantando a Icky y sosteniéndolo como quien sostiene un poco de jalea lista para comer o un buen pedazo de hígado crudo.

Ilustraciones de Pablo Ruina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Cuidado —le dije.

—¡Oh!, cállate la boca. Icky y yo sabemos muy bien lo que estamos haciendo.

—Siempre lo mismo...

—¡Silencio!

Acomodó la babosa sobre mi espalda, directamente entre mis hombros, haciendo presión con toda delicadeza para que las patas adhesivas se sostuvieran con firmeza. Entonces alzó la parte posterior y dobló el morro sensorio hacia abajo de modo que el lado de los poros quedara contra mi piel evitándole a Icky el trabajo de hacerlo por sí mismo, con todos esos desagradables y húmedos retorcimientos y serpenteos. Trataba de no pensar en Icky cuando lo sentía crisparse, deslizarse y resbalar sobre mi piel. Pero Lynda sabía hacer las cosas. Tenía experiencia, como ella decía. Y a pesar de todo me seguía produciendo cierta inquietud.

—Todo en su lugar —dijo señalando la finalización del ritual.

Sentía los zarcillos como una vellosidad fina y delicada moviéndose cautelosamente sobre mi carne, reptando sobre mi esqueleto sin producirme dolor y haciendo un suave contacto con mi cerebro en los lugares indicados. Icky estaba conmigo. Estaba en mí. Una sensación muy peculiar me recorría y me colmaba desde el centro de mi cuerpo. Mis músculos se encontraban más tonificados y mis sentidos se agudizaban una vez realizado el contacto. Tomé la guitarra y comencé un rasgueo preliminar, pulsando las cuerdas, tensándolas a lo largo de la estrecha caja, tocando los últimos temas para que Icky pudiera experimentarlos.

—Aterrizamos en quince minutos —dijo Lynda, dándome una palmadita en el culo—. Sería mejor que terminaras de vestirte. —Se detuvo y volvió al baño, sacudiendo cada gramo de su delgado cuerpo a cada paso.

—Si todavía hay tiempo... —supliqué.

—Pero no lo hay —dijo ella con un guiño—. De modo que apúrate.

De vuelta al hogar Lynda se paró junto a mí, sosteniendo mis manos entre las suyas, juntando sus minúsculos dedos con los míos. Icky estaba en mi espalda, disimulado por el ajustado traje de cuero negro. Aunque mirándolo bien no tan disimulado. Con su cuerpo de gelatina redondeaba la concavidad entre los hombros y engrosaba mi cuello allí donde debía ser recto y fino. Lynda me confortaba y me daba ánimos guiñándome los ojos y acariciándome colgada de mi brazo, mientras susurraba cosas que sabía apropiadas para hacerme sentir bien. Cosas tales como eres un gran músico, todo el mundo te ama, y lo que me haría si por casualidad pudiera tenerme a solas por un rato y sin apuro. Era grandiosa. Había tanta confianza en su mirada que me hacía sentir confiado a mí también. Había tanto amor que me calmaba. Icky (el nombre auténtico es impronunciable fuera de su propio sistema solar), me consolaba con los zarcillos, mediante esa discusión sin palabras que sosteníamos dentro de mi cabeza. Proyectaba imágenes que infundían seguridad, me ayudaba a

madurar y me preparaba para lo que vendría.

Lynda se apropió del último momento de privacidad que nos quedaba para estrujarme la mano una vez más.

Icky me tocó tranquilizándome con plumas de protoplasma.

Y las puertas se abrieron ante nosotros como una amplia ventana que se descorre. Más allá se encontraba el aeropuerto.

Y la gente...

Había por lo menos ocho mil, tal vez diez mil en ese lugar. La marea humana se estiraba en todas direcciones, personas de todas las edades, pero en su mayoría jóvenes, ondulando, rugiendo y sosteniendo carteles que decían ¡TE AMAMOS LEONARD CHRIS! y ¡BIENVENIDO A CASA LEO! Chillando, chillando, chillando. Habían pasado nueve años y yo había trepado por una escalera a oscuras para convertirme en el músico más famoso de la galaxia, conocido no sólo por la raza que se llama a sí misma La Humanidad, sino también para las Siete Razas. Conocido y comprendido en parte por mí y en parte gracias a Icky, pero escuchado por todos. Pero aun así era una revelación que una ciudad tan al margen de las corrientes culturales como Harrisburg, Pensilvania, pudiera suministrar semejante multitud para recibirme. Creo que comencé a temblar.

Los guardias subieron a la plataforma, me rodearon y me hicieron bajar hacia la limousine que nos estaba aguardando. No era un coche gravitatorio sino un Ford antiguo y confiable, una pieza de museo con neumáticos y todo. Nos arrojaron a los asientos traseros mientras dos motociclistas abrían paso describiendo fintas y realizando verdaderas proezas para mantener a la gente alejada. Así seguimos durante todo el viaje.

—No resultó tan malo, ¿verdad? —dijo Lynda.

Icky me hizo una pregunta parecda pero sin palabras.

La multitud no se conformaba con dejarnos pasar sin ofrecer resistencia. Se apretujaban junto al coche, ansiosos por tocar la ventanilla a través de la cual podrían verme. Aullaban mi nombre.

—Principalmente chicas —acotó Lynda.

—¿Celosa?

—No. No te quieren a ti. Por lo menos no entero. Sólo desean llevarse un pedacito tuyo a casa como recuerdo.

Después que atravesamos la multitud, nos dirigimos a gran velocidad hacia el hotel, con nuestros motociclistas haciendo sonar las sirenas de las máquinas en forma permanente. Rebusqué dentro de mis bolsillos y toqué la carta de mi padre una vez más. Estaba toda arrugada porque yo había hecho un bollo con ella después de leerla, pero tenía que verla una vez más, para convencerme de que la había interpretado correctamente. En realidad lo que decía no daba lugar a ningún error: "Hijo, no trates de traer **Eso** contigo. Ven solo, y serás bienvenido, muy bien recibido. Pero si traes a ese condenado gusano, si llegas a aparecer con ese titi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ritero que te cabalga las espaldas como un demonio, que pervierte tu cuerpo y contamina las cosas que hacen de ti un hombre, entonces mantén a esa criatura infernal lejos de nosotros. Si lo traes contigo, hijo, entonces quédate en algún condenado hotel, en cualquier parte. Pero no vengas a casa. Y si lo traes contigo, si insistes en transportarlo, entonces no quiero verte. No quiero que me recuerden lo que esa cosa te ha hecho".

Pero por supuesto yo tenía que viajar con Icky. Y ahora estaba volviendo a casa como un triunfador. Pero la entrada a mi propia casa me estaba negada. El lugar de mi infancia, el jardín que yo había inmortalizado en **Las Flores de la Infancia.** Apreté los dientes; sentí el gusto de la rebelión amargándome la boca, traté de anular la angustia que me subía desde lo más profundo del ser y se había apoderado de mí desde la última vez que leyera la carta. Al principio sacaba fuerzas de mi propia furia, del enojo que me producían los nombres con los cuales mi padre había denominado a Icky. Pero todo aquello había desaparecido. Era imposible temblar de ira ante la simple y brutal ignorancia. Los únicos sentimientos que me quedaban eran la lástima y el disgusto, y ninguno de ellos podría sostener mi enojo. Me sentí impactado cuando releí la última línea de la carta, y juré que no lloraría por la estupidez de mi padre.

Lynda tomó mi mano.

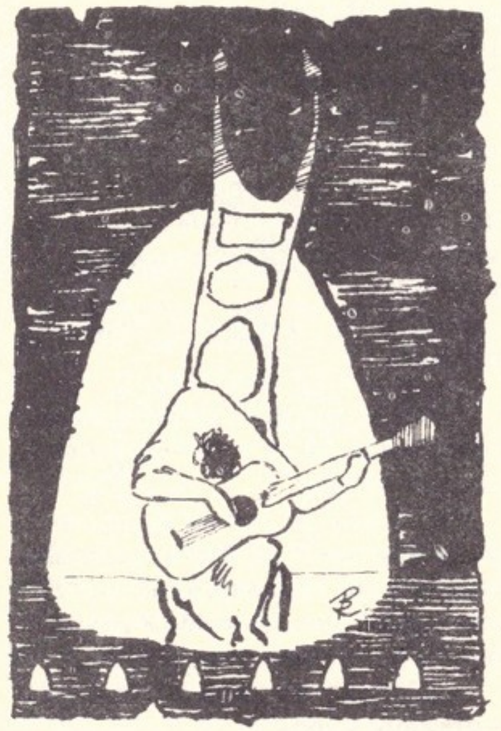
Icky tocó mi mente, y me apaciguó un poco.

Una vez en la ciudad propiamente dicha, el conductor engañó a la multitud conduciendo la limousine calle abajo por una paralela. Atravesó una callejuela estrecha y nos hizo entrar en el hotel por una entrada de servicio. Sólo había una docena de personas esperando y la policía usó una sustancia química diluída sobre ellos, tras lo cual nos introdujo sanos y salvos y a gran velocidad.

Nos detuvimos en una habitación llena de provisiones y cajas de alimentos envasados en latas y potes. Una hilera de tachos de basura se alineaba sobre la pared izquierda. Despedían un terrible olor a podrido. El gerente nos estaba esperando parado en el lugar y un poco alejado de los recipientes de basura. Usaba un traje negro (no de cuero), y un clavel blanco en la solapa. Lucía una sonrisa tan amplia como la de una calabaza calada con forma de cara grotesca e iluminada por dentro, lo que le confería una expresión absolutamente falsa. Vino hacia nosotros, tomó la mano de Lynda y la apretó ligeramente. Se dirigió hacia mí y estrechó mi mano con fingida cortesía. Podría decir que se sentía renuente a tocar la mano de un humano que vivía en simbiosis con una babosa, pero al recordar toda la gran publicidad que recibiría el hotel, se sobrepuso magníficamente y mantuvo su sonrisa intacta.

—Es un gran placer, señor Chris. Mi nombre es Cavander. Harold.

—Señor Cavander —le dije cortesmente, más aun considerando que lo que estaba pensado de él no era cor-



tés—. ¿Nos podía indicar cuáles son nuestras habitaciones, por favor? Tengo que descansar para el concierto de esta noche. —No era cierto, me encontraba suficientemente descansado, pero deseaba cuanto antes salir del cuarto de la basura y alejarme de la vista del tipo. La manera en que miraba mi joroba me daba escalofríos.

—Ah... —dijo, repentinamente perturbado.

—¿Si? —pregunté con impaciencia.

—La Gran Suite...

—¿Si?

—Bien, el hecho es que tenemos una pequeña confusión de horarios y a último momento nos encontramos con que ya habíamos reservado la Gran Suite...

—Para nosotros da igual una suite normal —dije, agarrándome de donde pude. Una vez que se supiera que un par de simbióticos se había alojado en su preciosa Gran Suite, muchos de los que hubieran pasado allí su luna de miel, y la mayoría de los "aristócratas", considerarían el lugar como poco apropiado para hacer el amor o darse ínfulas. El tipo sólo estaba cuidando su negocio. De todas maneras lo odié.

Cuando me oyó decir ésto pareció aliviado y casi se las ingenió para esbozar una auténtica sonrisa. Pero se contuvo a tiempo y volvió al sonido hueco de antes. —Por aquí, entonces, y realmente espero que sepa disculpar este terrible inconveniente. De veras no sé cómo pudimos haber sido tan estúpidos...

Cuando Cavander hubo supervisado que acomodaran nuestras valijas (venían en un automóvil que nos seguía y permaneció con nosotros hasta que el coche llegó) y tuvo la certeza de que teníamos suficientes toallas, jabón y papel higiénico, se marchó. Le dije hasta luego y cerré la puerta detrás suyo con violencia.

—Arrastrado e insignificante —resopló Lynda dejándose caer en una cómoda silla forrada en cuero y se sacó los zapatos.

Abrí la caja de mi guitarra y saqué la hermosa Trevelox Electro y coloqué los amplificadores en semicírculo. Le haría pagar a ese gordinflón de Harold Cavander por lo que había hecho. Haría estallar los tímpanos de todo el piso, y no creo que tuviera el valor suficiente como para pedirme silencio. Tendría miedo de que bus-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cara alojamiento en otro sitio. Y por sobre todo sus prejuicios, querría atendernos bien; no deseaba echarse toda esa publicidad en contra por no habernos servido como correspondía.

—¿Qué podría ser? —le pregunté a Lynda.

Acurrucó sus pies en el profundo pelaje de la alfombra. —El que escribiste la otra noche, **Mente Oscura.**

—Sí. Creo que ese andará bien.

Toqué las cuerdas ensayando. La música fluyó a través de mis huesos, se escurrió por mis dedos y apuntó hacia las demás habitaciones con sonidos casi táctiles. Volví hacia atrás y recomencé desde el principio, pero esta vez a todo volumen. Me sentía bien. Icky se sentía bien. Disfrutaba tocando mi mente para indicar que todo estaba bien, que aquel tema, **Mente Oscura**, era una gran cosa. Canté a voz en cuello, tal como lo haría por la noche sobre el gran escenario. Y por un minuto el cuarto y Lynda desaparecieron y yo **estaba** encima del gran escenario, sentado en una banqueta ante cinco mil fanáticos enardecidos, con Icky encaramado sobre mis hombros. Toqué como no lo había hecho nunca hasta ahora, pero en mi visión la gente comenzaba a irse, se levantaban y se alejaban buscando la salida en el momento en que yo comenzaba la segunda canción. Y cuando se iban marchando vi el motivo por el cual no se quedaban: cada uno de los cinco mil era mi padre, cada uno tenía su cara...

—Este es su camarín —dijo el hombre señalando un agujero con forma de cubo. Había un vestidor y un espejo enorme como único mobiliario. Pero eso no me afectaba, era todo lo que necesitaba. Estaba más interesado en el hecho de que el hombrecito también era un humano simbiótico con una babosa, y tenía una joroba sobre la espalda donde descansaba su propio Icky.

—¿Cuánto hace que la tiene? —le pregunté.

Me miró perplejo durante un minuto, entonces se le iluminó la cara con una sonrisa.

—¿Icky? —La sonrisa se amplió y pude ver que en ese momento estaba en medio de alguna clase de sutil comunicación con su compañero simbiótico—. Ah, hace como tres años.

—¿En qué se basa el trueque? —preguntó Lynda.

—Icky es un romántico. Le encanta viajar. Quiere ver todos los rincones de este mundo. Se quedará conmigo hasta que muera, y entonces se mudará a otra persona, siempre mirando, siempre tomando cosas para sí.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Algo. No puedo ir al planeta-hogar de Icky, a su sistema solar. Pero él puede obsequiarme visiones de cada mundo que ha visto con sólo tocarme algunas partes del cerebro con sus filamentos. Creo que pensarán que yo también soy un romántico.

—Eres el primer simbiótico que he visto desde que llegamos —le dije.

El hombrecito frunció el ceño. —No hay muchos aquí. Esta es una pequeña ciudad provinciana. Estamos en el Cinturón Bíblico, ya sabe. Cumberland Valley es la región de los Conservacionistas.

Quizás encuentres sólo unos pocos cientos por aquí. Pero debe haber miles en las ciudades... en las grandes ciudades.

—Once millones de simbióticos —dijo Lynda—. Lo leí en alguna parte.

—Avizoro un día cuando...—dijo el hombrecito—. Oh, tu madre está esperando para verte. La dejé afuera al lado de la oficina. ¿Quieres que vea mi espalda?

—Sí, por favor —le dije mirando a Lynda.

Más tarde, después de que vino mi madre, cumplió y se fue, me senté en el escenario desnudo, mirando por detrás del telón, con mi guitarra en el regazo. En algunos instantes esa monstruosidad de terciopelo se partiría en dos, revelándome ante el público y éste a mí. No haría punteos preliminares, comenzaría directamente con **Las Flores de la Infancia**. Me sentía bien. **Las Flores de la Infancia**, querían significar algo, algo que quizá lograra ablandar a mi padre. El había pedido verme, después de todo. Aunque en realidad el mensaje que mi madre me había entregado era parco y sin emoción. Decía que deseaba verme detrás del escenario una hora después de la función, una vez que todos se hubieran ido y que no deseaba ser visto por nadie mientras conversaba conmigo. Aún estaba lleno de prejuicios. Yo me había preparado para recibir uno de sus sermones persuasivos destinados a hacerme olvidar a Icky. Pero también confiaba que él, aunque desganadamente, aceptaría mi relación simbiótica con Icky. De todos modos, algún día tendría que aceptarlo, ya que el deseo de ruptura no estaba en mi forma de ser.

Entonces se descorrió el telón.

Y yo estaba asustado.

Como siempre.

Las Flores de la Infancia, se tramó en mis laboriosos dedos como si las cuerdas fueran los hilos de oro de algún telar mágico. Hice una doble exposición del tema que duró aproximadamente catorce minutos. Cuando terminé estaba bañado en sudor, y el público aplaudía salvajemente. Icky tocaba mi mente, y una parte del nerviosismo desapareció.

A continuación interpreteé **Mente Oscura**, mi canción sobre el prejuicio, y lo hice con total convicción.

Lynda y yo esperábamos sobre el escenario a oscuras. El público se había marchado. El clamoreo y el retumbar de los aplausos se habían convertido en susurros que se alejaban corriendo entre las filas de asientos. El eco de mi música aún resonaba. Estábamos esperando a mi padre.

Cuando llegó, advertimos que lo acompañaban algunos amigos.

Se acercó al centro del escenario. Un gran hombre, pulcramente afeitado, vestido con un traje gris. Detrás venían dos de los hombres que aparentaban ser sus amigos. Era un consuelo.

La situación no se planteaba desde el principio como un amigable intercambio de confidencias. Por lo me-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nos no estaba tan avergonzado como para tener que esconder nuestro encuentro a los ojos del público. Me senté en la banqueta, y Lynda en una silla a mi lado, esperando a que él trepara al escenario.

Tres de los hombres surgieron y se pararon del lado derecho del proscenio, junto a las columnas y los otros dos permanecieron detrás de mi padre.

—Len —dijo inclinando la cabeza gris, las manos a los costados, revelando rigidez e incomodidad.

—Hola, Papá —dijo Lynda en primer término. Seguí su ejemplo. Aún había piedad dentro de mí.

—Fue un buen espectáculo —dijo con torpeza.

—Me alegro de que vinieras.

Uno de los hombres atravesó el escenario y se ubicó al lado de la columna izquierda.

Walter Chris vino hacia mí. Una versión más vieja de mí mismo. Sus amigos permanecían a ambos lados del escenario como guardaespaldas.

—¿Por qué, Len? —dijo simplemente, mostrando las palmas en un gesto con el cual yo estaba tan familiarizado. Cuando era chico y cometía alguna travesura propia de mi edad, él realizaba el mismo gesto de pregunta y asombro. Con las palmas de las manos vueltas hacia arriba y los hombros encogidos.

—¿Por qué, qué? —Yo estaba temblando. Quería que él comprendiese a Icky, pero también estaba casi seguro de que se abriría del compromiso.

—Por qué lo trajiste. Te pedí que no lo trajeras.

—Tenía que hacerlo, Papá.

—Pero, ¿por qué?

—Una babosa —le expliqué con toda paciencia—, necesita un receptor. Se moriría en veinticuatro horas si yo me la sacara de encima. No acostumbro a quitarme a Icky por más de doce horas seguidas. Tenía que traerlo.

—Tú has tenido de todo. Tienes dinero, fama. ¿Por qué tenías que humillarnos a tu madre y a mí de este modo, con **Eso**? No estuvo bien, Len. No fue correcto humillarnos de este modo.

Se aproximaba hacia mí con algo en la mirada que no era justamente preocupación paterna. Tenía la cara torcida por un extraño rictus. Los dos amigos avanzaban también desde las columnas del proscenio.

—¿Qué significa esto? —pregunté, bajándome de la banqueta.

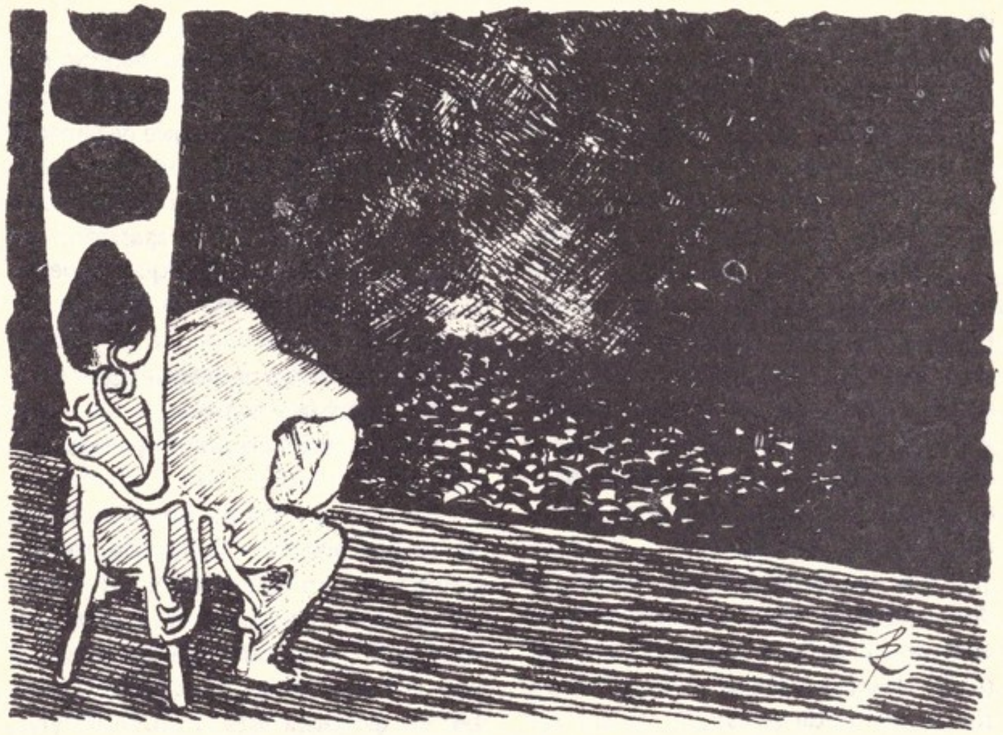
—Tenemos un pequeño grupito... —comenzó a explicar mi padre.

—¿Qué clase de grupito? —Lynda también se bajó de su silla.

—Uno al que no le gusta la clase de cosas que han venido sucediendo... todos estos simbióticos, todos estos titiriteros.

—¡No son titiriteros! —protesté. Me parecía estar gritando desde adentro de un pozo tan profundo que ni siquiera los ecos volvían hacia mí—. ¡Ellos toman, es cierto, pero también dan a cambio!

—Es un signo de debilidad de carácter —dijo uno de los amigos de mi padre—. Solamente un débil o un flojo necesitan el sostén y el aliento de un gusano alienígena como ése que estás usando.



—Papá —dijo Lynda-: mantente fuera de ésto, Papá.

—**Tú** mantente al margen, tesoro.

Yo sentía que estaba a punto de volver a sumirme en el el rugido del escenario, en el torbellino de luces deslumbrantes que me había apoyado durante la representación. Mientras tanto los hombres iban avanzando desde los tres lados hacia mí. En la cara de cada uno se dibujaban las líneas de la tremenda determinación que los embargaba, como una máscara de muerte.

—¿Qué van a hacer? —pregunté retrocediendo.

—Te vamos a ayudar —dijo Walter Chris.

Mis dedos encontraron el borde de uno de los chatos focos azules que estaban a mi izquierda. Me agaché, lo arranqué y se lo arrojé al hombre que venía por ese lado. Lo derribó. Pero los otros dos ya estaban sobre mí. Alcancé a oír gritar a Lynda. Pero los chillidos, los llantos y los aullidos, no los detendrían. Walter Chris había desatado una cruzada santa para redimir a su hijo, para recuperar lo que en su fantasía imaginaba que le habían robado, y no cejaría hasta asesinar a Icky.

Tiré un rodillazo a ciegas y cacé a uno de los cómplices en la entrepierna. Cayó haciendo arcadas.

Le grité a mi padre.

Pero él no quería oír. Había sellado sus orejas.

Me lanzó un terrible puñetazo a la cara. Por un instante todo a mi alre-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dedor comenzó a bailar. Pude ver a Lynda abandonando el escenario. Corría a buscar ayuda, pero estaba como atontada y no hacía sino moverse de un lado para otro sin ningún sentido. La oscuridad caía sobre mí, pero la combatí, tenía que pelear y ganar. Si dejaba que me sobrepasaran sería el fin de Icky... y en consecuencia el fin para una parte de mí mismo.

Traté de llegar hasta el tipo más cercano con otro rodillazo allá abajo y en el medio, pero éste ya tenía la experiencia de lo que le había pasado a su compañero. Así que atajó el golpe y a su vez golpeó.

Le di un puñetazo pero desgraciadamente fallé y sólo lo alcanzó en el costado. Era un hombre de gran tamaño, mucho más grande que yo y sin un gramo de grasa.

El tipo que yo había pateado se puso de pie y vino en ayuda de su compañero. Me presionó los hombros con las rodillas en un movimiento de pinzas hacia atrás, y mientras me tenía así, tirado en el suelo e inmovilizado, mi padre me golpeaba sin piedad.

Mi cara estaba hinchada y sangrante, y tenía un ojo casi cerrado y tumefacto. Con cada golpe que me propinaban la fuerza se me escurría del cuerpo. Las rodillas que me hundían en los hombros me estaban lastimando. Yo me retorcía para intentar liberarme. Pero no podía. Icky estaba excitado, pero se las arregló para suavizar mi pánico y me hacía actuar racionalmente. Sólo me quedaba esperar que Lynda llegara a tiempo con ayuda.

Pero no lo hizo.

Cuando a mi padre le pareció que ya me habían dado una buena paliza, la cantidad de castigo que él pensaba que yo me merecía, me hizo rodar sobre el estómago ayudado por uno de sus cómplices, y desgarraron mi saco y mi camisa hasta que tuvieron a Icky al descubierto.

Grité.

Pero no había nadie que escuchara.

Me retorcía y pateaba.

Pero estaba cansando, y ellos eran dos.

Pasaron los dedos por debajo del bulto que era Icky. La babosa rápidamente retrajo los filamentos de mi cerebro, de manera de no lastimarme cuando lo arrancaran de mí. Tironearon con violencia. Yo todavía gritaba. Mi garganta estaba en carne viva. Cuando ellos se pararon y me soltaron, me aferré a los tobillos de mi padre. Pero él ya había levantado a Icky por encima de su cabeza. Arrojó la babosa sobre el piso. Golpeó con un sonido de sorda agonía y se retorció con desesperación. Intenté quitársela y salvarla pero fue imposible: el segundo hombre también se había apoderado de Icky y lo arrojaba contra el piso una y otra vez. Lo volvió a tomar mi padre. Se lo iban pasando de mano en mano y lo arrojaban al piso en forma sucesiva. Icly recibió tantos golpes que al final, destrozado y mutilado, no se movió más.

Yo estaba llorando. Veía al escenario a través de mis lágrimas como una ventana salpicada por la lluvia. Trataron de ayudarme para que me

levantara, pero los aparté golpeándolos aunque muy débilmente. Me puse de pie balanceándome, sintiendo como que todo el escenario bailaba bajo mis pies. Recuerdo que mi padre sonreía.

—Ahora tú... —empezó a decir.

El tercer hombre se alejaba.

—¡Qué hijos de puta! —le escupí la cara. Las palabras se frenaban entre mis dientes y lo único que me afloraba era odio y amargura. Me salió como un vapor ardiente.

—Bueno, Len, te la dimos un poco pero...

Yo sólo podía maldecir. Cada estupidez que se me ocurría, cada letra de cada palabra, que yo hubiera escuchado a lo largo de toda mi vida, llegaba envuelta en torrentes de ira.

—Espera —dijo mi padre—, espera un maldito minuto aunque más no sea. Te hemos liberado de él. Estamos tratando de ayudarte para que veas todas las cosas que puedes hacer sin una babosa como muleta. Cualquier cosa que necesites, hijo, nosotros podemos dártela. Ven a nosotros. Si se trata de amor o consideración o aprecio, nosotros te lo podemos brindar con creces.

—¡Estúpidos, condenados, infelices! —exclamé entre sollozos. Las palabras me salían entrecortadas—. Ahora sí que no tengo nada. Ustedes jamás podrán darme lo que Icky me daba. ¡Jamás!

—Sólo danos tiempo, hijo...

—¿Tiempo? Ah, ustedes sí que son absolutamente imbéciles... ¡Icky me daba mi talento!

Mi padre se detuvo, conmocionado, tratando de articular las palabras pero sin conseguirlo.

—Eso es, ¡tal como lo oyes! El no podía ejecutar la música por sus propios medios, con su cuerpo, ya que no tenía ni dedos para tocar ni orejas para apreciar la música de la Tierra. Pero tenía un perfecto conocimiento de cómo se hace una canción. Fue Icky quien compuso **Las Flores de la Infancia** y todo lo demás. El se apropiaba de mi memoria y realizaba maravillas con ella. Yo obtenía el dinero y la fama. El se quedaba con la satisfacción de haber creado una obra de arte. Era un acuerdo mutuo. Una simbiosis. Pero yo obtenía algo más que el dinero y la fama. Conservaba una parte de todo aquel trabajo, intervenía en él, podía ofrecer y sugerir los temas. Participaba de un mundo de poesía, un mundo de amor. Las cosas que yo deseaba decir, él las decía por mí. Alejaba de mí todos los pesares. Sin él mi alma nunca volverá a lograr la paz. Me voy a contaminar y a pudrir como tú y tus malditos amigos, de la misma forma. ¿Realmente te sientes capaz de compensar todo lo que Icky me daba? Ni una fracción siquiera. ¡No puedes!

El viejo giró sobre sí mismo y volvió sobre sus pasos.

Lo alcancé de un salto, agarré mi Trevelox Electro y la descargué sobre su espalda.

No podía parar de sollozar.

Mi padre soportó los golpes sin ofrecer resistencia.

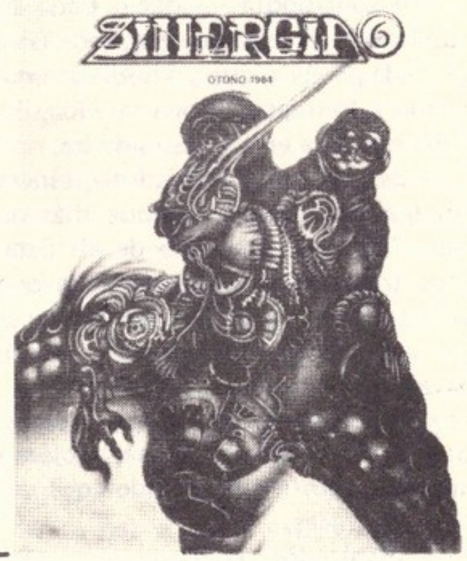
Los otros dos se acercaron para tratar de separarme, pero les di con toda la furia y se tuvieron que alejar,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dejándome a solas con el viejo. Y seguía golpeándolo con el instrumento una y otra vez. Lo podría haber matado de no haber sido porque Lynda ya llegaba con la ayuda, aunque ya era demasiado tarde para Icky. Me separaron del viejo. De eso me acuerdo bien. Pero desde entonces hasta que desperté en el hospital, recuperándome el **shock**, no recuerdo nada.

Tengo una Trevelox Electro idéntica a la que arruiné hasta hacerla astillas contra mi padre. Pero no tengo otro Icky. No he encontrado otra babosa con sus mismas características y habilidades musicales. Así que toco las viejas canciones de siempre, aunque nunca toco **Las Flores de la Infancia**. Y Lynda se sienta a mi lado junto a la ventana mirando la sombría desolación para la cual canto.

Título original en inglés:
"Muse"
(c) by Mercury Press Inc., 1969
Traducción de: A. Graciela Parini



¿Qué espera para suscribirse?

4 números (un año) $a 1.330.-
8 números (dos años) $a 2.500.-

Cheques o giros a Sergio Gaut vel Hartman. Casilla de Correo 200 1453 Suc. 53, Cap. Fed.

Suscripción PROCON/3

Revista CLEPSIDRA (nros. 3, 4 y 5).
RONDA DE ALMARMIRA (los 7 libros).
EL CAMINO DE LOS ESPEJOS (cuentos).

Los títulos ya editados se enviarán inmediatamente, el resto será enviado al momento de su edición. Los interesados deberán enviar cheque o giro a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES [Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital].

Precio válido para noviembre de 1984: $a 1.480.-

Suscripción 1: Nro. 3 (sep '84), nro. 4 (mayo '85) y nro. 5 (sep '85) $a 625.-
Suscripción 2: Suscripción 1 más el nro. 2 (mayo '84, ya editado) $a 835.-
Suscripción 3: Suscripción 2 más el nro. 1 (ene '84, ya editado) $a 1.040.-

Precios válidos para noviembre de 1984.

Nota/1: CLEPSIDRA/3 ha sufrido una demora debido al tiempo que demanda la concepción gráfica de cada página, ello hace que estemos pensando seriamente en la posibilidad de cambiar su periodicidad a semestral. Como pueden apreciar más arriba, el número 4, que debía salir en enero del '85, ha sido postergado a mayo. Las suscripciones, de todos modos, son por cantidad de números, así que todas se mantienen hasta su ejemplar de vencimiento.

Nota/2: Lamentablemente, a partir del 1-11-84, esta suscripción ya no tiene bonificaciones (vean por favor el anuncio de la página 95 de esta misma revista). Las suscripciones anteriores al 31-10-84, mantienen sus bonificaciones hasta su vencimiento.

Para los pedidos, enviar giro o cheque con domicilio de pago en Capital (en caso contrario recargar un 10% a los valores de la suscripción elegida) a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuando parecía que ya nada podría decirse sobre la telepatía y sus consecuencias, aparece Phyllis Eisenstein y dice (en voz muy baja, con mucha calma) que el dolor, la soledad... Vamos a "descubrir" a Phyllis porque creemos que vale la pena. Mientras tanto pueden revisar el resto del material publicado en castellano. Hay relatos en Nuevas Dimensiones 1 (Adiax), Ciencia Ficción 37 (Bruguera), Revista Isaac Asimov 10, Super Ficción 57.

UNION

Phyllis Eisenstein

Surgió de la nada —una criatura pesadillesca, negra como una tempestad, montañosa, inexorable. Ellie luchó, ahogándose bajo aquel peso de Leviatán, golpeando contra pliegues de terciopelo ahora sólidos, ahora fluidos, ahora impalpables como vapor; se retorció, giró, y se enredó, buscando aire donde no lo había.

Se despertó, con los ojos abiertos al suave resplandor de la luz nocturna, pero en su mente el monstruo permanecía irritado, y le tendía las garras. Sus dedos apretaron las cuentas de un rosario que estaba a ocho mil kilómetros de distancia.

"¡Johanna!" El grito de Ellie fue silencioso, pero sonoro como un trueno para alguien que donde estaba no podría oír una voz.

El gran demonio negro retrocedió, menguando hasta convertirse en una bola pequeña de piel con ocho piernas, y se desvaneció. En una pequeña ciudad alemana, Johanna Peters se despertó.

"Lo siento, Ellie."

"Está bien." Ellie Greenfield echó una mirada al reloj despertador. "Para ti es la mañana. El doctor ya debería venir a verte."

"Vuelve a dormir, criatura. Necesitas descansar."

"Creo que tomaré una taza de té."

"Perdóname. No será por mucho tiempo más."

Ellie se puso la bata y las pantuflas y se dirigió a la antecámara. La puerta del cuarto de sus padres estaba cerrada, y no se veía luz por la hendidura; pasó de largo en puntas de pie y descendió hasta la planta baja.

"Tú no piensas acerca de ello, Ellie, pero las dos sabemos..."

"Yo no sé nada."

"Aquí está Marta con la bandeja del desayuno que no puedo comer."

"Come de cualquier forma."

Encendió la luz de la cocina, llenó la pava y la puso a calentar. Su padre había dejado el diario sobre la mesa. Lo abrió al azar y comenzó a leer.

—¿Pasa algo, Ellie?

Su madre, Sally Greenfield, estaba de pie en el umbral, enfundada en una arrugada bata azul.

Ellie meneó la cabeza.

—Simplemente no podía dormir, Ma. Me estoy haciendo un poco de té.

La señora Greenfield se sentó junto a su hija.

—Has estado durmiendo mal durante semanas, y has perdido peso. ¿Hay algo que te preocupa?

Ellie se encogió de hombros.

—Los exámenes se están acercando.

—Siempre dices eso. No puedes tener tantos exámenes.

Ellie sonrió.

—Nunca has ido a la Universidad de Chicago.

La señora Greenfield le tocó el brazo.

—¿Es demasiado para ti, querida? Tu padre y yo estábamos preguntándonos... ¿Quieres cambiarte a otra escuela?

—No, Ma. Me encanta la Universidad de Chicago.

—¿Pero estás segura de que no es muy duro?

—Estoy segura.

—¿Entonces qué es, querida? ¿Qué es lo que te molesta?

—Nada, Ma. No te preocupes por mí.

—¿Es... Bob? ¿Tienes algún problema con él?

La pava comenzó a silbar y Ellie apagó el fuego.

—Bob y yo estamos bien —dijo, eligiendo un sobre de jazmín de la lata de té.

—¿Estás embarazada?

Ellie llenó su taza de agua.

—Has estado mirando demasiadas telenovelas, Ma. Aunque parezca raro, todavía soy virgen.

La señora Greenfield se recostó contra el respaldo de su silla.

—Tal vez estés incubando algo. Pediré hora con el doctor Levin.

—Si quieres. —Ellie sorbió su té—. No creo que vaya a encontrar nada en particular. Son solamente nervios. Estaré bien después de los exámenes.

"Antes de eso."

"Toma tu desayuno, Johanna."

"Me duele, Ellie. No puedo comer."

Ellie sintió nuevamente las cuentas del rosario deslizándose por entre sus dedos, y miró su mano vacía, cerrándola en un puño. La voz de Johanna podía estar rezando el Ave María o el Padrenuestro, pero su mente clamaba

Ilustraciones de Pablo Ruina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a Dios por descanso. Ellie se concentró en la taza de té, en el calor descendiendo por la garganta, en la dulzura del azúcar, y el sonido de las preguntas de su madre.

—¿Por qué no nos tomamos una semana de vacaciones en Florida, querida? ¿Las dos solas?

—No puedo dejar el estudio, Ma.

—Lo hicimos cuando estabas en la secundaria.

—El colegio superior es distinto. No puedo permitirme perder un solo día. Las cosas van demasiado rápido.

—Incluso podemos llevar a Bob, si quieres.

Ellie sacudió la cabeza.

—El tampoco podría ir. Por favor, Ma; no hay nada de qué preocuparse. Te darás cuenta de eso cuando veas mis calificaciones.

—Las calificaciones no quieren decir nada si estás físicamente arruinada.

—Lo pensaré. —Bostezó elaboradamente, extendiendo los brazos por sobre su cabeza—. Creo que volveré a la cama.

"Aquí está Paula con la aguja."

Ellie miró el reloj de la cocina.

"¿No es un poco temprano?"

"Tengo dolores."

—Buenas noches, Ma.

—Buenas noches, querida. Que duermas bien.

"Debes dormir, Ellie."

"Si prometes que no habrá más pesadillas."

"No creo que vaya a dormir más por hoy."

"La inyección te producirá cansancio."

"No creo. Espero que el sacerdote venga de nuevo esta tarde. Me gustaría hablar con él."

Mientras Ellie subía las escaleras en dirección a su dormitorio, Johanna sentía que iba trepando la cuesta del cementerio. Las lápidas llevaban grabados nombres familiares, los nombres de sus parientes y sus vecinos, Peters, Koos, Sonnen —habitantes de la villa de Erdorf desde tiempo inmemorial. Allí, junto a su amado Georg, debajo del signo de la paz, yacería ella.

"Todavía eres joven. Deberías casarte de nuevo." —Ellie cerró los ojos y se acomodó en posición fetal bajo su frazada térmica.

"Me gustaría que el dolor se fuera."

"Trata de relajarte. La inyección ayudará."

"Duerme, criatura."

"Duerme, Johanna."

Cinco tranquilas horas más tarde, Ellie engullía un bocado con crema de queso mientras corría hacia su auto. Encontró un lugar para estacionar a una cuadra de las aulas, llegó al examen solamente dos minutos tarde.

"Deséame suerte."

"Nunca la necesitas."

"Spasibo." Examen de ruso: Ellie tradujo tan rápido como podía escribir, terminó antes que cualquier otro de sus compañeros, luego volvió al comienzo y revisó todo el examen nuevamente.

"Estoy orgullosa de ti, criatura, eres una verdadera lingüista."

"Eso viene de la práctica."

"Aprendes ruso con la misma facilidad con que aprendiste alemán."

"No lo creo, pero gracias por el cumplido. Tú tampoco eres mala."

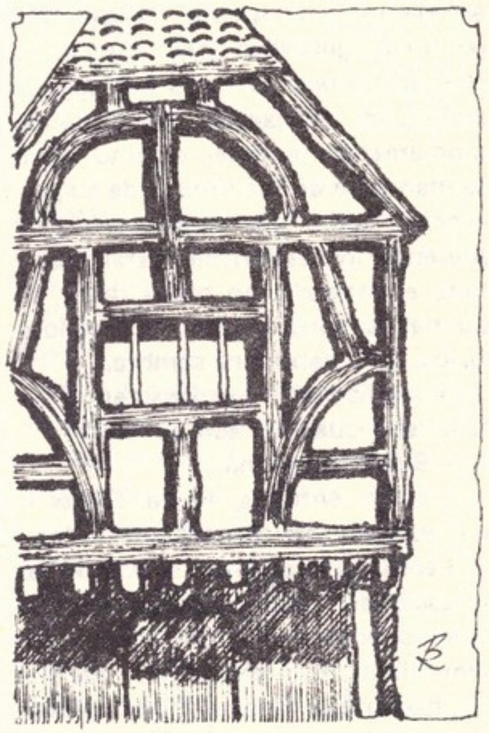
"Tras tantos años de práctica constante, sé bastante inglés, pero me has dejado muy atrás en ruso."

"Lo hablaremos más seguido."

"No habrá tiempo, Ellie."

"Johanna, debo estudiar."

En el segundo piso de la biblioteca, encontró un lugar vacío, abrió un libro y examinó las transformaciones químicas que tendría que practicar más tarde ese mismo día.



En Alemania, una mujer dormitaba, reviviendo mudas memorias que tenían veinte años de antigüedad: un suave zumbido en los oídos, una sensación de calor, como si estuviera inmersa en un baño —Johanna se había recostado, esperando que la sensación pasara. Pensó en ver a un doctor, pero había poco dinero en el bolso debajo del colchón. Paula se asomó a preguntarle por qué estaba descansando a mitad del día. —Sólo un poco de cansancio, querida —dijo Johanna, y se levantó y prosiguió su limpieza del piso.

Semanas después, el zumbido y el calor seguían con ella, aunque los había relegado al fondo de su mente, ya sin reconocerlos conscientemente. Estaba dormida entre un grueso par de colchones de pluma cuando sus sueños con Georg y los buenos tiempos de antes de la guerra fueron interrumpidos por una presión súbita que envolvió todo su cuerpo, llevándose el aire de sus pulmones. Se despertó, arañando el aire, arrojando los cobertores, saltando de la cama para pararse, estremeciéndose en la oscuridad del cuarto compartido con Marie. El suelo estaba frío bajo sus pies desnudos. A través de las ventanas, la luz pálida de la luna bañaba el cuarto. La presión se había ido.

Johanna se vistió silenciosamente y se dirigió a la cocina en busca de una taza de té. Encontró pavesas de carbón en la estufa, agregó unos leños e hizo un fuego para calentar la pava. Estaba agregando un poco de miel al té cuando la presión retornó.

Esta vez era una cosa tenue, un eco distante de la primera —un capullo fantasmal, contrayéndose y expandiéndose a un suave ritmo de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

aceleración. Despierta, respirando con una regularidad consciente, pudo apartarlo, como si fuera una tela de araña en el jardín, obstruyendo momentáneamente el camino. Pero se mantenía en los límites de su percepción como una mera sombra de presencia incuestionable. Estaba asustada e intrigada; no había dolor, ni desmayos, ningún tipo de deterioro físico. Sólo había una sombra.

Johanna rezó silenciosamente hasta las seis, cuando Paula se levantó.

—Buen día, mamá.

—Estoy enferma, Paula. Debes ir a la estación del tren y pedir un taxi.

Pero para cuando vio al doctor, las sensaciones habían culminado con una poderosa vibración y un breve sentimiento de intenso frío que había hecho que deseara gritar. El doctor no encontró nada físico, pero prescribió unos días de reposo en la cama.

"Más tarde me di cuenta de que ésa fue la noche en que tú naciste."

"Ultimamente me estás haciendo probar mi propia medicina. Ese gran monstruo negro —ugh."

"Somos más vulnerables cuando dormimos. ¿Alguna vez has sentido el dolor en sueños?"

"Un poco, a veces."

"Entonces te despiertas."

"Sí, y enseguida desaparece."

"Necesitas dormir más."

"¡Acaso tú no!"

"Estás perdiendo peso, Ellie."

"Basta, Johanna. Apenas si puedo soportarlo cuando lo dice mi madre."

"Es mi culpa."

"No seas tonta."

"Me suicidaré, y entonces no sufrirás más a causa de mis pesadillas y mis dolores."

"¡Johanna!"

"Sé que es una cosa terrible, pero nuestro caso es especial —seguramente Dios me perdonará por terminar con tu sufrimiento."

"No estoy sufriendo, Johanna."

"No puedes mentirme."

"No sirve de nada seguir discutiendo esto. Tengo que encontrarme con Bob para almorzar."

"También estoy arruinando tus estudios."

"Te estás hundiendo en la autocompasión, eso es lo que estás haciendo. Mis estudios van bien: tuve sobresaliente en ese examen y voy a integrar el cuadro de Honor."

"Tienes la perseverancia de la juventud. Mi hermana Marta casi se ha enfermado de tanto cuidar de mí... y de saber. Pero Paula es joven y lo lleva bien. Oh, ¿por qué Dios está poniéndonos a prueba a todos así?"

Ellie suspiró. Su comunicación con Johanna originariamente la había imbuido de una creencia católica en Dios, pero la práctica y el pensamiento posteriores la habían arrancado de eso, primero hacia el nebuloso judaísmo practicado por su familia y luego hacia el ateísmo. Quería a Johanna, pero ya no podían discutir sobre religión en forma racional, y Ellie prefirió huir cuando apareció el tema.

Bob la esperaba en el café y la abrazó.

—Pensé que ibas a llegar tarde.

—Estaba cansada de estudiar. Lo sé tan bien como jamás lo sabré.

—No parece muy difícil. ¿Sugarman va a usarte de ejemplo para la clase como lo prometió?

—No dijo una palabra desde el miércoles. Probablemente lo olvidó.

—No él. —Pegó un mordisco a su sandwich y habló con la boca llena—: Eh, darán "La guerra de los mundos" en el B-J el viernes a la noche. ¿Quieres verla?

—Oí decir que está toda rayada.

—Solamente la primera parte, según Jerry.

—Entonces está bien.

—Y después tenemos una fiesta.

—¿En la casa?

El asintió.

"No vayas, Ellie."

"Eres demasiado conservadora. Por supuesto que iré."

"Te quedas sola con él muy seguido."

"Nunca estoy sola."

"Quieres vestirte de blanco para tu casamiento."

"Aún no lo he decidido."

"Ellie, te quiero tanto como a mi Paula."

"¡Johanna, deja de preocuparte por mí! ¡Contigo cerca jamás puedo hacer algo sin pensarlo antes tres veces!"

"No te enojes, Ellie."

"No estoy enojada. Sí, lo estoy, pero no mucho. Déjame manejar mi propia vida."

—¿A qué hora empieza la película?

—Pasaré a buscarte a las siete.

Ellie echó una mirada a su reloj.

—Será mejor que me vaya.

—Iré contigo.

Se tomaron de las manos y salieron al patio.

"El busca solamente una cosa, criatura."

"Creo que la semana que viene compraré píldoras anticonceptivas."

"Sé que Dios te perdonará estos pensamientos."

"Johanna, a veces colmas mi paciencia."

Ellie le dio un beso de despedida a Bob frente al Rosenwald Hall y corrió escaleras arriba hacia la clase de historia. Se sentó al fondo, como de costumbre, mirando al instructor que estaba de pie frente al pizarrón. Su lapicera trabajaba casi automáticamente mientras su mente divagaba. Johanna estaba mirando hacia el pasado nuevamente, en un caleidoscopio de recuerdos deshilvanados que Ellie reconoció: el abrazo de despedida de Georg antes de tomar el tren que lo llevó hacia la frontera oriental y la muerte; el repiqueteo de las campanas en las iglesias el domingo después de la rendición; el aroma de las frutillas en maduración desde el jardín, adquiridas por las esposas de los G.I. en la base aérea cercana; el sabor de las hamburguesas, condimentadas y sabrosas, reservadas para comidas especiales. Para Ellie, las experiencias y memorias de Johanna tanto en el sueño como en la vigilia existían como un zumbido constante en el fondo de la mente, justo bajo el umbral de la conciencia; igual que el televisor que sus padres tenían encendido todo el día y hasta tarde en la noche: estaban allí si se prestaba

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

atención, pero eran fáciles de ignorar.

Excepto durante el sueño.

Compartían sueños las pocas veces que dormitaban... especialmente cuando Ellie era muy chica y dormía la siesta. Más tarde, si una dormía mientras la otra estaba inmersa en su rutina diaria, las experiencias imaginarias de la que dormía estaban influidas por las experiencias reales de la que estaba despierta. Los padres de Ellie siempre resaltaban lo fácil que le resultaba dormir y lo raro de que siempre tuviera pesadillas; sólo una vez, cuando la plácida vida de Johanna fue interrumpida por un Volkswagen que casi la atropella, Ellie —que entonces tenía seis años— se despertó gritando. Sally Greenfield se alarmó lo suficiente como para mencionarle el inusual evento al psiquiatra de su hija.

Habían requerido la ayuda del doctor Berger cuando los padres de Ellie descubrieron que su hija tenía una compañera de juegos imaginaria llamada Johanna, una señora que vivía en una vieja casa con un vasto jardín y un patio trasero lleno de vacas. Siendo muy chica. Ellie había sostenido que su nombre era Johanna, y los Greenfield, divertidos en un principio, a veces la llamaban así. Al cumplir los cinco, ya había diferenciado a Johanna de sí misma, le hablaba casi constantemente y no parecía entender el que sus padres no percibieran a la mujer.

El doctor Berger sostuvo una serie de largas conversaciones con Ellie, ninguna de las cuales evidenció la existencia de problemas profundos. Finalmente, Ellie se dio cuenta de que la existencia de Johanna era la fuente del interés de él, y que nunca dejaría de fastidiarla —y sus padres jamás quedarían satisfechos— hasta que ella admitiera que Johanna no existía. Con el fin de llevar la paz al hogar de los Greenfield, lo admitió.

"¿Cómo puedes hacerles reproches, Ellie? Yo escuché tu voz silenciosa, y tampoco podía creerlo. Creí que estaba volviéndome loca. Recé, ¡cómo recé! Y tú estabas siempre allí, oyendo mis plegarias. Por un tiempo pensé que eras un ángel. Yo estaba oyendo voces igual que Juana de Arco. Yo, Johanna Peters. Era absurdo. Me confesé, y el sacerdote me sugirió que viera a un psiquiatra. Pero no tenía dinero, y el psiquiatra quedaba muy lejos. Decidí ignorarte. ¡Como si fuera posible!"

"¿Cuándo decidiste que yo era otro ser humano?"

"Cuando recibí tu carta."

"¿Antes de eso no?"

"Antes de eso no."

Ellie había aprendido cómo comportarse, y había aprendido también que las otras personas no compartían sueños, oían voces, veían, olían y sentían las sombras de visiones, olores y roces. Era una chica solitaria, distinta, que prefería los libros a los juegos y la amistad de Johanna a la de los chicos de su edad. La vida de Johanna era distinta a la suya y fascinante: vacas lecheras, recolección de habas y de fresas, armar una fogata a carbón y madera en una caldera de cobre para el agua del baño, viajar en trenes y en micros a través de los bosques y las granjas. Estas eran actividades que sus padres no le ofrecían. Ellie podía sentarse en un rincón de su cuarto y seguir la vida de Johanna como si hubiera estado mirando televisión: la recepción era velada y poco clara, pero estaba allí cuando ella lo quisiera y podía ser sintonizada mediante un pequeño esfuerzo de concentración.

"Creo que no reconocería a tu madre por la calle, Ellie."

"Yo creo que no te reconocería a ti, Johanna, si no fuera por la foto que mandaste. Tu imagen es borrosa. Pero reconocería a Georg."

"Unas pocas cosas importantes están claras... mi amor por Georg. Tu nacimiento. Mi muerte."

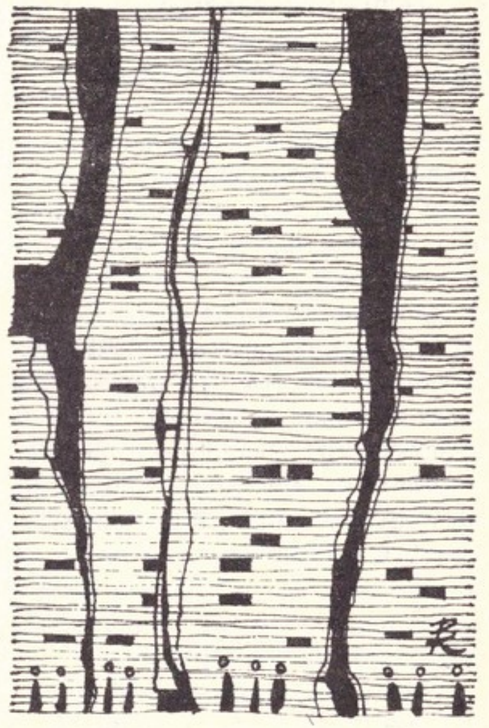
"¡Johanna, no!"

"No nos encontraremos, Ellie."

"Sólo un año más, Johanna. La mayor parte del dinero para el viaje ya está en mi cuenta bancaria."

"Quería que pudiera ser. Pero ni siquiera llegarás para mi funeral. Deja una corona, Ellie, cuando vengas a Erdorf. Una corona para mí y para Georg. Quisiera que lo hubieras conocido."

Estando en cuarto grado, Ellie había encontrado Alemania en el atlas de la Enciclopedia Británica, pero Erdorf, una aldea de ciento cincuenta casas, no estaba marcada. Bitburg, donde Johanna hacía sus compras, estaba allí, no lejos de la frontera con Luxemburgo. La distancia desde Chicago era enorme: ocho mil kilómetros, siete husos horarios. En cuarto grado, Ellie no podía concebir



esos espacios, pero calculó que a su máxima velocidad, podría caminar hasta la casa de Johanna en cincuenta y dos días, si no se detenía a comer y a dormir.

Aún a los nueve años, parecía excesivo, especialmente si parte de la ruta era sobre agua.

Estaba cansada de la desesperanza de Johanna. Superficialmente, Johanna aceptó enseguida que Ellie era real, pero en su fuero interno, la duda era una herida abierta, y solamente su rosario podía mantenerla a salvo en el límite. Por su parte Ellie nunca había tenido dudas sobre la existencia de Johanna.

"Eso fue porque naciste unida a mí, pero yo viví los treinta primeros años de mi vida sin ti."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Debí haber mandado la carta por vía aérea. Estabas tan nerviosa durante las seis semanas que estuvo en el mar..."

"Tenía miedo de saludar al cartero cuando venía subiendo la colina. Temía que tuviera una carta de América, y temía que no tuviera una carta de América."

Ellie había enviado el mensaje con su caligrafía infantil, sólo unas pocas palabras: **Soy real. Te quiero. Con amor, Eleanor Greenfield.** Copió la dirección del dictado de Johanna, imprimiendo con sumo cuidado las palabras **Alemania** y **Deutschland** en el sobre. Luego fue al correo y pagó el franqueo con monedas que de otro modo hubiera gastado en revistas de historietas o en golosinas.

"Me quedé inmóvil con la carta en la mano. La rompí tratando de abrir el sobre. Estaba temblando."

Terminó la clase de historia, y Ellie recogió lentamente los libros y los apuntes. El instructor era alemán. Se preguntó cómo reaccionaría si se acercaba a él y comenzaba a hablar en la lengua nativa de Johanna. El instructor era de Bremen, en el norte, donde hablaban una forma incisiva del alto alemán, muy duro y preciso, casi el mismo lenguaje de los libros de texto. Johanna, de una comunidad sureña y rural, solía hablar en una variedad de bajo alemán, un lenguaje fácil y farfullado, denigrado por maestros y personas educadas, así como por Paula, la hija de Johanna, que acababa de terminar el secundario. Los padres de Ellie habían confundido su fluido bajo alemán con yiddish —una lengua cercana— cuando ella era chica, suponiendo que la había aprendido de sus abuelos durante las visitas de los domingos por la tarde.

Más tarde, cuando Johanna hizo un esfuerzo por hablar —y pensar— únicamente en el alto alemán que su hija estaba aprendiendo en el colegio, Ellie descubrió la diferencia entre ambos; los sacó más fácilmente que la propia Johanna, y encontró libros en la biblioteca para leer en alto alemán. No había ninguno en la otra variante.

"Alemán, ahora ruso... cuando vengas a Europa, te tomarán por una nativa."

"Mejor eso que por una americana."

"Podrás decir que eres de Erdorf."

"Apuesta a que lo haré."

Ellie miró su reloj. Otra vez estaba retrasada. Le quedaba menos de un minuto para llegar al laboratorio.

"Es mi culpa, querida. Te estoy distrayendo."

"No importa."

"Has sido un gran consuelo para mí, Ellie, estos últimos años. Me gustaría que hubiéramos podido encontrarnos."

Ellie corrió a través del patio. El viento que venía del lago era frío y el cielo prometía lluvia. Unos pocos estudiantes apurados la pasaron.

"¿Hay alguien más como nosotras en el mundo, Johanna? ¿Tal vez en este mismo campus, escondiéndose...?"

"Dios nos eligió a nosotras para

un milagro. Muchas veces me pregunto por qué."

"Las leyes de probabilidades..."

"Para compensarme a mí de la pérdida de Georg..."

"Pondré otro anuncio en el **Tribune** la semana que viene. Quizá esta vez conteste alguien sano."

Abrió la pesada puerta del Edificio de Química y se abalanzó escaleras arriba saltando los escalones de tres en tres. Bob la esperaba junto al armario, sosteniendo su guardapolvo de laboratorio. Ella le dio los libros para que se los guardara.

—Te eligió —le dijo—. El jefe acaba de hacerme una seña.

—Entonces se va a dar cuenta de la clase de estúpida que soy.

"El sacerdote está aquí, Ellie."

—Estás rengueando. ¿Te lastimaste la pierna? No deberías correr así por las escaleras; Al Harris se rompió la pierna de esa forma.

—No, es sólo una puntada en el costado.

Ellie se palpó la cintura con dedos firmes. El dolor era de Johanna, lo sabía por sus sueños, pero nunca antes la había molestado durante el día.

"¿Johanna?"

"Perdóneme padre, porque he pecado."

Era un dolor fantasma, que no respondía al masaje o a los ejercicios. Ellie lo borró de su mente, concentrando su atención en armar el aparato para la demostración. Johanna había confesado sus pecados casi todos los días de las últimas tres semanas, y Ellie trataba de no molestarla en esos momentos.

"Me he asociado con una atea, la he querido como a mi propia hija y he aceptado su negación de Dios sin discusión."

Ellie se sintió indignada: "Johanna, no hay necesidad de confesar eso."

"He rogado por la muerte y he considerado la idea del suicidio."

Ellie tomó un tubo pero sintió las cuentas del rosario. El dolor del costado parecía obstruir su respiración, y comenzó a jadear. Metió el extremo del tubo en un sostenedor de goma con dos orificios, concentrando toda su atención en el procedimiento.

—Hey, vas a romperlo si lo sostienes así —dijo Bob.

—¿Eh...?

Le quitó el tubo de las manos.

—Este sostenedor es muy chico.

El la miró a la cara y frunció el ceño.

—¿Te sientes bien? Estás pálida...

"Y he aceptado café en polvo como regalo de los soldados americanos, aunque sabía que estaba prohibido por la ley."

Ellie se tendió sobre el banco del laboratorio, jadeando y arañando ese profundo dolor que todo lo abarcaba derramándose desde su costado. Sonrió desvaídamente, para Bob y para la mujer en Alemania.

"Johanna, ésa es una cosa demasiado tonta como para confesar."

Bob la sostuvo del brazo.

—Ellie, siéntate en alguna parte.

Ella sintió, más que verlo, algo negro como una tormenta, montañoso, inexorable. Ponía sus ojos en blanco, golpeaba su cuerpo, tronaba

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en sus oídos. Gritó el nombre de Johanna y se hundió en el duro suelo del laboratorio. Leviatán flotaba sobre ella, y se retorció y giró enredándose, buscando aire. "¡Johanna, Johanna!"

Un mudo estremecimiento respondió a su grito. Y luego aquel ser malvado, enorme y negro se derritió y desapareció.

Ellie yacía fláccida y exhausta, la boca floja y abierta, sus ojos perdidos en la brillante luz fluorescente. Alguien la tapó con un guardapolvo. Alguien elevó sus pies, sosteniéndolos con una pila de libros. Alguien rozó sus muñecas y tocó su frente y sus mejillas en busca de una señal de fiebre. Alguien le habló en voz baja, llamándola por su nombre una y otra vez.

"¿Qué fue eso, Johanna? Estabas bien despierta."

A su alrededor, sus compañeros charlaban excitadamente, en forma ininteligible. Pero la voz silenciosa no respondía.

Se tapó los oídos con las manos, cerró los ojos, se cerró al mundo palpable del sonido y la luz y buscó los ecos que venían de ocho mil kilómetros de distancia. No encontró nada, ni una cuenta de rosario, ni una fugaz visión de las coloridas hojas otoñales que cubrían Erdorf, ni un solo murmullo de los silenciosos sonidos del sueño. Su mente, a excepción de los propios pensamientos, estaba vacía.

"¡Johanna!"

Abrió los ojos y miró un rostro ansioso: Bob.

—Mandaron buscar una ambulancia, Ellie. Te llevaremos a Billings, y llamaré a tus padres desde ahí. Estarás bien.

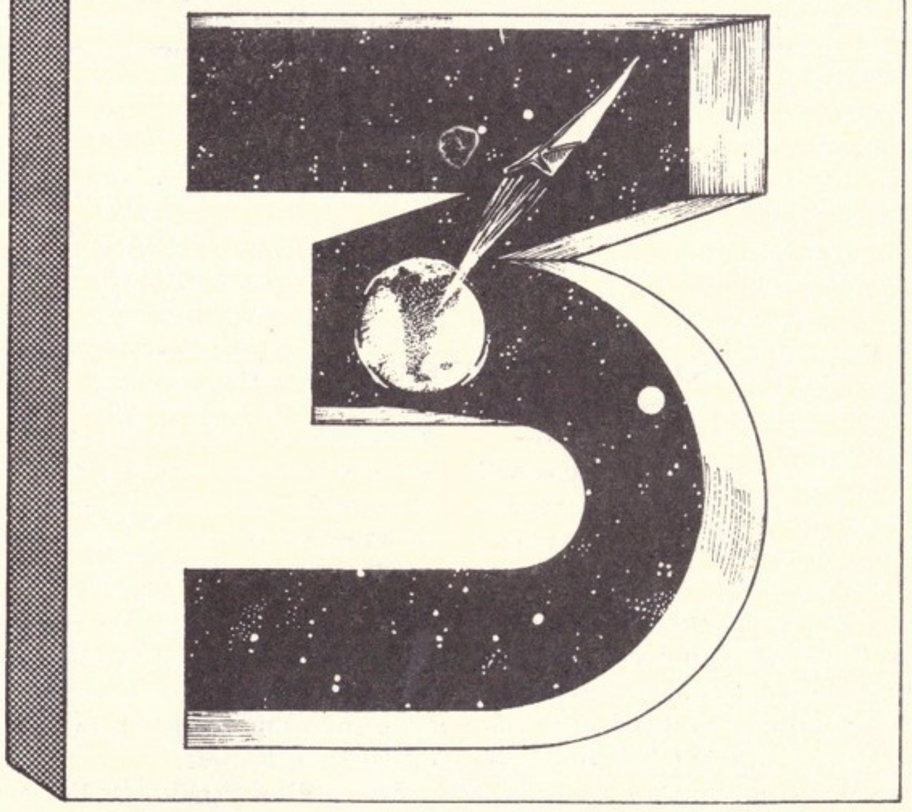
Apenas si lo oyó. Cerró de nuevo los ojos y los oídos, buscando, buscando... Pero los ecos y las sombras que la habían acompañado desde antes de su nacimiento se habían ido. Por primera vez, Ellie Greenfield estaba sola.

Comenzó a temblar.

Título original en inglés:
"Attachment"
© by Ultimate Pub. Co. 1974.
Traducción: Cecilia Polisena

PARSEC

CIENCIA·FICCION ANTOLOGIA



Los escritores locales estarán de parabienes con PARSEC ANTOLOGIA/3 y Ediciones Filofalsía también ya que no tendrá que pagar ni una sola traducción.
PARSEC ANTOLOGIA/3 estará dedicado por completo a relatos de escritores de aquí a la vuelta. Un libro de 160 a 180 pgs. Puede adquirirse mediante el sistema de venta anticipada del PROCON, enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital).

No se distribuirá en kioskos. Se imprimirá una cantidad reducida de ejemplares, dándose prioridad a las ventas anticipadas del PROCON. Aparecerá en mayo de 1985.

Precio válido para noviembre de 1984: $a 460.-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este es un relato que apareció originalmente en *Again Dangerous Visions* de Ellison. Es de Vonnegut, claro. Provocativo desde el título, eso salta a la vista. Pero también provocativo y movilizador hasta el punto final. ¿Se puede decir algo nuevo sobre el gran Kurt? *La pianola*, *Dios lo bendiga*, *Mr. Rosewater*, *Pájaro de celda*, *Matadero cinco*, *Las sirenas de Titán*, *Payasadas*, *Buena puntería*, *Madre noche*, *Cat's cradle*, *Desayuno de campeones*, *Bienvenidos a la casa del mono* y el hoy casi mítico "Cuerpos inútiles", (¿alguien puede decirme qué hacía Vonnegut en la revista Más Allá N° 6?) hablan por sí mismos.

EL GRAN COITO ESPACIAL

Kurt Vonnegut, Jr.

En 1977 se hizo posible, en los Estados Unidos de América, que una persona joven demandara a sus padres por el modo en que había sido criada. Podía llevarlos ante los tribunales y hacerles pagar dinero e incluso mandarlos a la cárcel por los serios errores cometidos cuando el demandante no era más que una pobre criatura inocente. El procedimiento no sólo revelaba un esfuerzo por hacer justicia sino también por desanimar la reproducción, dado que ya no quedaba demasiado para comer. Los abortos eran gratuitos. En realidad, las mujeres que abortaban voluntariamente podían optar entre recibir como premio una balanza para baño o una lámpara de mesa.

En 1979 los Estados Unidos escenificaron el Gran Coito Espacial, un serio intento de asegurar que la vida humana continuaría existiendo en alguna parte del Universo, ya que por cierto no continuaría por mucho más tiempo en la Tierra. Todo se había vuelto mierda y latas de cerveza y automóviles viejos y botellas de Clorox.

Ilustración de Gustavo Chiatellino

En las islas de Hawai ocurrió algo interesante: durante años habían estado arrojando la basura dentro de los volcanes extinguidos, y dos de ellos estaban escupiéndola de vuelta. Y todo así.

Era un período de gran permisividad en el lenguaje, así que hasta el Presidente decía mierda y coger y demás, sin que nadie se sintiera insultado u ofendido. Era perfectamente O.K. Había llamado Coito Espacial al Coito Espacial, y todo el mundo hizo lo mismo. Se trataba de una nave con trescientos sesenta kilos de gesún seco y congelado en el morro. Esa carga iba a ser disparada hacia la galaxia de Andrómeda, a dos millones de años luz de distancia. La nave se llamaba **Arthur C. Clake**, en honor de un famoso pionero del espacio.

Iba a ser disparada a la medianoche del cuatro de julio. A las diez de esa noche, Dwayne Hoobler y su esposa Grace miraban por televisión el conteo regresivo, en el living de su modesto hogar de Elk Harbor, Ohio, sobre la costa de lo que había solido ser el lago Erie. El lago Erie estaba prácticamente convertido en una extensión sólida de aguas servidas. Había allí lampreas de más de diez metros, que se comían a las personas. Dwayne era guardián en el Instituto Correccional para Adultos de Ohio, que quedaba a tres kilómetros de su casa. Tenía un hobby: construir pajareras con botellas de Clorox. Siguió haciéndolas y colgándolas en el patio, aunque ya no había más pájaros.

Dwayne y Grace se maravillaron ante la filmación que mostraba cómo habían congelado el gesún para el viaje. Una pequeña cantidad del asunto donada por el Jefe del Departamento de Matemáticas de la Universidad de Chicago, fue congelada eléctricamente. Después la colocaron debajo de una campana de la cual se extrajo el aire. El aire desapareció dejando un fino polvo blanco. El polvo no parecía gran cosa, y eso es lo que dijo Dwayne Hoobler, pero allí había varios cientos de millones de células de esperma en estado de animación suspendida. La contribución original, una contribución promedio, había sido de dos centímetros cúbicos. Había suficiente polvo, estimó Dwayne en voz alta, como para obstruir el ojo de una aguja. Y trescientos sesenta kilos de lo mismo estarían muy pronto en camino hacia Andrómeda.

—A cogerte, Andrómeda —dijo Dwayne, y no era una grosería. Simplemente, se estaba haciendo eco de los afiches que empapelaban la ciudad. Otros decían: "Andrómeda, te amamos", y "La Tierra está caliente con Andrómeda", y cosas por el estilo.

Llamaron a la puerta y simultáneamente entró un viejo amigo de la familia, el Sheriff del condado.

—¿Cómo estás, viejo hijo de puta? —dijo Dwayne.

—No me quejo, cara de culo —dijo el sheriff y los dos siguieron un rato en ese tono.

Grace se reía, disfrutando del ingenio de ambos. No se hubiera reído tanto, sin embargo, de haber sido más observadora. Se hubiera dado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuenta de que el buen humor del sheriff era sólo supeficial. Por debajo, algo lo perturbaba. Hubiera advertido, además, que tenía un oficio judicial bajo un brazo.

—Siéntate, viejo culo —dijo Dwayne—, y mira como Andrómeda recibe la sorpresa de su vida.

—Tal como yo entiendo la cosa —replicó el sheriff—, tendría que quedarme sentado durante unos dos millones de años. Mi vieja se preguntaría qué me ha pasado.

Era mucho más listo que Dwayne. Habían aceptado su polvo para el **Arthur C. Clarke**, y no el de Dwayne. Uno tenía que tener más de 115 de coeficiente intelectual para que le aceptaran el gesún. Había algunas excepciones: si uno era un buen atleta, o podía tocar algún instrumento musical, o pintar cuadros, pero Dwayne tampoco reunía ninguno de esos atributos. Había esperado que hubiera alguna consideración especial para las personas que sabían construir pajareras, pero no fue así. Por otro lado, al director de la Filarmónica de New York se le permitió contribuir con un cuarto litro, si quería. Tenía sesenta y ocho años. Dwayne tenía cuarenta y dos.

Ahora en la televisión había aparecido un viejo astronauta. Decía que por supuesto deseaba poder ir al sitio donde iba a ir su gesún. Pero en vez de ir se quedaría sentado en casa, con sus recuerdos y un vaso de **Tang**. El **Tang** solía ser la bebida oficial de los astronautas. Era una naranjada seca y congelada.

—Tal vez no tengas dos millones de años de tiempo, pero sí tienes cinco minutos. Siéntate.

—Estoy aquí para hacer algo —dijo el sheriff, demostrando al fin su preocupación—, que habitualmente hago de pie.

Dwayne y Grace estaban sinceramente perplejos. No tenían la menor idea de lo que iba a pasar a continuación. Y esto es lo que pasó: el sheriff les entregó una citación a cada uno y les dijo:

—Es mi deber informarles que su hija Wande June los ha acusado a los dos de haberla dañado cuando era niña.

Dwayne y Grace estaban atónitos. Sabían que Wanda June ya tenía veintiún años y estaba, por lo tanto, en condiciones de enjuiciarlos, pero realmente no esperaban que lo hiciera. Ella estaba en New York, adonde la habían llamado por teléfono para felicitarla por el cumpleaños y, era cierto, una de las cosas que Grace le había dicho fue: "Bien, ahora puedes demandarnos, querida, si se te ocurre". Grace estaba tan segura de que ella y Dwayne habían sido buenos padres que incluso podían hacer bromas sobre el tema, riéndose al proseguir con: "Si se te ocurre puedes mandar a tu podridos viejos a la cárcel".

Incidentalmente, Wanda June era hija única. Había estado cerca de tener algunos hermanos, pero Grace tomó la decisión de abortarlos. En lugar de más hijos tenía tres lámparas de mesa y una balanza para baño.

—¿Qué es lo que dice que hicimos mal? —preguntó Grace al sheriff.

—Hay una lista separada de cargos dentro de cada una de las citaciones —respondió. Y como no podía mirar a sus desdichados amigos a los ojos, se puso a mirar la televisión. Un científico estaba explicando por qué se había elegido Andrómeda como destino. Había por lo menos ochenta y siete infundíbulos cronosinclásticos, distorsiones temporales, entre la Tierra y la galaxia de Andrómeda. Si el **Arthur C. Clarke** pasaba a través de uno de ellos, la nave y su carga se multiplicarían un trillón de veces, y aparecerían por todas partes en el espacio y en el tiempo.

—Si hay posibilidades de fecundación en algún lugar del Universo —prometió el científico—, nuestra semilla la encontrará y florecerá.

Uno de los puntos más deprimentes del programa espacial, hasta el momento, era que la fecundidad parecía estar endiabladamente lejos, si es que estaba en alguna parte. La gente tonta como Dwayne y Grace, e incluso la gente un poco más lista, como el sheriff, había sido estimulada a creer que había hospitalidad en el espacio y que la Tierra era sólo un poco de mierda que debía ser usada como plataforma de lanzamiento.

Ahora la Tierra era verdaderamente un poco de mierda, e incluso la gente tonta estaba empezando a darse cuenta de que podía ser el único planeta habitable que los humanos podían encontrar.

Grace lloraba por la demanda de

su hija, y la lista de cargos que estaba leyendo se multiplicaba en muchas imágenes quebradas gracias a las lágrimas.

—¡Oh Dios, Dios, Dios! Habla de cosas que yo olvidé, pero ella jamás olvidó nada. Habla de algo que ocurrió cuando tenía sólo cuatro años.

Dwayne estaba leyendo los cargos en su contra, así que no le preguntó a Grace cuál era la cosa horrible que se suponía le había hecho a Wanda June cuando tenía cuatro años, pero de todos modos era esto: la pobre y pequeñita Wanda June dibujó bellos cuadros con un crayon sobre toda la superficie recién empapelada del living, para que su madre se pusiera contenta. En vez de ponerse

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

contenta su madre le dio una paliza. Desde ese día, alegaba Wanda June, había sido incapaz de tener a la vista cualquier tipo de material de artes plásticas sin ponerse a temblar como una hoja y sudar frío. "De este modo fui privada", le hacía decir su abogado, "de una brillante y lucrativa carrera en las artes."

Mientras tanto, Dwayne se enteraba de que había arruinado las oportunidades de su hija con respecto a lo que el abogado llamaba "un matrimonio ventajoso y el amor y el consuelo que de él derivan". Dwayne había hecho eso, presumiblemente, porque siempre estaba acostado cuando venía de visita algún pretendiente. Y también solía andar con el torso descubierto cuando contestaba a la puerta, pero con el cinturón de los cartuchos y el revólver. Wanda podía incluso nombrar a un pretendiente que su padre le había hecho perder: John L. Newcomb, quien finalmente se había casado con otra, y que ahora tenía un excelente trabajo. Estaba al mando de la fuerza de seguridad de un arsenal de Dakota del Sur, donde almacenaban cólera y peste bubónica.

Al sheriff le quedaban más malas noticias que informar, pero sabía que muy pronto se le ofrecería la oportunidad de hacerlo. Los pobres Dwayne y Grace no podrían dejar de preguntarle "¿Qué fue lo que la hizo hacernos esto?" Y la respuesta a esa pregunta sería otra mala noticia, que era decirles que Wanda June estaba en la cárcel, acusada de ser la cabeza de una banda de asaltantes de negocios. El único modo en que podía librarse era demostrando que todo lo que había hecho había sido por culpa de sus padres.

Mientras tanto, el senador Flem Snopes de Mississippi, Presidente de la Comisión Espacial del Senado, había aparecido en la pantalla. Se sentía muy feliz por la concreción del Gran Coito Espacial, y dijo que hacia eso había apuntado siempre el programa espacial. Se sentía orgulloso, dijo, de que al gobierno de los Estados Unidos le hubiera parecido apropiado instalar la mayor planta congeladora de gesún en su vieja ciudad natal, Mayhew.

La palabra **gesún** tenía una historia interesante. Era tan vieja como "coger" y como "mierda" y todo eso, pero seguía siendo excluida de los diccionarios cuando ya hacía mucho que se habían incorporado las otras. Y esto sucedía porque muchas personas querían que siguiera siendo una palabra verdaderamente mágica... la última que quedaba.

Y entonces los Estados Unidos anunciaron que iban a hacer una cosa verdaderamente mágica, que iban a disparar esperma hacia la galaxia de Andrómeda, y el pueblo corrigió a su gobierno. El inconsciente colectivo anunció que ya era hora de sacar a relucir la última palabra mágica, insistiendo que **esperma** no era algo digno de mandar a otra galaxia. Sólo **gesún** serviría. Así que el gobierno empezó a usar la palabra, e hizo algo que no se había hecho antes: normalizó la ortografía.

El hombre que estaba entrevistando al senador Snopes le pidió que se pusiera de pie para que todo el mundo pudiera ver su braguero, y el senador accedió. Los bragueros estagan de moda, y muchos hombres los usaban en forma de nave espacial en honor al Gran Coito Espacial. Estos llevaban habitualmente la sigla U.S.A. bordada en el fuste. El del senador Snopes, sin embargo, ostentaba las Barras y Estrellas de la Confederación.

El hecho condujo la conversación hacia el área de la heráldica en general, y el periodista le recordó al senador su campaña para eliminar al águila como pájaro nacional. El senador explicó que no le agradaba ver a su país representado por una criatura obviamente incapaz de bancárselas en los tiempos modernos.

Cuando le pidieron que nombrara alguna criatura que **sí** había sido capaz de bancárselas, el senador hizo más que eso: nombró dos —la lamprea y la lombriz. Y, a pesar de él o de cualquiera, las lampreas estaban descubriendo que los Grandes Lagos eran demasiado sucios y nocivos, incluso para **ellas**. Mientras todos los humanos estaban en sus casas mirando el Gran Coito Espacial por televisión, las lampreas se arrastraban fuera del cieno, hacia la tierra. Algunas eran tan gordas y grandes como el **Arthur C. Clarke.**

Y Grace Hoobler logró apartar sus ojos húmedos de lo que había estado leyendo, y le hizo al sheriff la pregunta que él temía:

—¿Qué fue lo que la impulsó a hacernos esto?

El sheriff se lo dijo y después se quejó amargamente de la crueldad del Destino.

—Esta es la tarea más horrible que me ha tocado —dijo con voz quebrada—. Tener que traer noticias tan tristes a dos amigos tan queridos como ustedes... en una noche que se supone es la más gloriosa de la historia de la humanidad.

Se fue sollozando, y cayó justo en la boca de una lamprea. La lamprea se lo comió inmediatamente, pero no antes de que él gritara. Dwayne y Grace salieron corriendo para ver por qué gritaba, y la lamprea también se los comió.

Era irónico que el aparato de televisión siguiera con la cuenta regresiva, aunque ya no hubiera nadie allí que escuchara, o viera, o le importara.

— ¡Nueve! —dijo una voz. Y después:— ¡Ocho! —Y después:— ¡Siete! —Y así sucesivamente.

Título original en inglés:
"The Big Space Fuck"
© by Harlan Ellison 1972
Traducción: Mirta Rosenberg

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PARA GENTE DE MENTE

REVISTA

JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE

TODOS LOS MESES, EN SU KIOSCO,
UN FESTIVAL DE LA INTELIGENCIA

Crucigramas realmente buenos (y divertidos)
Acertijos, enigmas lógicos, ingenio
Desafíos creativos, concursos, grandes premios

De prestarse atención a lo que dicen amigos y enemigos, el Director Editorial de Parsec se empeña en publicar sus trabajos en cuanta revista y fanzine viva y colee. Así que (siguiendo el mismo criterio) su propia revista no iba a quedar al margen. Y eso no es todo. Prepara dos libros: *El camino de los espejos*, con Graciela Parini (Filofalsía) y *Cuerpos descartables* (Minotauro). "Mercaderes del tiempo" es una seria advertencia contra esos vendedores ambulantes que irrumpen en los colectivos con esta frase lapidaria: "Voy a robar un minuto de su tiempo..."

MERCADERES DEL TIEMPO

Sergio Gaut vel Hartman

—¿Me permite un minuto? —El desconocido, un tipo gordo y mal vestido, me detuvo alzando un dedo cuando yo cruzaba a toda velocidad el túnel que comunica dos estaciones de subte. Detuve mi marcha y lo miré con suspicacia.

—¿Lo conozco? —le pregunté revisando el fichero mental de caras rojas, sección gordos.

—No me conoce —convino.

—¿Y qué vende?

—No vendo, compro.

Pasé de la suspicacia a la sorpresa. No suelo salir cargando el piano, mi dentadura es perfecta, no uso el pelo trenzado ni me llega hasta la cintura.

—No creo que me interese involucrarme en el negocio de las almas. ¿Con cuál de los demonios tengo el gusto...? ¿Luzbel? ¿Belcebú? ¿O un subalterno?

—No se trata de eso —dijo el gordo—. Mi género es otro. Compro tiempo.

Mi maxilar inferior quedó colgando. Y supongo que la expresión de mi cara clamaba por una explicación convincente. Así que el gordo no se hizo rogar.

—Hay varias clases de tiempo. Tiempo para gozar, para crear, para

Ilustraciones de Omar Comin

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

aprender; lo que yo llamo tiempo sabio. Y hay un tiempo para mirar TV, para hablar de cosas que no nos interesan con gente que nos interesa menos todavía; a ese lo llamo tiempo idiota. A mí me interesa el primero, por supuesto.

El tipo no había logrado acercar mis maxilares. Lo notó y continuó hablando en el mismo tono didáctico.

—Cuando yo le pedí un minuto de su tiempo, le estaba pidiendo tiempo sabio. Exactamente seis minutos y dieciocho segundos de atención profunda. No se ha perdido una sílaba de mi discurso y eso tiene un valor. Puedo volver atrás, comprarle estos siete minutos.

—¿A cuánto los paga? —No podía creer que esa pregunta hubiera salido de mi boca. Pero el gordo no pareció notarlo y contestó a la pregunta.

—Cinco a uno. Estos ocho minutos más de vida, los que naturalmente se agregarán al final, en tiempo virgen de la mejor calidad. Puede convertirse en cliente regular y alargar considerablemente su duración en este mundo.

Estaba aturdido. Me apoyé contra la pared del túnel y me pasé la mano por la frente.

—¿Qué calor, no?

—Mire, no trate de ganar tiempo de este modo; ése no lo compro. Tenemos casi diez minutos netos de tiempo sabio; si ahora se pone a hablar de la temperatura y la humedad, no estoy interesado, eso es tiempo idiota. —La voz del gordo había adquirido una dureza increíble. Tuve que reconocer que estaba frente a un profesional.

—Escuche... yo no quise... de veras.

—De acuerdo —me interrumpió—, lo acepto como disculpa, pero sólo pagaré por lo que sirve.

—¿O sea que yo viviré cincuenta minutos más de lo que hubiera vivido de no encontrarlo a usted?

—Eso es —contestó el gordo impaciente.

—¿Y cómo sé cuándo empieza ese tiempo de descuento?

—No lo sabe ahora, pero lo sabrá a su debido tiempo. Debe confiar en mí.

Vacilé algunos segundos más aunque sabía que no los compraría. Finalmente dije **sí**.

Sentí que algo se retorcía en mis entrañas y de inmediato me encontré caminando por el túnel que conecta dos estaciones de subte. El túnel estaba vacío hasta que un tipo gordo se materializó a pocos pasos de mí. Caminó sin mirarme y se perdió en una curva. Me quedé diez largos minutos clavado en el mismo lugar, con la visión de manchones de penumbra pegados como lapas a la retina y una expresión imbécil reptando en la cara. Entonces recordé.

Las visitas (debería decir apariciones) del gordo se hicieron frecuentes. Me sorprendía en el baño, tomando mate. Inevitablemente pescaba un par de minutos sabios, producto de mis elucubraciones acerca de los mercaderes, de las paradojas temporales. Mi

fantasía favorita consistía en especular en torno a la batalla de Salamina: ¿Qué hubiera pasado si a Temístocles le compraban el tiempo sabio que utilizó para planear su estrategia? Al gordo le encantaban mis desvaríos y los alentaba. Así descubrí que podía obtener cincuenta a uno por un rato de ficción histórica; casi no necesitaba regatear. Si el asunto le interesaba, el gordo pagaba sin chistar. Por lo visto el tiempo virgen era fácil de conseguir o el gordo amaba el despilfarro.

A veces no podía evitar preguntarme cómo iban a hacer los mercaderes para entregarme todo el tiempo acumulado al final de mi vida, pero el tema no me gustaba y aunque el gordo me instaba a que me concentrara en eso (hasta dijo que pagaría cien a uno por una simple presunción) yo prefería los acertijos y los crucigramas.

Lo que el gordo no aceptaba era el tiempo sabio forzado. Un día fabriqué dos horas completas recondando un mundo alterno en el que los nazis habían ganado la segunda guerra. Se dio cuenta y me pagó dos a uno, de lástima. Lo había copiado de una novela...

Desde ese momento me limité a producir tiempo sabio espontáneo, sin trampas; tiempo de la mejor ley. Y limité al mínimo los experimentos. Llamo experimentos a las tentativas de ampliar el mercado, a la búsqueda de nuevas formas de tiempo sabio derivadas de actividades inusuales en mi pasado. Establecí una escala basada en la tarifa y me ceñí a ella.

El gordo pagaba con magnificencia mis elucubraciones referidas a cómo vender tiempo idiota haciéndolo pasar por sabio. No encontré ninguna manera, pero recibí doscientos a uno por tres intentos fallidos. Y pagó trescientos a uno la teoría que fabriqué una noche de insomnio y bronca: él era un egocéntrico pervertido y malaleche que disfrutaba cagando a sus iguales.

—¡Notable! —dijo el gordo—. Siga en esa línea. —Yo regresaba de la playa en un micro traqueteante y ruidoso. El salió del baño y avanzó entre los pasajeros dormidos hasta desaparecer en medio de las sombras que envolvían los asientos delanteros. Quedé, como siempre, algunos minutos en blanco. Y recién entonces noté que no habíamos convenido el precio. ¡Tiempo perdido!

Traté de concentrarme en las razones que provocarían en el gordo una hostilidad tan marcada hacia sus semejantes; hostilidad que seguramente, obraría como barrera para que ningún otro mercader se me acercara. Pero no logré progresar en esa dirección (me manejaba con muy pocos datos seguros) y tras acurrucarme no tardé en quedar dormido.

Tuve un sueño curioso, de estructura poco habitual. Aparecía mi vecina de asiento en ese mismo viaje (con la que no habíamos intercambiado más de tres palabras y dos miradas a propósito de valijas y bolsos). La mujer vestía una túnica bordada que ponía de manifiesto encantos insospechados; me sonreía. De inmediato hacía un leve movimiento y la túnica se le desprendía de los hombros y se deslizaba hasta dejarla deliciosamente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

desnuda y oscura. Se inclinaba hacia mí y empezábamos a acariciarnos.

El sueño en sí no difería demasiado de otros sueños eróticos inducidos por mujeres circunstanciales. Había, en cambio, una persistencia de rasgos unificadores, una coherencia ajena al mundo onírico (la mujer no se transformaba bajo mi cuerpo, no se convertía en boa o en mi tía Margarita). Yo sentía un placer genuino y el sordo temor de eyacular como un goteo de superyó a través de las grietas del subconciente...

Cuando el placer empezaba a menguar, un nuevo personaje aparecía en el sueño: un hombre muy alto y delgado, vestido con un equipo deportivo; sonreía, tenía un aspecto sociable y poderosamente saludable.

—Siga, siga —me instaba el desconocido. Yo lo miraba extrañado y la mujer fluctuaba, se deshacía en bruma y volvía a solidificarse. De todos modos, la suma de furia y decepción me desconcentraba y la mujer no tardó en notar la flaccidez de mi pene. Volvió a desmaterializarse, esta vez para siempre.

—Escuche: ¡qué se cree! ¿De dónde...? —El desconocido se lanzaba de cabeza a una detallada explicación. Era un mercader del tiempo, le interesaba el material erótico, estaba dispuesto a pagarme mil a uno.

—¿Estoy soñando? —articulé.

—Sí, pero yo no formo parte del sueño. Mi oferta es real y no tiene nada que perder: el tiempo idiota que se incorpora al sueño se aprovecha soñando en blanco. Es mucho menos aburrido que en la vigilia.

—Pero, el gordo...

—Dejemos al gordo. El nunca le pagará mil a uno por nada y menos por un sueño erótico. Eso sí: acostúmbrese a soñarlos hasta el final; me molesta tener que montar los sueños como si fueran films.

Acepté y de inmediato una niebla gris y pegajosa se apoderó de mi mente. El gordo me haría la vida imposible, pero yo no lo dejaría avanzar sobre mis fantasías, especialmente ahora que se volvían rentables.

Desperté envuelto en una vaga sensación de culpabilidad. Mi compañera de asiento dormía envuelta en una gran manta, ajena a la malversación de la que había sido inocente víctima.

El gordo apareció en la terminal, tan anónimo o tan conspicuo como lo permitían la camisa floreada, el **short** verdegrís, el panamá, la gordura.

—Contrariamente a lo que supone, lo que haga con sus sueños no me importa.

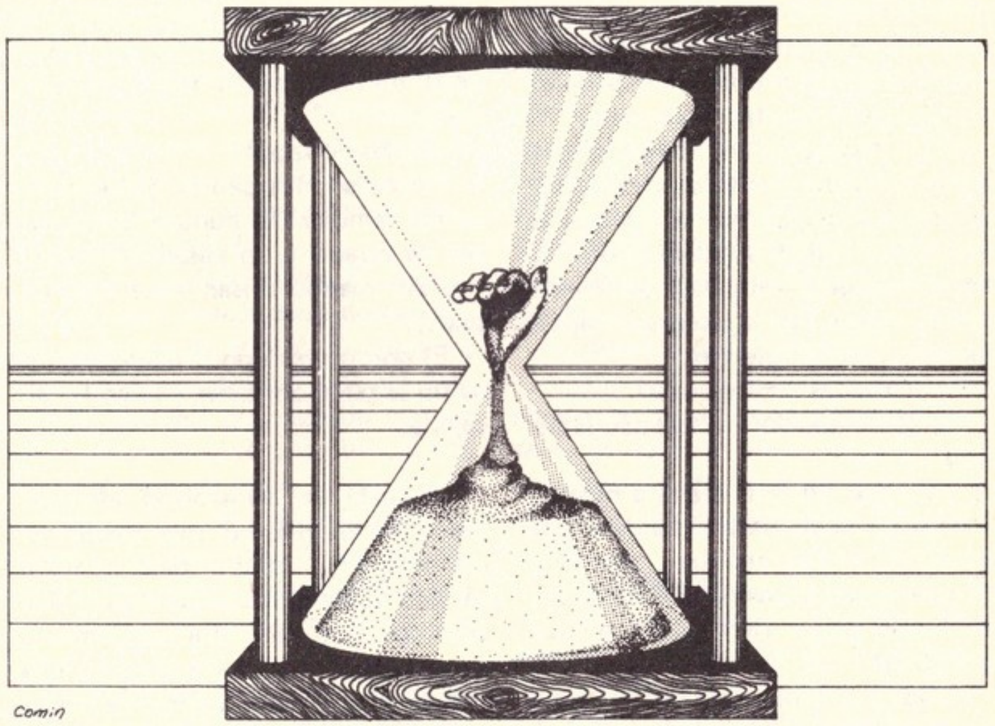
—Gracias.

—Pero me molestaría que la obsesión por fabricar sueños eróticos lo alejara del equilibrio. Tenga en cuenta que un tipo febril, excitado, ansioso no puede crear tiempo sabio, ni siquiera de mediana calidad.

—¿Hay cierta, digamos, rivalidad entre ustedes? —lo interrumpí con picardía. El gordo sonrió complacido. Estaba esperando la pregunta.

—¡Para nada! El es un simple **voyeur**.

Triangulando, deduje que los ver-



daderos enemigos del gordo debían ser los otros mercaderes del tiempo sabio y que sólo trataba de ganarles de mano comprando precipitadamente, aun a riesgo de comprar basura, todos mis intentos por burlarlo. Yo creía que el gordo se dedicaba a la acumulación de material bélico. Pero estaba equivocado.

Un día, mientras rebobinaba en tiempo idiota después de hacer una venta de gran magnitud (no menos de media hora buscándole un falla a Levitzki-Marshall —mi partida favorita) sentado frente al tablero armado en la increíble posición de la jugada 23, se materializó un tipo con cara de loco del lado de las blancas.

—¡Se lo compro! —gritó agitando las manos de un modo grotesco.

—Qué. —El **qué** sonó átono; enterrado en tiempo idiota yo no entendía ni siquiera el significado de la palabra **comprar**.

—Le compro el tiempo idiota —bramó el tipo—. Sólo diga **sí** y le pagaré diez a uno.

Dije **sí**, obedeciendo de la misma manera que había obedecido a una orden directa de **mátese**. Recién cuando el tiempo idiota terminó, fui capaz de preguntarme qué clase de transacción había realizado. Me contestó el gordo.

—¡No vuelva a hacer eso! ¡Jamás! —Estaba más rojo que nunca y mucho más gordo que unos minutos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

atrás. Mi mente derivó hacia un buen número de cuestiones sin respuesta.

—¿Quién es el tipo con cara de loco? —logré preguntar finalmente.

—Un basurero, una clase especial de delincuente. Compra tiempo idiota para las tropas. No sé por qué se metió con usted. Alguien debió haberle encargado esta clase de tiempo idiota virgen, de lo contrario no se tomaría tantas molestias.

—¿Y cuál es la diferencia?

El gordo sonrió y se palmeó la barriga.

—El que yo le entrego a cambio del tiempo sabio es tiempo de idiota auténtico. No se consigue... allá —Hizo una pausa; la vacilación no lo había hecho feliz—. ¿No le dijo con qué le pagaba?

—Quizá sí, quizá no. Yo no estaba en condiciones de notarlo.

—¿Le pagó veinte a uno?

—No, es decir, creo que no. ¿Diez a uno puede ser?

—No trabajan así, pero puede ser. La sacó barata. Se aseguró un buen rato de coma profundo.

La impresión me hizo volcar las piezas.

—¿Cuándo?

—Entre el tiempo de **serie** y el tiempo virgen. El coma será como una campana tocando a muerto; si llevó la cuenta del tiempo ganado su vida extra será un infierno. Lamento tener que decirle que su tiempo de descuento se pudrió. ¡Qué loco de mierda! ¿Se da cuenta la clase de alimaña que medra en el tiempo? Lo peor de todo es que no los podemos controlar. ¿Alguna vez vio en acción a esos vendedores ambulantes que empiezan diciendo: "Voy a robar unos minutos de su fina y amable atención"?

—Miles de veces.

—Esos son los peores. Salteadores de los caminos del tiempo. Son capaces de atracar a un pasaje completo.

—Al menos avisan antes de actuar...

El gordo dudó unos instantes, pero no se pudo contener y largó la carcajada.

Mi vida se transformó efectivamente en un infierno. Incontables veces traté de calcular el tiempo virgen ganado desde el comienzo de mi relación con el gordo. Afortunadamente la variación de precio impedía una cuenta lógica. Para colmo de males mi depresión generaba cierta vulnerabilidad y fui asaltado por toda clase de personajes. Descubrí que el gordo no era un mal bicho y que comparado con otros mercaderes resultaba como un rubio en el Zaire.

En más de un momento me sentí como una doncella repetidamente violada por la soldadesca. Descubrí que el tiempo albergaba sanguijuelas y vampiros. El episodio del tipo con cara de loco pasó a ser uno más entre tantos y cada vez que rebobinaba vivía la zozobra del pillaje. Para ellos, obligarme a recibir un coma a cambio del tiempo idiota, no era más complicado que convencer a un chico de que acepte un caramelo.

—Quiero que me deje en paz —le dije al gordo bruscamente. Yo me hallaba sumido en una erizada hostilidad; sentía que el gordo me había traicionado y de estar a mi alcance lo hubiera golpeado. Una injusticia.

—Cálmese —contestó el gordo alarmado—. No crea que le será tan fácil zafar de la trama en la que se involucró al acordar la primera transacción.

—¿Usted también?

—No me malinterprete. El que recibe no suele preocuparse demasiado por el origen de la tela. Su tiempo, quiero decir, el tiempo que me vendió, ha quedado enganchado con un continuo autárquico y el tiempo que recibe es algo así como la materia de una excavación. Se lo diré sin rodeos: estamos construyendo un tiempo paralelo y hay, en fin, cosas inacabadas, inconclusas; no se puede retirar, por ahora.

Sentí crecer en mí una furia insensata. ¿Insensata? Me habían enredado en un negocio sucio, en una vulgar estafa. Tiempo o espacio: ¿qué más da? Por lo menos mis antiguos patrones, los embrollones esos que te vendían (yo lo hice por un sueldo miserable) el lote de terreno más cercano al colectivo y después resultaba que... Dejémoslo. Pero todo el mundo sabía que eran estafadores, ¿o no? En fin: la víctima es siempre la última que se entera.

—¿Para quién es ese tiempo nuevo? —Se me ocurrió que el desvío de mi furia, la apertura de un nuevo frente proponía una reactivación de la esperanza. ¿Acaso reconociendo que estaba jugado no me aproximaba un poco a la mano que repartía las cartas?—. Casi puedo ver a los privilegiados que habitarán el tiempo incorrupto... —Los ojos del gordo se encendieron, abrió la boca en el gesto más estúpido que fabricara en tanto tiempo.

—¿Le interesaría...? Si yo le propusiera... Escuche: No afloje y tendrá una mejor recompensa que un puñado de tiempo extra al final de la vida. Ayúdeme y podrá ser de los nuestros.

—Espere: ¿Así? ¿Tan fácil?

—¿Por qué no? Somos personas, no dioses. Antes de independizarme, antes de convertirme en comerciante yo trabajaba en una curtiembre. —El gordo lo hacía sonar como algo abyecto.

—Explíqueme.

—No hay mucho que explicar. Yo tramitaré su solicitud ante la Cámara. Le ruego que evite hacer negocios con otros comerciantes, usted sabe...

—¡Pero cómo! ¿No pertenecen todos a la Cámara? El viejo deportivo que me compra los sueños eróticos...

El gordo me miró casi con asco. Odiaba repetir una explicación.

—La Cámara es un organismo formal, ¿Le parece que podemos aceptar a todos los puercos que revuelven tachos de basura en busca de pornografía onírica?

Competencia. Mercado. Cotización. Oferta y demanda. Primera, segunda y saldos. La misma clase de mierda que gobierna los negocios de materias, productos y servicios de este **lado**. Por enésima vez sentí que variaba mi disposición hacia el gordo.

—Perdóneme. ¿A usted no le pasó algo parecido cuando empezó con este asunto?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—No —dijo el gordo. Y desapareció.

Mi cobardía libraba una batalla turbia contra las fuerzas del deseo (fuerzas oscuras, húmedas). Pero la ausencia de sueños eróticos fue tan conspicua como su presencia. Ya no puedo explicar de qué recursos me valía para arrojar a tantas mujeres a pozos profundos, para descuartizarlas con tal economía de sangre. Sólo sé que me desembarazaba de ellas. Llegué a temer que alguna forma latente de homosexualidad irrumpiera en el vacío que yo fabricaba irresponsablemente. Y aun así no pude evitar la incursión del mirón.

—¡Compro eso! —exclamó señalando a la pobre morena desnuda que huía de mí después de fracasar en sus reiteradas proposiciones de encame—. Quiero decir, compro el sueño.

—¡Ah sí! ¿Piensa que el viernes es el día adecuado para las variantes sádicas?

—¡No sea idiota! El gordo le está pudriendo el cerebro con mentiras diabólicas. Un tiempo impoluto para la segunda oportunidad. ¡Ja! Todas las bifurcaciones están cargadas de la misma porquería que su propio tiempo. Usted es un iluso. A quién se le ocurre creer toda esa bazofia idealista...

—¡Un momento! Quiere decir... ¿Está insinuando que el gordo me estafa? ¿Lo puede probar?

—¿Hay alguna forma de probar algo? ¿Usted pidió pruebas de que al final de su vida hay una piscina de tiempo virgen? No. Sólo pensó en la inmortalidad o por lo menos en la prolongación sintética de su existencia. Quiere seguir viviendo y paga un precio exorbitante por una quimera.

—Se lo vendo también a usted, ¿no?

—Yo no lo fuerzo a nada. El licor de los sueños se derrama inevitablemente. Que me moje o no los labios no modifica su placer.

—¡Qué poético! Ahora me va a decir que se metió en esto por casualidad, que es un simple jubilado que mata el tiempo sentado en el banco de una plaza y que esta actividad es el tenue hilo que le permite sentirse vivo.

—Viniendo de un aficionado, no es una explicación desdeñable.

—¿Sabe una cosa? Estoy repodrido de todo este asunto. ¿Le parece que hay especialistas en tiempo de suicidio?

La imagen del **voyeur** osciló, se fumó en espirales esmaltadas, se recompuso milagrosamente.

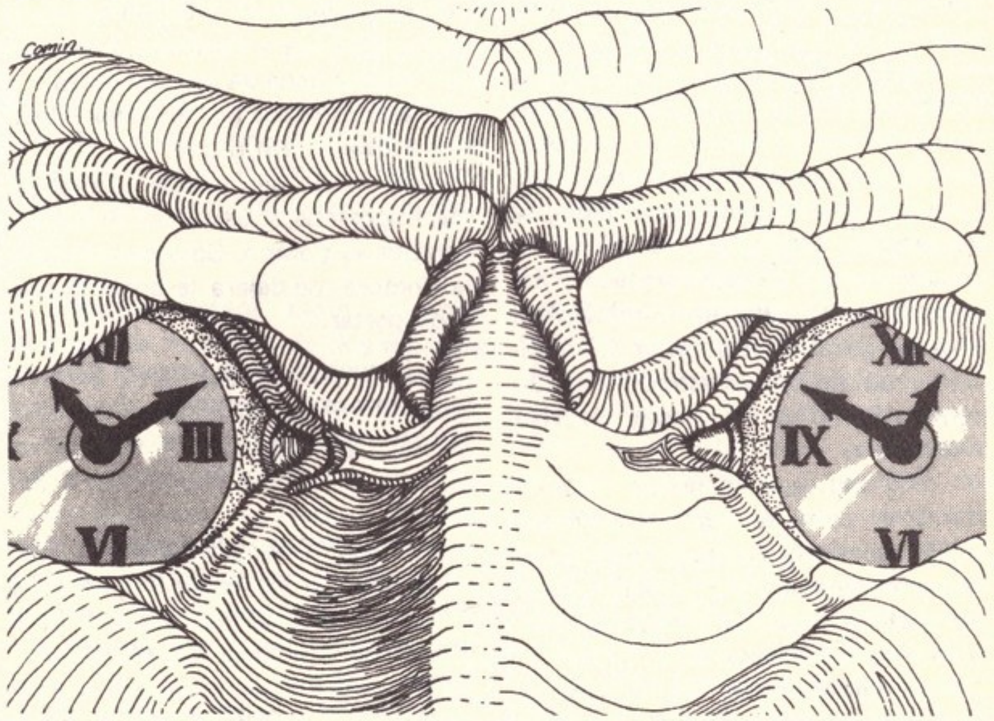
—¡No lo haga! —aulló el viejo espantado—. ¡No está permitido!

—¿No está permitido? —Sueño o no, la escena tenía una estructura de extraña solidez. La muchacha morena había dejado de llorar y se vestía cuidadosa y felina con un traje blanco muy escotado y se tocaba con flores silvestres y se calzaba con sandalias doradas.

—No está permitido —dijo el gordo metiéndose inesperadamente en mi sueño.

—¿Usted qué hace aquí?

—Le vengo a decir que no está permitido suicidarse. El consentimiento de la Cámara es ineludible. Si se suicidara **antes**...



—¿Eso significa que todos ustedes actúan en el filo entre la vida y la muerte?

El gordo y el viejo deportivo se miraron y suspiraron. La chica morena se aproximó sonriendo y me tomó de la mano. Desde el fondo del sueño emergió el tipo con cara de loco; tenía un tablero y una caja (presumo que llena de piezas de ajedrez) debajo de la axila. Se acercó corriendo y me escupió una frase deformada por la velocidad.

—¿Qué dice?

—Dice que él quisiera aprovechar todas las partidas que desfilarán por tu mente en el momento cumbre —dijo la chica morena—. Está tratando de cambiar de tiempo.

—¿De vida?

—De tiempo. Con la vida ya no hay nada que hacer.

—¡Quisiera despertarme!

—No representaría una gran diferencia —dijo el gordo con expresión compungida—. Oiga.

El ulular de una sirena devoraba la escena. El sonido derrotaba al color y a las formas. Por primera vez la figura de la muchacha morena se transformó en otra cosa. La piel se le blanqueó, el vestido blanco se convirtió en una camisa y luego en un delantal. Una muchedumbre ansiosa se inclinaba sobre mi cuerpo dormido y opinaba y se lamentaba y me quitaba el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

poco aire respirable que todavía quedaba en el planeta.

—¡No se amontonen! —gritó un policía empujando sin miramientos a los curiosos. La doctora me besó apasionadamente. Corrijo: trataba de reanimarme mediante una enérgica respiración boca a boca. El gordo me practicaba un masaje cardíaco y me rompía las costillas sin miramientos. Alguien gritaba defilibrador defilibrador y un tutido persistente y agudo remedaba mi turbio pasaje de vivo a comatoso.

—Yo creí que habría que hacer un curso, como el de martillero público —dije cuando la doctora dejó de acariciar mi lengua con la de ella. Tenía un gusto a yogur de frutilla terrible. Corrijo: a frambuesa.

—¡Cállese! —dijo la doctora de mal modo mientras resollaba antes de continuar con la respiración artificial.

—Le compro el tiempo de coma —dijo una mujer joven, muy hermosa, pero con un aire equívoco, como de muchachito.

—No desperdician nada, ¿eh? ¿A cuánto lo pagás?

—Una semana de tiempo inaccesible.

—¡No! —aulló el gordo tratando de apartar a la recién llegada—. Ese es tiempo descartable. De ahí no se vuelve.

Ni se me ocurrió pedir detalles. Si al gordo le parecía mal, a mí me parecía bien. Durante una semana completa estaría a salvo de todas esas aves de rapiña. Y no me importaban las consecuencias.

—El paciente no está en condiciones de comerciar —dijo la doctora incorporándose y haciéndo chasquear una mirada llena de furia violácea.

—Dos semanas por el coma —insistió la joven—. ¿Sí o no?

—Sí —dije sin pensar. Tampoco me importaba a partir de cuándo se contaba el tiempo. Sólo deseaba que la doctora me dejara la boca en paz. O despertar.

—Despertar sería funesto para usted —informó el voyeur—. Lo espera el pozo negro, la nada insustancial.

—¡Basta! Señorita: llévese mi coma.

—De acuerdo —dijo ella. Se inclinó sobre mi cuerpo (lo que ya parecía un deporte popular) y movió las manos como hacen los prestidigitadores—. Listo.

—¡Idiota! —gritó el gordo mientras se tironeaba los cabellos y se ponía más y más rojo—. Está dilapidando una fortuna.

—¡Cállese! Ya me cansó. El verso del tiempo virgen me llenó las pelotas. No sé qué es el tiempo inaccesible y, mire, no me preocupa averiguarlo. Me voy de vacaciones a una especie de Tahití temporal.

Un coro de carcajadas comentó mi comparación. Hasta la joven que me había comprado el coma se unió a sus competidores y rió hasta que una cascada de lágrimas azules le brotó de los ojos. ¡Dios! ¡Cómo deseé despertar! Aunque el despertar me acarreara la muerte total y definitiva, era preferible eso a una permanencia incierta y espectral en el filo de una sevillana.

—¡Adelante! —clamé—. Ejecútenme.

El coma duró exactamente un siglo, treintidós años, seis meses, ocho días, once horas, cuarenta y siete minutos, trece segundos y cuatro décimas.

Cuando regresé tenía la boca amarga. Un recuerdo de dos semanas pasadas en el más absoluto aislamiento, una especie de espacio exterior cerrado (o interior abierto) se me adhería a la memoria con una persistencia agobiante. La burbuja que me protegía se abrió para entregarme un planeta devastado, un mundo que gemía tenuemente, sin esperanzas ni perspectivas de redención. El tiempo, abierto como una flor demasiado roja se escurría por las grietas, salpicaba el paisaje con un pulsar asimétrico, errático. Todo (todo lo viejo, todo lo conocido, todo lo probado, todo lo cómodo y usado) había terminado de cantar el responso de su propio funeral.

Y todos ellos estaban allí para darme la bienvenida, con sus caras y cuerpos verdaderos, no los simulacros que habían usado para no aterrarme. Mi propio aspecto había cambiado hasta convertirme en un extraño para mí mismo. Vi el tiempo nuevo, inconcluso todavía un siglo y pico más tarde: compuesto de formas cristalinas como botellas de Klein. Y reconocí mi aporte al proyecto. Me sonrieron con benevolencia y cuando intenté interrogarlos acerca de la infinidad de incongruencias y contradicciones abandonadas al costado del camino, cruzaron el equivalente de los dedos sobre el equivalente de los labios y produjeron el equivalente de un shhhhhhhhhhhh que duró el equivalente de toda una eternidad.

Pero por fortuna había empezado y nadie tenía idea de cuándo terminaría.

(c) Sergio Gaut vel Hartman, 1984

Suscripción PROCON/1

Revista CLEPSIDRA (nros. 3, 4 y 5).
PARSEC ANTOLOGIA (nros. 1, 2 y 3).
RONDA DE ALMARMIRA (los 7 libros).

Los títulos ya editados se enviarán inmediatamente, el resto será enviado al momento de su edición. Los interesados deberán enviar giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES [Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital].

Precio válido para noviembre de 1984: $a 1.545.-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Diseñamos un hábito

Diseñamos un hábito.
Tenemos espacio para
dar voz a las comunidades
aborígenes, a las culturas marginales, para la
ciencia y la tecnología, para las costumbres y los
viajes, para el placer, el arte, la literatura, la
psicología, el diseño, los personajes y los
problemas del país y del mundo.
Diseñamos un hábito diferente.
El Porteño lo espera en la esquina, en su
quiosco, el primer viernes de cada mes.

EL PORTEÑO

Casi todos identificamos a McCaffrey con los dragones. Y no a todos nos caen (los dragones, no Anne) demasiado simpáticos. Pero este relato que presentamos tiene una particularidad: ni siquiera aparece la palabra "dragón". Y en cambio costaría poco incluir a "Campos de terciopelo" junto al reducido grupo de cuentos traducidos —y recordables— de esta escritora: "La nave que cantaba" (ND 71), "Las muchachas rescatadas del refugio" (ND 108), "Encuentro de mentes" (CF Bruguera 14).

CAMPOS DE TERCIOPELO

Anne McCaffrey

Por supuesto que nos mudamos a las ciudades de Zobranoirundisi cuando Mundos Federados —después de mucho tiempo— permitió una colonia allí. Aunque Estudio había mantenido en observación al planeta durante más de treinta años **standard** y las ciudades, obviamente, estaban disponibles, la ausencia de sus dueños se hacía aun más conspicua por esa razón. Dado que Recursos y Abastecimientos había clamado en el Consejo por otro planeta de soporte en ese sector de la galaxia y Zobranoirundisi estaba desocupado, fuimos enviados allí con la exigencia de alcanzar la auto-suficiencia en un año sideral y lograr un superávit en dos.

Por lo tanto, hubiera sido un gran error en la dirección de nuestros esfuerzos no ocupar las ciudades —nos mudamos solamente a cuatro— adecuadas en forma tan evidente a las formas de vida humanoides. Los murales que decoraban casi todas las paredes sólo daban una vaga idea sobre la psicología de nuestros arrendadores, representados siempre en una actitud de reverente obediencia hacia el símbolo de un Arbol, en forma tal que únicamente resultaban visibles las espaldas, los cráneos redondeados

Ilustración de Omar Comin

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cubiertos de pelusa y algo que daba la impresión de brazos extendidos.

Supongo que si no hubiéramos estado tan ocupados estableciendo el ganado, plantando los cultivos y lo demás, generalmente rompiéndonos los cuellos para cumplir con los requerimientos de la Constitución de la Colonia, hubiéramos podido descubrir antes que había habido un gran error. Las claves estaban allí. Por ejemplo, aunque habíamos ocupado las ciudades, éstas no pudieron transformarse en completamente manejables, a pesar de los esfuerzos de Dunlapil, el ingeniero metropolitano. Tampoco pudimos encontrar ningún ejemplo del Arbol en ningún lugar del exuberante planeta. Pero con Recursos y Abastecimientos a nuestras espaldas para que produjéramos, produjéramos, produjéramos, no tuvimos tiempo para dedicar a las anomalías que nos dejaban perplejos.

Dunlapil, con su habitual menosprecio urbano hacia la botánica, se mofaba de Martín Chávez, nuestro ecologista, diciéndole que el Arbol era el Arbol de la Vida y, por lo tanto, absolutamente mítico.

—Lleva más allá la analogía —fastidiaba a Martín— y podrás explicar por qué se fueron los Zobranoirundisi. Algún disidente arrancó la manzana e hizo que los echaran a todos del Jardín del Edén.

El Edén bien pudiera haber sido tomado del modelo que proporcionaba Zobranoirundisi, con sus campos de terciopelo, sus selvas que parecían parques y sus llanos ondulados. En medio de este paisaje se levantaban hermosas ciudades pequeñas, construidas con bloques de fibra presionada, teñidos de agradables colores, siguiendo un proceso de manufacturación cuya naturaleza frustraba a Dunlapil tanto como la ausencia del Arbol dejaba perplejo a Chávez.

Entonces, sublimando nuestro penetrante sentido de la violación, nos mudamos a los edificios abandonados, cuidando de no hacer cambios irreparables para acomodar nuestro equipaje. En realidad, el único equipaje sofisticado que yo, como Comisionado de la Colonia, permití en las ciudades fue la Torre de Comando. Ordené la construcción del espacio puerto bajo una cadena de colinas de poca altura, en la planicie achaparrada que había a cierta distancia de mis principales ciudades. Un viejo cauce de río se transformó en el camino apropiado para transportar cargas desde y hasta el puerto y nadie puso ninguna objeción por la distancia. Sería mucho mejor no ofender a los dueños de casa trayendo el caos y la suciedad que implica el comercio espacial cerca de sus hermosas ciudades.

Hacíamos pastar al ganado en los campos de terciopelo, cuidadosamente separados unos de otros. Martín Chávez se alarmó cuando una inspección más cuidadosa mostró que cada campo de terciopelo estaba apuntalado sobre su respectivo fundamento de antiguas piedras duras y arcilla, de diez metros de espesor. Ese mismo fundamento contenía lo que parecía ser un profundo sistema de irrigación debajo de cada campo.

Yo le había pedido a Martín Chávez que investigara la curiosa ausencia de herbívoros, en un planeta perfectamente adecuado para su desarrollo. El había catalogado varios tipos de omnívoros, una amplia gama de aves y montones de peces. Descubrió algunos fósiles de herbívoros, pero nada más reciente que restos comparables a los de nuestro Pleistoceno.

Por lo tanto se vio obligado a sacar en conclusión —y efectuó en su voluminoso reporte numerosas comparaciones con otros ejemplos galácticos cercanos— que algún tipo de catástrofe, tal vez la misma que había barrido con los humanoides, había eliminado a los herbívoros en un período anterior.

Cualquiera que haya sido este desastre —de tipo bacteriológico, virósico o aun algo más esotérico— no pareció afectarnos. Fuimos prosperando en Zobranoirundisi. Los primeros chicos, concebidos bajo aquel extraño sol azulado, nacieron justo después de que hubiéramos alcanzado nuestro primer año de superávit como mundo autónomo. La vida comenzó a transcurrir en la agradable rutina estacional: las reses, las ovejas, los caballos, incluso los windoers importados a Zobranoirundisi a modo experimental, se multiplicaron en los campos de terciopelo. Hasta los cultivos xenoagrarios traídos de una docena de mundos diferentes nos dieron una abundante producción. Tuvimos algunos fracasos, por supuesto, con mutaciones del tipo de la ergotina, incomestibles o grotescas, pero no los suficientes como para que requirieran más que una mínima tesis de Chávez para el registro oficial y un encogimiento de hombros por parte del granjero. Si un colonizador está comiendo bien, viviendo confortablemente, con tiempo libre para dedicar a sus chicos o para pasarlo con su esposa en los lánguidos mares del sur, puede dejar de lado los fracasos pequeños y las irritaciones. Aun considerando la omnipresente culpa de la violación.

Yo no era el único que nunca se sintió del todo cómodo en las hermosas ciudades. Pero, al racionalizar mis remordimientos de conciencia, me daba cuenta de que hubiera sido ridículo construir viviendas cuando ya teníamos comodidades vacías a nuestra disposición, a pesar de la negación de éstas a trabajar, no importaba cuán obstinadamente lo intentara Dunlapil. A pesar de todo, nos las arreglamos bien y gradualmente comenzamos a ignorar las anomalías nunca profundamente exploradas, estableciéndonos con la intención de hacer que nuestros jardines y nuestras familias crecieran.

El décimo año recién estaba comenzando con un calor sorprendente cuando Martín Chávez convocó a una reunión para él, para mí y para Dunlapil, en calidad de Ingeniero Especialista. Incluso la había organizado para un Día de Descanso lo que era tan fastidioso como inusual.

—Sólo por si tenemos que convocar a una reunión general de la Colo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nia —me dijo, cuando protesté por la elección del día. Eso, junto con su insistencia, fue suficiente para hacerme sentir cierta inquietud. Aunque Martín Chávez era un angustiado, no era ningún tonto; no imponía sus problemas a nadie innecesariamente y no tenía la costumbre de convocar a reuniones inútiles.

—Tengo un informe poco usual sobre el desarrollo de un nuevo tipo de planta identificable en los campos de terciopelo, Comisionado Sarubbi —anunció formalmente—. Semejante manifestación no puede estar asociada con una simple planta monocotiledónea. Medí y comparé la situación en los campos usados y en los vírgenes, y las distorsiones del crecimiento en los usados son aflictivas.

—¿Quiere decir que hemos importado un virus que está mutando la vegetación nativa? —pregunté—. ¿O es que ha retornado el viejo virus que diezmó a la población herbívora?

—Nada parecido a esta mutación ha sido o no clasificado hasta ahora, no creo que sea la repetición de ninguna calamidad previa —dijo Chávez, frunciendo el ceño con preocupación.

—Ah, vamos, Marty —dijo Dunlapil disgustado—. No vamos a declarar una cuarentena planetaria ahora que podemos exhibir un generoso crédito en nuestro balance.

Chávez se puso de pie indignado.

—El no ha sugerido nada por el estilo, Dun —dije, preguntándome si el ingeniero urbano estaba molesto porque Chávez parecía estar más cerca de resolver el enigma del Arbol que lo que estaba él de hacer lo propio con la mecánica de las ciudades—. Por favor explíquese, Especialista Chávez.

—Recientemente he descubierto una forma de evolución sobrenatural en la familia de las Graminàceas, a la que estas plantas se habían parecido hasta ahora.

Encendió el visor y proyectó una diapositiva sobre la única pared de mi oficina libre de los omnipresentes murales.

—Las extrusiones nodulares que se están desarrollando ahora en los campos de terciopelo no muestran ninguna de las características de las plantas herbáceas. Ni tallos unidos ni hojas envueltas y delgadas.

Miró a su alrededor para ver si habíamos observado lo suficiente antes de pasar a otra diapositiva de material celular ampliado.

—Este corte transversal sugiere un género Helianthus, una mutación improbable.

Exhibiendo material tan contradictorio Chávez mostraba su impotencia.

—De cualquier forma, hay algo nuevo debajo de cada sol y aún no hemos determinado cómo esta inusual luz azul afectará el crecimiento después de una larga exposición. Podemos obtener un segundo efecto Bragae.

—La próxima cosa que vas a decirme, Martín —dijo Dunlapil, como anticipando un discurso sobre comparaciones galácticas—, es que estas plantas son los extraños que han construido estas ciudades. —Me sonrió.

—Eso debería ser obvio —dijo Chávez, con tan poco rencor que la incredulidad que yo había estado abrigando desapareció—. Comisionado —los ojos graves de Chávez se encontraron con los míos—: ¿puede darme alguna otra razón por la cual todas las ciudades tienen lotes cercados, parecidos unos a otros, dispuestos de forma tal que puedan aprovechar el sol pleno del día? ¿Por qué los campos de terciopelo, con ese dominante Símbolo del Arbol central, aparentan ser el foco de reverencia de los extraños —disculpen— de las especies indígenas?

—Pero son claramente humanoides —protestó Dunlapil.

—Su cultura es agraria. Y no hay bestias de apacentamiento. ¡Ni un solo ejemplo de ese maldito Arbol en ningún lugar del planeta... todavía!

Fue entonces cuando empecé a temer realmente.

—No hay bestias de apacentamiento —continuó Chávez inexorable— porque han sido eliminadas para proteger los campos de terciopelo, y lo que sea que está creciendo en ellos ahora.

—¿Quiere decir que cuando esos campos florezcan, con lo que sea que florecen, los extraños volverán? —preguntó Dunlapil.

Chávez asintió.

—Si es que no hemos alterado irreparablemente su ciclo de crecimiento.

—¡Pero eso es fantástico! ¡Una civilización entera no puede estar dependiendo de un ridículo ciclo de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vida plantífera que quién sabe lo que dura! —balbuceó Dunlapil.

—Nada es imposible —contestó Chávez en su mejor tono didáctico.

—¿Su investigación ha sido lo suficientemente comprensible? —le pregunté, aunque me agobiaba una amenazadora sensación de desastre.

—Todo lo comprensible que permiten mi limitado equipo y mi sabiduría. Me gustaría tener una oportunidad de someter mis hallazgos a xenobiólogos competentes y a xenobotánicos con más experiencia en formas esotéricas de vida vegetal. Y requiero, respetuosamente, que la Central de Colonias nos envíe un equipo de inmediato. Temo que ya le hayamos causado un daño incalculable a los... —sonrió; no cometería de nuevo el mismo error— ...al organismo **indígena** sembrado en esos campos.

La delicadeza semántica no era una ayuda para mi estado de ánimo. Si Chávez estaba en lo cierto aunque fuera remotamente, necesitaríamos no sólo xenobiólogos y xenobotánicos sino un Equipo Investigador completo de los Mundos Federados para que examinara nuestra intrusión en un dominio que, después de todo, no había sido abandonado por sus ocupantes como un **Marie Celeste** sino que simplemente descansaba y aguardaba —con sus moradores en latencia.

Mientras Chávez, Dunlapil y yo nos dirigíamos desde mi oficina a la Torre de Comando, recuerdo ahora que me sentía un poco tonto y muy asustado, como un chico que rehúsa comunicarle un accidente a sus padres, convencido de que tiene que evitar trastornarlos. La torre nunca me había parecido tan fuera de lugar, tan extraña, tan sacrílega como entonces.

—Esperen un minuto, ustedes dos —protestó Dunlapil—. Saben que un Equipo de Investigación quiere decir...

—Debemos hacer lo que esté a nuestro alcance para mitigar la ofensa infligida tan pronto como se pueda —dijo Chávez, interrumpiéndolo nerviosamente.

—Maldición —Dunlapil se detuvo— Hemos hecho todo mal.

—Podemos haber destruido a toda una generación —dijo Chávez con una expresión de pena inefable.

—Está lleno de campos que no hemos tocado. Los extraños —nativos— pueden usarlos para alimentarse...

La sonrisa de Chávez se ahondó y quitó cortésmente la mano de Dunlapil de su brazo.

—Del polvo vinieron, al polvo volverán y del polvo volverán a crecer.

Fue entonces cuando Dunlapil comprendió la enormidad de nuestro crimen.

—¿Quiere decir que las plantas son las personas?

—¿Qué otra cosa he estado tratando de decir? Nacen de los Arboles.

Hicimos lo que pudimos, aun cuando todavía estábamos esperando que llegaran los especialistas y el Equipo de Investigación.

Primero sacamos a los animales y arrancamos los cultivos de cada uno de los campos de terciopelo. Barrimos toda señal de nuestra ocupación colonial de las ciudades. El Equipo, compuesto de tres especies humanas y cinco no humanas, arribó con amenazante urgencia bastante tiempo antes que la primera camada de xenoespecialistas. Los miembros del Equipo no comentaron nada acerca de los esfuerzos preliminares por reparar nuestro error, ni tampoco se quejaron por su alojamiento en los edificios construidos de urgencia sobre la planicie desnuda y polvorienta y por la subsiguiente ruidosa actividad del espaciopuerto cercano. Todo lo que hacían era observar con portentosa intensidad.

Por supuesto, excepto la evacuación de las ciudades —y su ocupación había sido el más leve de nuestros crímenes acumulativos— todo lo que hicimos para remediar nuestros excesos resultó negativo en el análisis final. Hubiéramos sido menos destructivos si hubiéramos dejado el ganado en los campos de terciopelo y no los hubiéramos sacrificado para comer. Tendríamos que haber dejado a los cultivos madurar, morir y volver a los suelos especiales que los habían nutrido. Porque los campos que nosotros les habíamos robado produjeron los peores horrores. ¿Pero cómo íbamos a saberlo?

Ahora, por supuesto, lo sabemos. Llevamos hasta hoy la carga de nuestra culpa y nos remuerde la conciencia por el desmembramiento al por mayor de aquellos seres irrecuperables: comidos, digeridos y defecados encima de sí mismos por el ganado. Y nuevamente comidos, digeridos y eliminados por aquellos que se nutrían de la carne del ganado. De los innumerables nativos desintegrados arrancados de su hogar por mediadores inconscientes, ninguno podía florecer en suelo extraño. Y en su propio suelo —repito— los campos que nosotros usamos produjeron los peores horrores.,.

Recuerdo cuando el último informe fue elevado a los ocho jueces que formaban parte del Equipo de Investigación. No perdieron tiempo en formular su decreto. Fui llamado a su alojamiento para oír el veredicto. Cuando entré al cuarto vi a los jueces sentados sobre una plataforma elevada, más de un metro por encima de mi cabeza. Eso ya me estaba informando que habíamos perdido todo status en los Mundos Federados.

Un movimiento de la muñeca de uno de los tres miembros humanos del Equipo atrajo mi atención. Humildemente bajé la cabeza pero él se negó a mirarme.

—La investigación está completa —dijo con un tono sin emoción—. Han cometido el peor genocidio registrado en la historia galáctica.

—Pero señor... —Mi protesta fue cortada por un segundo gesto perentorio.

—Los xenobiólogos informaron que las plantaciones de los campos de terciopelo habían aicanzado el tercer estado de su evolución. El paralelo entre el segundo estado de esta forma de vida y el de la fauna celulosa de Brandon II es evidente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Chávez ya me había hablado de ese paralelo.

—Ahora las plantas recuerdan los exo-rizomorfos de Planariae V y es inevitable que este tercer estado dé lugar a la forma de vida consciente pintada en los murales de las ciudades.

—Vinieron aquí como granjeros y granjeros serán, en los campos de aquellos a los que han mutilado. ¿Qué reparaciones les serán exigidas a fin de cuentas? Eso no podrá saberse hasta que las víctimas de sus crímenes pronuncien la condena a través de la cual ustedes podrán redimir a sus especies frente al resto de la galaxia.

Terminó de hablar y me despachó. Me retiré, para ir a anunciar el veredicto a mis trastornados compañeros de Colonia.

Hubiera preferido que nos ejecutaran sumariamente en ese momento y lugar, en lugar de ser avisados y dejados de lado. Pero ésa no era la forma de juzgar en los tiempos que corren.

Ni siquiera podíamos apelar a que el suelo del planeta nos había sido encomendado, porque la Colonia había asumido toda la responsabilidad de sus acciones subsiguientes y había obtenido beneficios ahora tan caros de pagar.

Por lo tanto, trabajamos desde ese día hasta el Tiempo de Floración tardío, en aquel otoño nefasto. Observamos ansiosamente cómo los retoños de exo-rizomorfos crecían a una velocidad fantástica hasta que tuvieron tres, luego seis, finalmente ocho metros de altura; troncos gruesos y ramas cubiertas de un follaje triangular verde. Hacia mediados de verano supimos por qué nunca, durante nuestra estadía en Zobranoirundisi, habíamos podido encontrar un ejemplar del Arbol: esos Arboles crecían una vez cada cien años. Porque eran los Arboles de la Vida y llevaban el Fruto de Zobranoirundisi en sus entrañas celulares, dos en cada rama, tres en once ramas por Arbol. En los campos buenos... esto significa, los que no habían sido violados.

En los otros...

La galaxia sabe que quisimos reparar nuestro crimen. Cada hombre, cada mujer y cada niño se dedicó a atender los Arboles retorcidos, achaparrados, deformados y sin ramas que tan lastimeramente crecían en aquellos campos profanados. Todos observábamos con ansiedad y horror crecientes cómo cada nuevo día aparecían evidencias inéditas del alcance de nuestro sacrilegio. Oh, la horrenda diferencia entre aquellos Zobranoirundisi altos y derechos y... los Otros. Estábamos preparados para soportar cualquier sacrificio a modo de condena.

Entonces, la mañana que siguió a la primera helada fuerte, cuando el frío hubo marchitado los tallos, el primer Zobranoirundisi desgarró su placenta vegetal. Sacudió su cuerpo alto y esbelto, se volvió e hizo reverencia a su Arbol de la Vida natal, se alimentó del suelo y de sus raíces, de su follaje triangular... ¡Y supo!

Nunca podré expresar la agonía de aquel día, cuando todos aquellos Zobranoirundisi nos enfrentaron, a sus mutiladores, y anunciaron la forma que tendría nuestra expiación. Nos rendimos ante lo inevitable, porque sabíamos que la sentencia era justa y de una simpleza Hamurábica.

Teníamos que devolverle al suelo lo que le habíamos robado. Los Zobranoirundisi mancos, reconociendo su miembro ausente en las células ahora incorporadas a los dedos de un chico de la colonia amamantado con leche de vaca alimentada en los campos de terciopelo, tenían derecho a reclamar lo que era, indudablemente, su propia carne. Los Zobranoirundisi sin piernas no podían ser condenados a una existencia de lisiados cuando un chico había usado las mismas células para correr libremente durante siete años sobre un suelo en donde anteriormente sólo los Zobranoirundisi habían medrado.

Nos rendimos todos ante lo que era realmente de los Zobranoirundisi. La semilla y el suelo de los campos de terciopelo, parte y partícula del polvo original que hubiera sido reconstituido durante el ciclo que nosotros tan despiadadamente habíamos interrumpido.

No estábamos en condiciones de evadir ni el más mínimo requerimiento de la reparación, pues toda la humanidad nos miraba. Diré esto de nosotros orgullosamente, aunque ya no tengo una lengua: la humanidad será capaz de vivir sólo si acata la voz de su conciencia. Ni uno solo de nosotros, ante el requerimiento, dejó de darle su carne a los Zobranoirundisi, a modo de compensación.

Título original en inglés:
"Velvet fields"
© by UPA Pub. Co. 1973.
Traducción: Cecilia Polisena

Suscripción PROCON/2

ALMARMIRA (novela).
EL CAMINO DE LOS ESPEJOS (cuentos).
PARSEC ANTOLOGIA (nros. 1, 2 y 3).

Los títulos ya editados se enviarán inmediatamente, el resto será enviado al momento de su edición. Los interesados deberán enviar giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES [Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital].

Precio válido para noviembre de 1984: $a 1.840.-

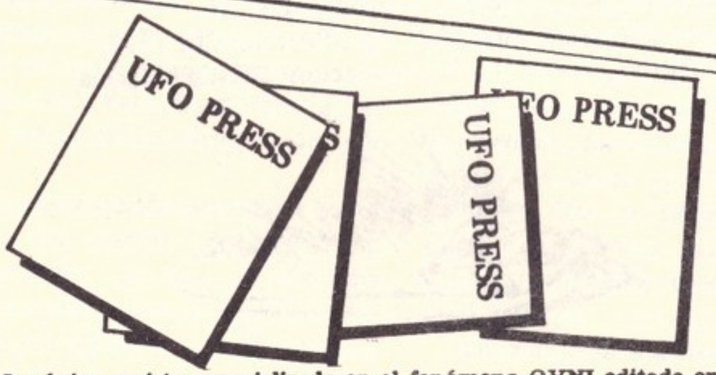
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

UFOLOGIA:
Una protociencia marginal está pidiendo su atención...

CIU

Una disciplina encargada de estudiar el contenido de los informes sobre OVNI. De la "ufología" se trata. Un intento científico por esclarecer la naturaleza de un fenómeno que irrumpió en nuestra sociedad a mediados del siglo XX. Condenado por la ciencia ortodoxa, aprovechado por la prensa, maltratado por los mercaderes de la credulidad popular, causante de un nuevo fanatismo pseudoreligioso y, en fin, cierto para miles de personas que creyeron estar ante su presencia. El fenómeno OVNI constituye, sin duda, el perfil emergente de una mitología moderna. Aún no se sabe, sin embargo, qué son los OVNI. En averiguarlo estamos, y por eso lo invitamos a sumarse a esta original aventura del descubrimiento.

Comisión de Investigaciones Ufológicas
C. de C. 26. suc. 25
1425 Buenos Aires



La única revista especializada en el fenómeno OVNI editada en español, se hace en Buenos Aires. Su nombre: *UFO PRESS*. Contiene casuística OVNI argentina y mundial, encuestas inéditas, estudios estadísticos, novedades y progresos en la investigación, ensayos teóricos, etc. Es distribuida trimestralmente sólo por suscripción, precio en el que se incluye el envío mensual del *Boletín CIU*, la edición en castellano del *International UFO Reporter* (dirigida por el Dr. Joseph Allen Hynek) e importantes descuentos para la adquisición de publicaciones especiales de tirada limitada. Una experiencia periodística sin antecedentes en América Latina.

* * *

Revista UFO PRESS (enviar cheque o giro a nombre de Alejandro César Agostinelli —suscripción anual, cuatro número, $a 1.100 hasta el 31 de diciembre de 1984) Casilla de Correo 26, sucursal 25, 1425 Buenos Aires.

Un relato bastante atípico dentro de la obra del británico John Brunner. Atípico no porque Brunner no haya escrito cf "encuadrable" como tal, sino porque en 1965 parecía estar girando hacia la temática que desembocaría en *Todos sobre Zanzibar*, *El rebaño ciego* y *Fuera de órbita*. De todos modos, cuando quede entre dos fuegos piense que los proyectiles no piensan y quienes los disparan tampoco.

UNA OPORTUNIDAD PARA LA SIMETRIA

John Brunner

Algunas de las luchas más encarnizadas de la Segunda Guerra Mundial fluyeron y menguaron a uno y otro lado del territorio de los Kalang. Pero sólo en una ocasión la corriente de los grandes eventos mundiales se introdujo en esa región montañosa e inaccesible al norte de Birmania que ellos consideraban propia.

La intromisión comenzó cuando un avión de reconocimiento fotográfico, de regreso de una arriesgada pero crucial misión, sufrió un desperfecto mecánico no muy lejos de allí. El piloto vio que el navegante evacuaba el avión y se ponía a salvo, y no tardó en imitarlo. Terminó colgado de las ramas de un gran árbol, a la vista de un grupo de cazadores Kalang, con moretones, rasguños y golpes, pero por lo demás ileso.

Lo poco que los pequeños cazadores sabían sobre el hombre blanco y el amarillo, los inducía a desconfiar de los extraños. Sin embargo, la forma de llegar del piloto, con esas alas blancas bajando del cielo, los impresionó lo suficiente como para no actuar con precipitación, matándolo sin más trámite. Prefirieron escoltarlo a punta de lanza hasta la aldea. Luego de consultar exhaustivamente los

Ilustración de Gustavo Chiatellino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

augurios, el jefe lo hospedó, lo alimentó y le alivió el dolor con grandes jarros de **ku**, que entre los Kalang equivale a cerveza.

El avión, naturalemente, y las cámaras que llevaba, se perdieron sin remedio; sin embargo, la naturaleza de la misión era de tal importancia que justificaba el envío de una patrulla de rescate para buscar sobrevivientes que pudieran dar un testimonio verbal. El piloto fue encontrado, en estado febril pero vivo. El oficial al mando, retribuyó a la tribu con grandes cantidades de té, tabaco y sal.

Cuando los extraños se hubieran ido, el jefe estudió detenidamente el bello acero del machete que había reservado como parte personal de la recompensa y dio órdenes de tratar del mismo modo a cualquiera que bajara flotando del cielo.

Por supuesto que Tambah, para esa época, todavía no había nacido. Pero, obtuvo la información como parte de una larga, compleja y didáctica historia que le había contado su padre. Había visto el machete, algo oxidado, pero todavía en condiciones de causar admiración; había visto la gastada capa ceremonial que el jefe había ordenado hacer con la tela del paracaídas. Traer riquezas semejantes a los ahora hambrientos y deprimidos Kalangs, era, desde hacía mucho, la máxima ambición de Tambah.

Y aun tenía una motivación más poderosa: la ira. En dos oportunidades había sido dejado de lado por el jefe a la hora de los rituales de iniciación, con hirientes comentarios sobre su pequeña estatura y su incompetencia general. Esta fue la razón principal para que guardara el secreto del gran descubrimiento para sí mismo.

No sólo eso. Había abandonado la aldea para compartirlo con otra gente, extraños, antes de comunicárselo a su propia familia. La tarea era arriesgada, y aunque sabía mínimas las posibilidades de que lo siguieran, no podía evitar las periódicas miradas por encima del hombro. La razón era que, luego de mucho debatir sobre las señales en el cielo, nunca vistas antes, toda la tribu se había dedicado a realizar ritos propiciatorios para aplacar a los dioses. Eso duraría por lo menos tres días.

Estaba cansado, y los pies se le habían ampollado horriblemente. Cada paso que daba parecía aumentar el peso de la carga. Sin embargo siguió andando, seducido por el sueño de lograr que la gente voladora reclamara ante los suyos y así ser el responsable de la obtención de nuevas riquezas para los Kalangs.

Ya había amanecido cuando emergió de la espesa selva y se detuvo sobre una saliente de roca para observar la aldea de extrañas tiendas cónicas que se extendían frente a él. Permaneció algunos segundos sin descubrir su verdadera naturaleza; entonces vio a un hombre moviéndose entre las tiendas y se dio cuenta de que había llegado la meta propuesta. Sabía que debía ser cauteloso pero de alguna manera el razonamiento no le llegaba con claridad. Tenía la mente obnubilada, los pies le dolían de un modo irreal y la boca se le había secado.

No... no completamente seca. Se succionó los dientes, pasó el dorso de la mano que tenía libre por los labios. Cuando retiró la mano, sobre la piel había restos de sangre.

Pero el cansancio ni siquiera le permitió pensar en eso. Trotando torpemente bajó a la aldea de la gente voladora, tratando de comunicarles, a gritos, las novedades que traía.

Jan Bilay caminó por última vez alrededor del jeep para cerciorarse de que las cajas con las frágiles ampollas estaban bien aseguradas con sus respectivas correas. Desprendió algunos terrones de lodo seco de las insignias de la Organización Mundial de la Salud pintadas en la puerta del lado del conductor, y suspiró.

—Todo parece estar en orden —murmuró—. ¿Crees que los encontremos hoy?

—Creo que hoy tendremos más posibilidades que ayer —dijo Dinah Ashman, levantando la vista del recuento de hipodérmicas que estaba haciendo en la parte trasera del vehículo.

—Ahora sabemos que ya hemos entrado en territorio Kalang; encontramos su aldea abandonada.

—¿Estás segura de que fue abandonada? —preguntó Carlos desde atrás de la rueda.

—Ya hemos discutido todo eso —replicó Dinah—. ¡Sí, estoy muy segura de que fue así! Después de todo no es infrecuente en tu país: trabajar una extensión hasta agotarla y luego instalar allí una tribu originaria de otro lugar.

Carlos se encogió de hombros. Luego de esperar un momento para ver si él volvía a hablar, Jan dijo:

—Mira, sé que no es mi especialidad, pero considera esto: sabemos que son recelosos y que han evitado todo contacto con el exterior hasta el presente. ¿No podrían estar ocultándose de nosotros? Tal vez... Sí, tal vez interpretaron la caída del meteoro de la otra noche como una advertencia de nuestra llegada.

—Entonces sólo debemos persuadirlos de que no les haremos daño alguno —respondió Dinah Ashman—. Ellos no se aislan del todo... si lo hicieran, no tendríamos que molestarlos. Pero mientras continúen siendo un foco infeccioso, todo aquel que tome contacto con ellos correrá un serio riesgo.

—No es tan fácil como te lo imaginas —objetó Ba Thway desde el asiento del acompañante—. Yo me tengo que ocupar de la persuasión, ésa de la que tú hablas tan ingenuamente. Para un país que contiene a todos los grupos étnicos europeos, América produce pocos lingüistas.

—¿Podemos seguir la discusión por el camino? —gruñó Carlos.

—¡Camino! —replicó Jan con cierta ironía—. Me pasaré el día rezando para que encuentres el camino de regreso al campamento. —Pero no obstante retiró su brazo tostado por el sol de la puerta en la cual estaba apoyado.

Observó al jeep saltando sobre el desparejo terreno hasta que desapareció de la vista. Si encontraban a esos huidizos Kalangs, se prometió

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a sí mismo suspender el trabajo por uno días y ayudar en la vacunación. Cuando salió por primera vez con el equipo de la O.M.S., sintió lástima por ellos, por lo rutinario de su trabajo. Ubicar aldeas, ganarse la confianza de la gente, vacunar e inocular como si estuviesen operando una línea de montaje. Estaba seguro de que su propio estudio sobre el diseño de los vectores de enfermedad entre los insectos que se crían en el agua era más interesante y variado.

Pero ahora, cansado de tanto quedarse solo todo el día en el campamento, empezaba a sentirse visiblemente aburrido.

Y también debía estar bastante sobreexcitado, se dijo a sí mismo una media hora más tarde, cuando trabajando con un botellón de agua destilada, casi lo vuelca al percibir un movimiento en el límite del campo visual. Cuando quiso cerciorarse, no vio nada; no obstante, y con un poco de vergüenza, buscó la única arma que poseía la expedición, un rifle para elefantes. Cautelosamente salió a inspeccionar el sitio del disturbio.

Las causas de su inquietud le salieron al encuentro: un muchacho desnudo y de tez oscura, cargando algo grande y resplandeciente sobre los hombros, arrastrando los pies como si estuviera muy fatigado. Al principio no notó la presencia de Jan; cuando lo hizo bajó el objeto que cargaba y se lo tendió a Jan como una ofrenda. El peso fue excesivo para el muchacho y se le escapó de las manos cayendo al suelo con un ruido metálico. Instantes más tarde el muchacho perdió el equilibrio y se derrumbó en un desmayo fulminante.

¡Rayos! Jan, desorientado, pronunció la media docena de frases en birmano que había aprendido y que casi con seguridad no se hablaba en esta parte del mundo. Deseó que los otros estuvieran allí. No poseía conocimientos médicos más allá de los primeros auxilios, y este muchacho estaba evidentemente enfermo. Tenía el cuerpo cubierto de ampollas y rasguños, los pies heridos y llenos de espinas; los latidos del pulso imitaban un martillo. Además un hilo de sangre le brotaba de la boca, aunque Jan no le prestó atención, considerando que era una consecuencia de la caída de la cara hacia abajo, en la cual el muchacho debió haberse cortado un labio. La combinación de fatiga con golpe de calor fue el diagnóstico obvio. Jan levantó el cuerpo inerte y lo llevó a la cama de campaña de la tienda más próxima, la de Carlos. Atendió las abrasiones y extrajo las peores espinas, luego le limpió la sangre del mentón.

Fue entonces cuando ciertos detalles le empezaron a resultar sospechosos. La sangre volvía a fluir. Retirando el labio inferior, notó que de las encías manaba un líquido rojo. Al ver esto pensó que podía ser piorrea. A falta de otros indicios, le lavó la boca con una solución antiséptica. El muchacho, ahora en un profundo coma, no se movió.

¿Qué lo pudo haber dejado en ese estado? Tendría alguna relación con el objeto que había traído y todavía

se hallaba afuera en el suelo? Jan salió y lo examinó. Resultaba muy curioso encontrarse en esta parte del mundo con un objeto así.

Era de metal. Por su peso, estimó que se trataba de una aleación de aluminio y magnesio. La pieza estaba cuidadosamente moldeada para formar un arco, pero uno de los extremos parecía como arrancado por una explosión. Todo un lado estaba descolorido, aparentemente por la acción de un calor intenso.

Aunque en relación a su tamaño el objeto era liviano, estimó su peso en alrededor de catorce kilos. ¡Un peso considerable para que lo cargue un joven alfeñique a través de la selva enmarañada!

La hipótesis más aceptable, por obvia, era que había habido un accidente de aviación, y que el muchacho quería informar sobre él. Pero no había absolutamente nada que Jan pudiera hacer. No hablaba la lengua del muchacho y de todos modos no podía aventurarse y partir, cruzando la región a pie. Ni siquiera en el caso de que el muchacho pudiese guiarlo, y éste no estaba en condiciones de moverse.

Trató de aceptar los hechos y de seguir con su rutina diaria, pero le era imposible concentrarse en el trabajo. Se encontró con que cada cinco o diez minutos echaba una mirada a la carpa donde el muchacho yacía inconsciente. Sabía que no tenía sentido, pero algo le carcomía la mente y lo empujaba una y otra vez hacia la tienda.

Deliberadamente se contuvo

durante una hora de visitar al muchacho. Luego de cumplirse ese lapso volvió a la tienda apresuradamente.

El muchacho había invertido su posición sin despertarse. La primera impresión que tuvo Jan lo horrorizó, creyó que el muchacho había lanzado vómito negro. La mente de Jan se llenó con los horrores del cólera. Luego, cuando pasó el momento de la premonición totalizadora, comprobó que la mancha oscura sobre la almohada era un mechón de pelo que se había desprendido del cuero cabelludo.

En ese preciso momento descubrió qué era lo que carcomía su mente cada vez que iba a la tienda. Lo que durante todo el día le había estado dando vueltas en la cabeza.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esta tienda era la de Carlos, que además de ser el jefe de conductores y mecánicos de la expedición, estaba a cargo del equipo de monitoreo de catástrofes nucleares. Todas las noches llenaba un espacio en una forma pre-impresa que, una vez completada, se enviaba a la comisión de ensayos de armas nucleares de las Naciones Unidas. El último de los acuerdos de prohibición de ensayos nucleares se encontraba en plena vigencia, pero en cualquier momento algún país podría alcanzar el nivel técnico necesario y adquirir este moderno símbolo de status entre las naciones.

Y en ese mismo instante, debajo de la cama, amortiguado por los bultos que se hallaban encima, el contador Geiger del equipo de Carlos sonaba con sus clicks característicos.

Jan, frenéticamente, extrajo el aparato de entre los muchos bultos que lo tapaban. Con el **pickup**, recorrió el cuerpo del muchacho. Mientras lo hacía, el parlante emitió un grito que desapareció al modificar la escala de medición. El contador registraba semejantes niveles, que la aguja no los podía seguir para indicar los valores reales.

En una especie de pánico controlado, sudando, Jan salió de la tienda. Usando unas ramas largas, alejó el pedazo de metal del campamento. Lo arrojó en un nicho formado por dos grandes rocas que supuso una protección relativamente segura contra la radiación y acto seguido, de la misma forma, se deshizo de las dos ramas.

Esto iba a ser duro para el muchacho, reflexionó mientras ponía a hervir una marmita sobre el fuego y conseguía un pan de jabón carbólico. Pero debía hacerse aunque a esta altura, probablemente, ya fuera inútil. El mismo debería lavarse, cortarse las uñas y cambiarse toda la ropa cuando terminara con el muchacho.

Intrigado, requería del silencioso ambiente la explicación de cómo un salvaje birmano vino a sufrir el peor caso de contaminación radiactiva que hubiese visto en toda su vida.

Cuando regresaron a la noche, desilusionados, habiendo fallado en la tarea de localizar a la todavía fugitiva tribu Kalang, simplemente se resistieron a creerle. No le creyeron hasta que Carlos inspeccionó el pedezo de metal con el contador. Recién entonces se convencieron de la veracidad del relato. Todos terminaron tan alterados como Jan.

Sólo esperaban que el muchacho pudiera hablar antes de morir. Para averiguar eso, analizaron su tipo de sangre y descubrieron que por una afortunada coincidencia era compatible con el de Ba Thway. Dinah se encargó de hacerle al muchacho una transfusión de emergencia. Jan y Carlos salieron para inspeccionar, muy cautelosamente, el misterioso pedazo de metal.

—¿Qué te parece? —preguntó Jan.

Carlos vaciló. Finalmente dijo: —Hablando con franqueza dudo que lo que vimos la otra noche haya sido un meteoro.

Jan se mordió los labios. —¡Estoy

maravillado! Podría jurar que no era un avión en llamas, pero... —Lo vio con los ojos de la memoria, tan vívido como si lo tuviera delante en ese momento:una gran llamarada cruzando la noche, seguida de un ruido ensordecedor—. ¿Un cohete, un misil con ojiva nuclear?

—Lo dudo —repuso Carlos—. Para conservar un nivel de radiación como el que tenemos, el pedazo de metal debe haber estado muy cerca de una reacción en cadena, y en una cabeza nuclear no hay reacción a menos que se busquen dificultades. Pero estoy pensando en algo totalmente diferente, algo como **propulsión** nuclear.

—¿Hablas en serio?

Carlos sacudió la cabeza. —No lo sé. Hace tiempo que se tejen historias sobre el desarrollo de la propulsión atómica. Lo obvio es que ahora, suceda lo que suceda, deberemos olvidarnos de los Kalang y ubicar el sitio del siniestro lo más rápido que podamos. Es más, creo que debemos intentar alcanzar Rangún por la radio de inmediato.

Las autoridades de Rangún se mostraron escépticas. Esto se debía a lo fragmentario de la información que transmitía el equipo de la OMS, por cuanto los intentos de revivir al muchacho con la transfusión habían fracasado. Algunas horas más tarde Rangún contestó: debían permanecer con el muchacho y un grupo de observación aérea rastrearía el área por la mañana.

Nadie del equipo durmió mucho esa noche, aunque sobraba cansancio. La teoría de Carlos de que un cohete nuclear podía haberse estrellado en la región, inquietaba mucho por lo plausible. Se turnaron para hacer guardia junto a la cama del muchacho; el resto del tiempo discutían descabelladas teorías junto al fuego.

Sospechaban que Rangún había hecho la promesa de una búsqueda para taparles la boca por esa noche. Poco después del amanecer, el ruido del primer avión sonó en los oídos de Jan, y trajo alivio a todo el equipo. Su llamado convocó a los demás para rastrear el cielo juntos.

—Un avión de reconocimiento fotográfico de gran altura —dijo Carlos después de un rato—. Muy útil en una zona como ésta; por todos los santos, ¿por qué no usarán helicópteros?

—Deben ser más lentos —sugirió Ba Thway—. Tardarían mucho en llegar.

—¡Eso lo sé! —dijo Carlos encarando al pequeño birmano.

Por un momento Jan temió que el excesivo cansancio del grupo los llevara a un enfrentamiento verbal. En ese instante Dinah interrumpió desde la puerta de la carpa del muchacho.

—¡Ba, ven rápido, el muchacho abrió los ojos!

A Ba le resultaba tremendamente difícil interpretar las palabras del muchacho. El dialecto local —que comprobaron con estupor se trataba del Kalang, el lenguaje de la tribu que buscaban— era sólo un derivado de los idiomas que había estudiado. El

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

muchacho, además, deliraba la mayor parte del tiempo. Averiguaron que se llamaba Tambah y que estaba molesto por haber sido excluido de los ritos de iniciación. Se enteraron de la existencia de una leyenda sobre un hombre caído del cielo. Su esperanza era conseguir ricas recompensas para los Kalang en retribución por la ayuda en el rescate del sobreviviente, el hombre caído del cielo.

Al llegar a este punto, Ba empezó a dudar de sus propias interpretaciones. Puesto que las declaraciones de Tambah implicaban la existencia de un hombre en los restos del aparato accidentado, y esto por supuesto era ridículo. Los países lo suficientemente adelantados como para poseer propulsión nuclear también poseerían el adelanto suficiente como para automatizar los sistemas de control en función de un respeto por la vida humana. Esta parte de la historia debía ser un deseo inconsciente de Tambah; en su estado actual tenía que estar tan confundido, que el tradicional relato del hombre caído del cielo se mezclaba con lo que vio realmente.

Yacía tendido con los ojos girando atemorizados cada vez que percibía algo del entorno —que fuera lo suficientemente claro como para reaccionar— y murmuraba algo acerca de que deseaba una recompensa.

Ba le palmeó el pecho, dándole valor, y miró interrogativamente a Dinah.

—¿Cuánto durará? —preguntó en voz baja, precaución algo ridícula, ya que era muy difícil que el muchacho entendiera inglés.

—Si pudiera ser enviado a un hospital, por avión, por uno o dos días. Necesitaríamos varias cosas, de las cuales no disponemos —como detergentes intestinales— si queremos salvarlo. Pero ahora creo que está más allá de toda esperanza.

—Lo intentaremos, tal vez consigamos una descripción del lugar del accidente —murmuró Ba e indicó a los demás que lo dejaran solo, pues lo estaban distrayendo.

Esto era la médula del informe que presentaron a un oficial de la fuerza aérea birmana que arribó en helicóptero hacia el anochecer. Su misión era verificar la existencia del misterioso pedazo de metal radioactivo, ya que hasta ese momento, el avión de relevamiento fotográfico no había encontrado indicio alguno del siniestro. También solicitó detalles más precisos sobre el lugar donde se suponía que ocurrió el hecho. El oficial se mostró amablemente sobrador cuando supo que el equipo había estado rastreando a los Kalang durante semanas sin éxito; y que el accidente debió ocurrir en territorio Kalang.

El muchacho se desmayó nuevamente.

Desde ese momento, y a lo largo de toda la tarde, el ruido de los helicópteros no los abandonó jamás. Alguien importante, en la cima de la torre, debía estar tomándose el asunto muy en serio, tanto como para movilizar ocho aparatos en una sola misión, le comenta Jan a Carlos.

—Sospecho que esto también puede demostrar lo contrario —replicó Carlos en forma hostil.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Puede ser que los birmanos sólo estén montando una fachada. Después de todo, el fragmento no es necesariamente una parte de un motor atómico. Puede muy bien ser un pedazo de un artefacto que se precipitó a tierra como una bengala mojada. Aunque en este caso, no sé cómo un salvaje descalzo llegó a tenerlo en sus manos.

El ocaso estaba cerca cuando los helicópteros volvieron. Hacía dos horas que no había ninguna novedad, como si alguien hubiera ordenado un silencio radial, interrumpiéndose las comunicaciones entre los aviones de rastreo que habían estado escuchando. Uno de los helicópteros llevaba una gran caja oscura suspendida de los pies de aterrizaje. Los otros helicópteros lo acompañaban de cerca, como escoltándolo.

Todo el equipo se formó al lado de las tiendas, observando todo con curiosidad y preguntándose qué era aquella carga.

En ese momento, el helicóptero de la retaguardia, se separó de la formación y vino a tomar tierra ruidosamente en el mismo lugar en que lo había hecho antes. El mismo oficial descendió, muy pálido y contraído. Al principio parecía no saber qué decir; luego, rearmándose, los miró como si fueran fantasmas.

—Tengo... tengo órdenes para ustedes —dijo con dificultad—. Deben volver a su base de inmediato. No deben usar la radio bajo ninguna circunstancia, y no deben decirle a nadie la razón por la cual vuelven sin haber completado su trabajo.

—¿Cómo? —respondió el equipo al unísono.

—Yo... —el oficial se secó el sudor de la frente—. Bien, les voy a contar, antes que me prohíban hacerlo. Miren, encontramos el avión estrellado, desparramado en más de dos kilómetros de jungla. Y también... también encontramos al piloto.

—Entonces Tambah no deliraba al hablar de un hombre en esa cosa —exclamó Ba Thway.

—No —el oficial los miraba en foma rara—. Se equivocó al decir que había un hombre en su interior.

Jan fue el único en entender enseguida. Sintió cómo la sangre abandonaba su rostro.

—¿Trata de decir que el piloto **no era** un hombre? —preguntó en forma casi inaudible.

—Eso es exactamente lo que estoy tratando de decirles —respondió el oficial. Sus ojos estaban fijos en las lejanas siluetas de los helicópteros—. Ahora están en camino al hospital, para ver si pueden salvar al piloto, es decir a la **cosa**.

—Un cohete de propulsión nuclear —murmuró Carlos—. Con una criatura de otro planeta en su interior; ¡esto es decididamente fantástico!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Pude echarle una ojeada —dijo el oficial—. Y... y tampoco es totalmente cierto. Solo quedan pedazos, pero uno puede reconocer que no se trata de un cohete. Es... es algo diferente.

—Pero con propulsión atómica —insistió Carlos.

El oficial tragó saliva y agregó:

—No lo creo. Teníamos contadores Geiger, y medimos el exterior del casco y luego medimos lo que pudimos del interior; sólo hay radiación en el exterior.

Esperaron. No había terminado de confiarles sus terribles sospechas. Finalmente —la decisión de continuar con el relato le producía sudor en la frente— dejó que las palabras salieran como un torrente, delatando, en el tono de su voz, la profunda emoción que lo embargaba.

—Bueno, encontramos lo que debió ser la cabina de control, y la sala de máquinas y finalmente lo que deben ser las armas.

—¿Armas? —Jan se adelantó medio paso, pero el oficial no lo notó y no interrumpió el fluir de sus palabras.

—Y sobre un costado de los restos de la nave, manchas de metal fundido, y las lecturas de los tremendos niveles de radiación; no creo que la nave se haya estrellado por accidente, creo...

Interrumpió su relato y miró en dirección opuesta a la de los helicópteros que desaparecían. Miró hacia las primeras estrellas de la noche.

—Creo que en algún lugar, allá arriba, se está librando una guerra. Creo que esta nave fue **derribada.** Y lo que me gustaría saber es... ¿quién vendrá a rescatar a los sobrevivientes?

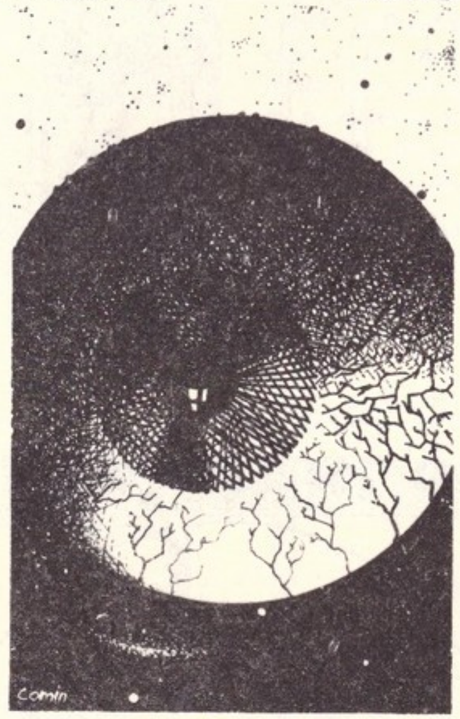
El navegante del avión de reconocimiento saltó mucho antes que el piloto, y aterrizó a unos treinta kilómetros de éste. Tocó tierra a salvo, a la vista de una aldea de la tribu llamada Ipoh, quienes como los Kalang, ignoraban todo acerca de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo eran gente amable y hospitalaria y estaban muy impresionados por la forma en que el hombre llegó, envuelto en alas blancas desde el cielo. Le dieron comida y lo alojaron. Más tarde, cuando una patrulla de reconocimiento vino desde las posiciones cercanas donde habían visto abrirse el paracaídas, encontraron al navegante vivo y en buen estado. El oficial a cargo, como correspondía, arrasó la aldea y ejecutó al jefe por haber colaborado con el enemigo.

Título original en inglés:
"Even chance"
© by The Conde Nast Pub. 1965.
Traducción: Alejandro Schwerdel

PARSEC

CIENCIA·FICCION ANTOLOGIA



Debido a inconvenientes relacionados con la adquisición de derechos, hemos debido modificar el contenido de PARSEC ANTOLOGIA/2, la que se conformará con los siguientes textos y autores:

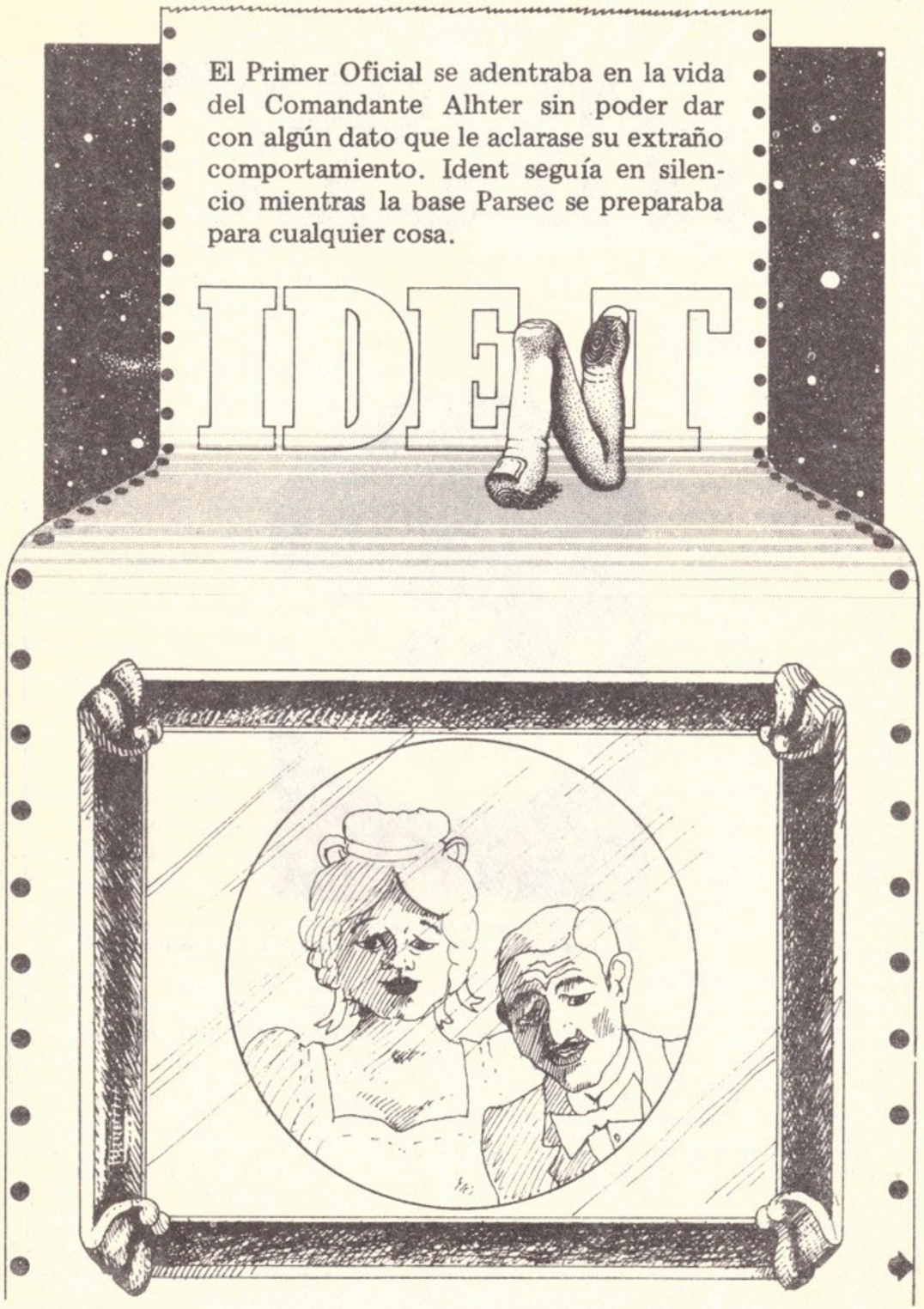
Búsqueda al azar, novela corta de John Wyndham.
Granjero en desgracia, novela corta de Frederik Pohl.
La genuina momia egipcia casera del Coronel Stonesteel, cuento de Ray Bradbury.
Intracom, cuento de Ursula K. Le Guin.
El artefacto, cuento de Clifford Simak.

Será un libro con el mismo formato que PARSEC REVISTA y de unas 160 a 180 pgs. Puede adquirirse mediante el sistema de venta anticipada del PROCON, enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital). No se distribuirá en Kioscos. Se imprimirá una cantidad reducida de ejemplares, dándose prioridad a las ventas anticipadas del PROCON. Aparecerá en marzo de 1985.

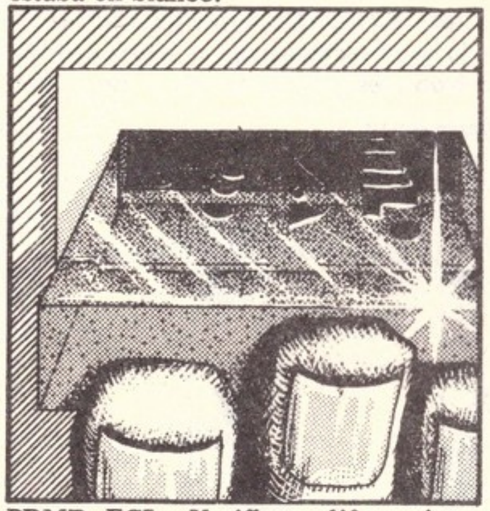
Precio válido para noviembre de 1984: $a 460.-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

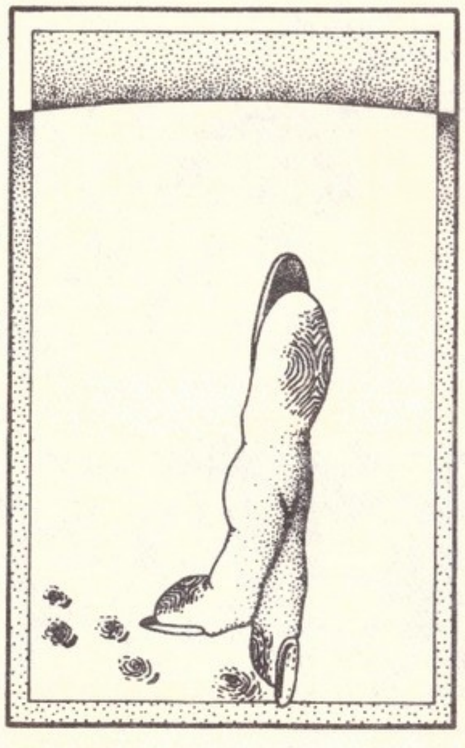
El Primer Oficial se adentraba en la vida del Comandante Alhter sin poder dar con algún dato que le aclarase su extraño comportamiento. Ident seguía en silencio mientras la base Parsec se preparaba para cualquier cosa.



Las fotos de la familia Alhter eran viejas pero estaban nítidas; el Primer Oficial seguía sin comprender por qué la foto del Comandante estaba en blanco.

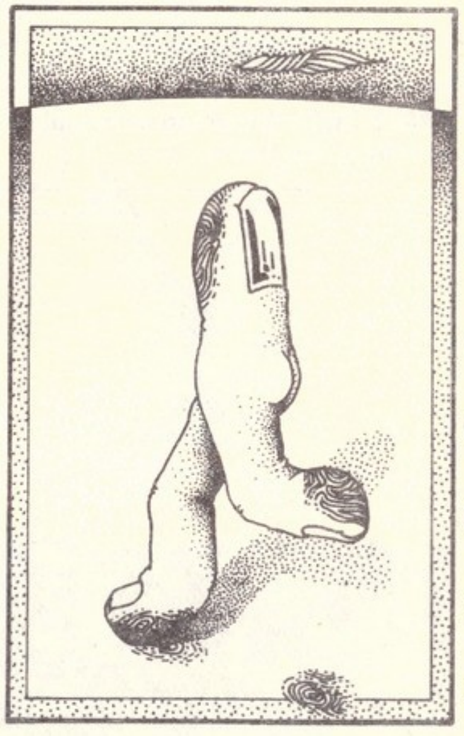


PRMR FCL: Verifique diferencias orgánicas entre ambos ejemplares.



Juntó todos los datos emitidos por la AZULYBLANCA y los volvió a introducir, pero esta vez en fase verde. Mientras la computadora madre los reprocesaba, se dirigió hasta otro panel y pidió que volviera a editarse en la pantalla la serie principal de fotos recibidas desde Ident.

Detuvo la serie en las fotos de los animales bautizados como "idénticos":



INC: Diferencias orgánicas inexistentes.

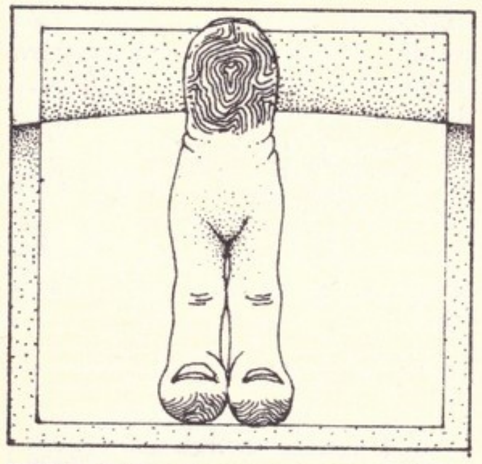
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

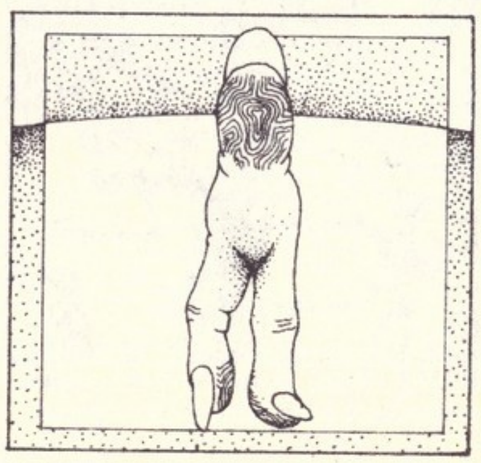
PRMR FCL: Reitero, verifique patrón sexual.

INC: Patrón sexual analizado: NEGATIVO.

El Primer Oficial requirió entonces una nueva reproducción de las fotos principales. Después, pidió a la AZULYBLANCA que buscara entre la serie secundaria si había tomas frontales de Rep. 70 y Rep. 75.

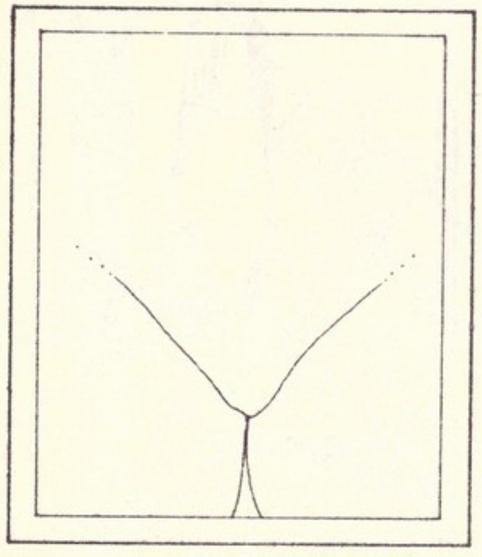
Ambas fotos aparecieron:

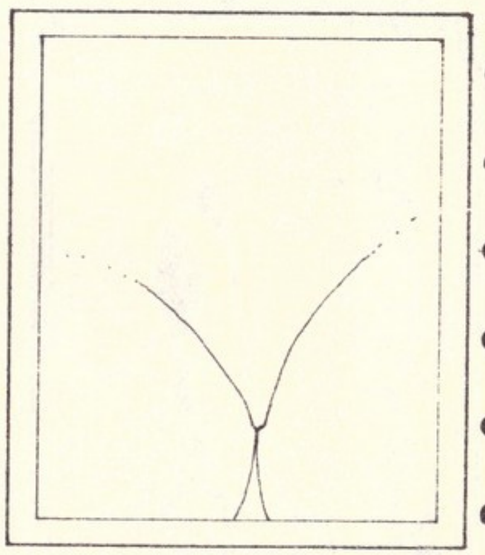




PRMR FCL: Quiero un acercamiento central del 100 %.

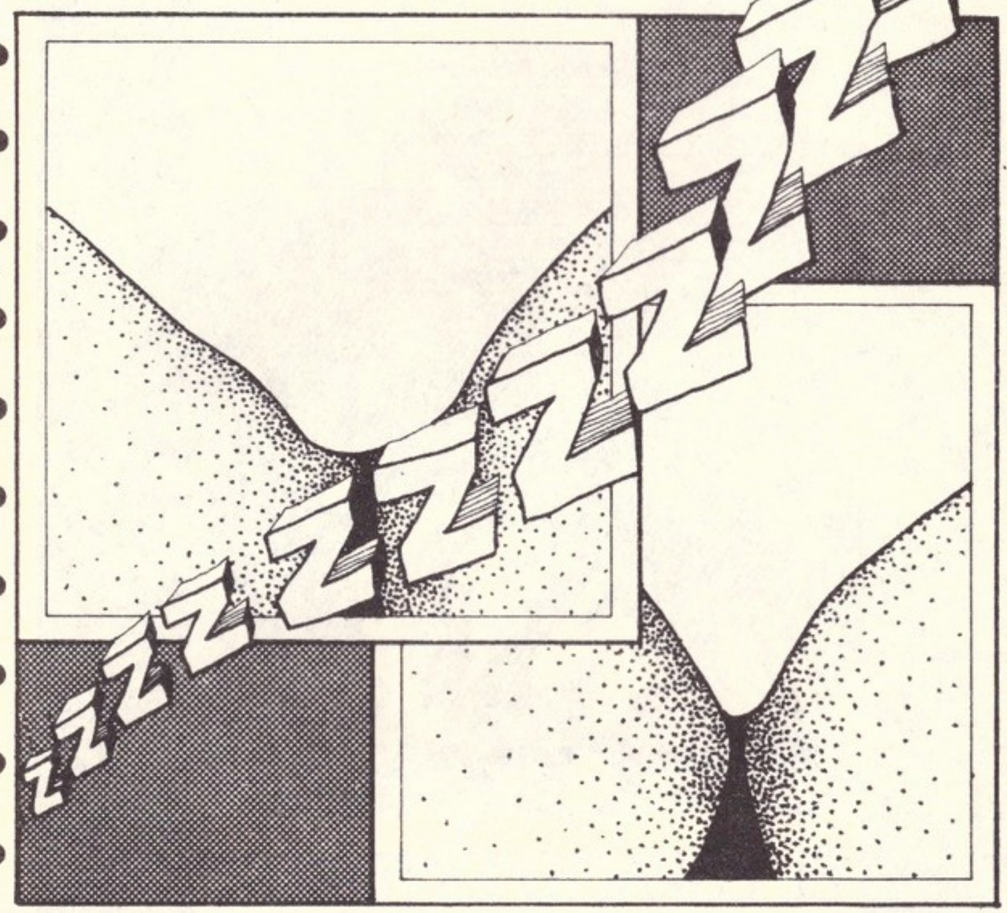
INC: Acercamiento realizado sin novedad.





PRMR FCL: Quiero otro acercamiento del 100 % con contraste infrarrojo.

En ese instante, una luz amarilla comenzó a titilar a espaldas del Primer Oficial. Al principio no lo notó debido a lo atento que estaba con esa fase de la investigación, pero el zumbido lo volvió a la realidad.



(continuará)

Ilustraciones: Omar Comin Textos: Miguel Doreau

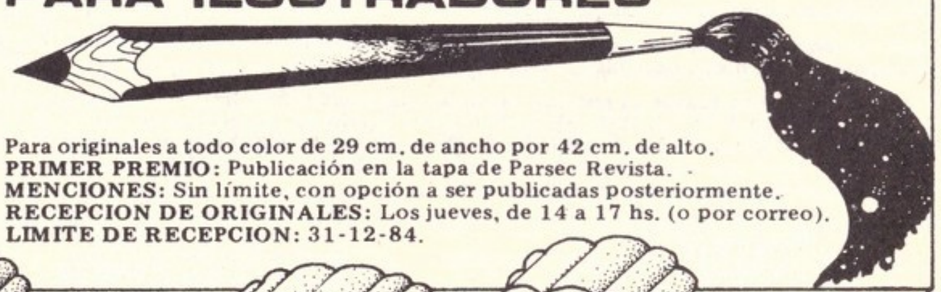
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Autores y Cuentos	Revista N°	Página
BESTER, Alfred		
"Hasta el último aliento"	2	18
BRUNNER, John		
"Una oportunidad para la simetría"	6	63
BRYANT, Edward		
"El sol de la pradera"	5	43
BUSBY, F. M.		
"Los ratones y Otis"	4	16
CARLETTI, Eduardo Julio		
"Mopsi, te odio"	4	26
CARSON, Tarik		
"La garra perpetua"	2	28
CHRISTOPHER, John		
"Unos pocos espíritus afines"	3	46
COMIN, Omar / DOREAU, Miguel		
Principio de "Ident"	3	62
DISCH, Thomas M.		
"El judío errante"	1	40

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EISENSTEIN, Phyllis		
"Unión"	6	22
ELLISON, Harlan		
"El chivo expiatorio"	2	24
GAUT vel HARTMAN, Sergio		
"Mercaderes del tiempo"	6	41
GIMENEZ, Eduardo Abel		
"Un paseo por Camarjali" (I)	3	66
"Un paseo por Camarjali" (II)	4	68
"Un paseo por Camarjali" (III)	5	64
GORODISCHER, Angélica		
"Chop-Suey"	1	45
HALDEMAN II, Jack		
"Un hecho científico"	5	54
HARRISON, Harry		
"La última batalla"	4	45
HENDERSON, Zenna		
"Las penurias por el agua"	2	50
HUBERT, Jean-Pierre		
"Cauterización"	1	63
KILOUGH, Lee		
"El jardín de las sirenas"	5	4
KOONTZ, Dean R.		
"Musa"	6	9
LEIBER, Fritz		
"La gran caravana"	3	56
"Una estación del camino"	1	4
LEVRERO, Mario		
"Los ratones felices"	5	22
MARTIN, George R. R.		
"La cruz y el dragón"	3	4
Mc CAFFREY, Anne		
"Campos de terciopelo"	6	53
NOLAN, William F.		
"Los muertos llaman"	4	59
POHL, Frederik		
"La segunda venida"	3	31
SABERHAGEN, Fred		
"La aventura del asesino metálico"	3	23
SHECKLEY, Robert		
"El futuro perdido"	5	36
"Un cuerpo en la mira"	1	24
SMITH, Cordwainer		
"Los buenos amigos"	4	40
STURGEON, Theodore		
"Talento"	4	7
THOMAS, Gilbert		
"Por la gracia de Dios"	4	49
VONNEGUT Jr., Kurt		
"El gran coito espacial"	6	34
WATSON, Ian		
"Una jaula para la muerte"	3	35
WOLFE, Gene		
"Creación"	1	20
YOUNG, Robert F.		
"El abismo de Tártaro"	2	3
ZELAZNY, Roger		
"Fiebre de coleccionista"	1	35

PRIMER CONCURSO PARSEC PARA ILUSTRADORES



Para originales a todo color de 29 cm. de ancho por 42 cm. de alto.
PRIMER PREMIO: Publicación en la tapa de Parsec Revista.
MENCIONES: Sin límite, con opción a ser publicadas posteriormente.
RECEPCION DE ORIGINALES: Los jueves, de 14 a 17 hs. (o por correo).
LIMITE DE RECEPCION: 31-12-84.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Libro de 15 cuentos firmados por Graciela Parini y Sergio Gaut vel Hartman que se calcula aparecerá en mayo de 1985.

Puede adquirirse mediante el sistema de venta anticipada del PROCON, enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital). Pertenece a la Serie: Parsec, y no se distribuirá en kioskos.

Precio válido para noviembre de 1984: $a 460.-

Libros

Vamos a empezar con Minotauro española porque se codea con la "noticia" desde varios ángulos.

Nuestros informantes españoles se han lucido poco con el anuncio de la aparición de *Heliconia primavera* y *Ultimas órdenes* (ambos Aldiss, para los despistados). La noticia ha conmovido hasta sus fibras más íntimas al traductor de la segunda (que la sigue traduciendo, ya llegó a la mitad del manuscrito y vive en Buenos Aires). Los libros están – ¡cómo no! – anunciados y aparecerán en el futuro mediato... antes o después de la treintena de otros libros (y de otros autores... que no todo es Aldiss en la literatura anglosajona) contratados por la editorial.

Así que ordenemos un poco los papeles y digamos que luego de *El verano del pequeño San John* de John Crowley (una novela muy elogiada por casi todos aquellos que la han leído) y *El Silmarillion* de J. R. R. Tolkien (en realidad una serie de manuscritos inconclusos editados póstumamente por el hijo del creador de *El Señor de los anillos*), Minotauro lanzó *Informe de probabilidad A* (un Aldiss ya mencionado en las páginas de Parsec/4 y que ha recibido en España críticas muy diversas: desde los elogios de Santos y Serra hasta el abucheo de Solé y Salvador) y a continuación *La negación* de Christopher Priest, un autor al que sólo logramos relacionar con obras interesantes: *Un verano infinito*, "La cabeza y la mano", *Fuga para una isla*, "Putas", *La máquina espacial*.

Y ahora sí, las novedades "concretas". En septiembre apareció (y nos estamos jugando al escribir esto... en agosto) *La isla de cemento* de J. G. Ballard, completándose así la llamada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"trilogía urbana" (definición que estamos lejos de avalar) iniciada con *Crash* y *Rascacielos* y preanunciada en *La exhibición de atrocidades.* Pero lo que parece incuestionable es el advenimiento de una "segunda etapa" en la carrera de Ballard a partir de *La exhibición...*, segunda etapa en la que hay que incluir *Unlimited Dream Company, Hello America* y *Myths of the near future* (¿falta mucho, señor Porrúa?)

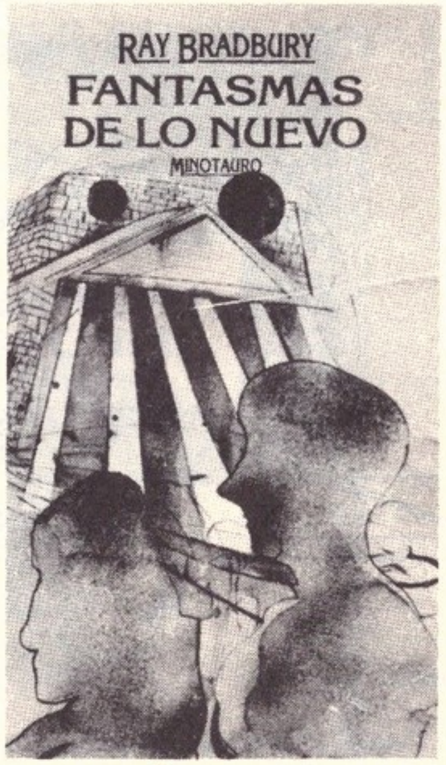
Para terminar con Minotauro española: después de Ballard... otro Aldiss (y éste es seguro). Se trata de *El tapiz de Malacia.* Pero volveremos sobre esto el mes que viene.

Adiós Minotauro, hola Nebulae.

Después de *Criptozoico* (N° 62) una larga pausa —nuestra información en Parsec/4 no contribuyó a tranquilizar los ánimos— y el N° 63 fue *La otra isla del dr. Moreau* (¡Aldiss!), un más que obvio homenaje a Wells (el segundo: recordad "El árbol de saliva") en la "otra" vertiente del inglés, despojada tanto de las pretensiones experimentales *(Criptozoico, A cabeza descalza,* los relatos de *El momento del eclipse)* como de cierto tono de indagación social *(Un mundo devastado, Enemigos del sistema).*

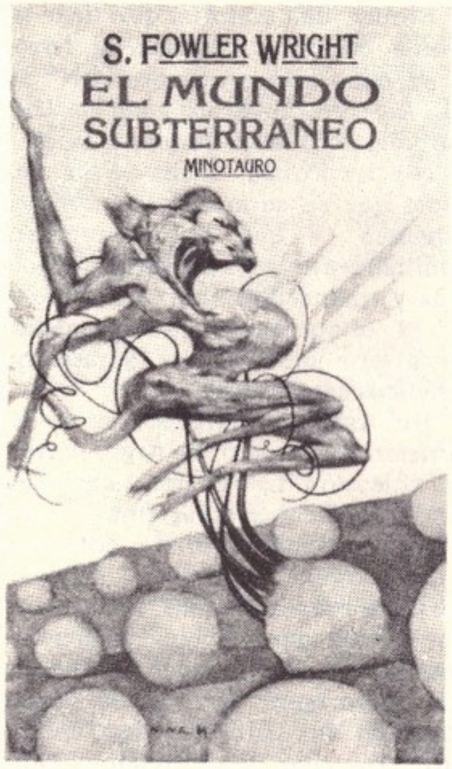
El N° 64 de Nebulae es *¿Quién anda por ahí?* de Bob Shaw y el N° 65 la muy esperada novela de Dick *La transmigración de Timothy Archer.* Esperamos recibir los libros para extendernos sobre ellos en el próximo Parsec.

Por el lado de Martínez Roca y luego del N° 88 *(La persistencia de la visión)* nos encontramos en el N° 89 con otra antología de Jim Wynorski:



Vinieron a la Tierra. La idea *generatriz* de este libro (y de su hermano gemelo *Vinieron del espacio exterior)* consiste en reunir relatos que dieron origen a películas de ciencia ficción, aunque en la mayoría de los casos se trate de flagrantes traiciones. Aquí hay un Ellison clásico, "Un muchacho y su perro" (ND N° 89), un relato de un escritor del que hubiéramos querido leer más cosas ("El corredor", Ib Melchior, Bruguera LA 94), y el cuento que dio origen al film *Esta isla, la tierra* de Raymond Jones (a su vez convertida en novela y publicada con el mismo título en Nebulae primera época N° 41) y un Kuttner y un Bradbury... Siete relatos en total y sólo uno inédito.

Ya adelantamos que había una



segunda parte del Varley, pero no se llama como consignamos en Parsec/4, sino *En el salón de los reyes marcianos.* Los relatos son cinco, los inéditos dos.

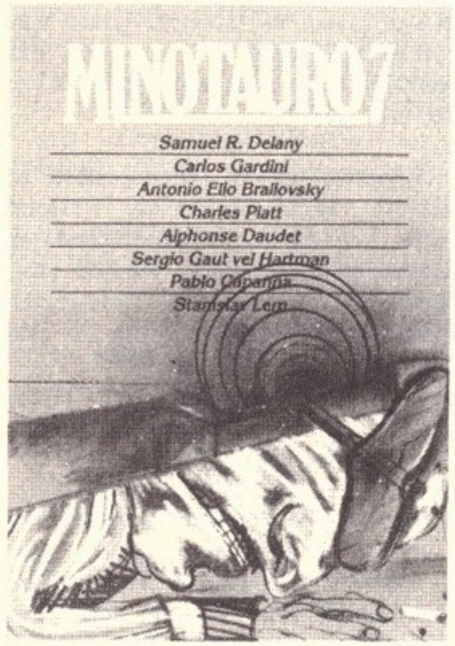
Y Martínez Roca enciende sus mejores luces de neón y crea la colección Gran Super Ficción. Un ámbito, tal vez, quizá, como la Opera de París, a la Scala de Milán, el Carnegie Hall o nuestro teatro Colón destinado a exhibir, con pompa, y sin pudor, a lo más granado del género. ¿Qué propone Gran Super Ficción como apertura de temporada? Un Asimov, sí señor. *Los vientos del cambio.* Veintiún relatos veintiuno. Catorce inéditos, catorce. ¿Y qué dicen nuestros bien amados amigos hispanos? Que es pobre, muy pobre... Y eso que ellos le han perdonado la vida a más de un ínclito Isaac, el Ubicuo. Claro que preferimos juzgar por nosotros mismos y en todo caso hacer justicia por propia mano.

Ultramar, como anticipamos en Parsec/5, sacó *Limbo* de Bernard Wolfe, que antes fuera publicada en castellano por Galaxia-Vértice (una especie de garantía de traducción deleznable). *Limbo* es una de esas obras clásicas (como *Bring the Jubilee* o hasta hace muy poco *Venus más X)* que se citan sin haber sido leídas. Comparada con *1984* y *Un mundo feliz,* es, al decir de nuestro corresponsal Alejo Cuervo, una novela ardua, de lectura poco asequible. Se refiere a un tema tan crucial como la violencia, y la presenta desde una perspectiva freudiana, mostrándola como un componente básico de la naturaleza humana, irreprimible y causa de fracasos sociales. Los críticos españoles han sido casi unánimes al considerarla una gran novela.

En el plano de las reediciones, Ultramar sacó *Las fuentes del paraíso* de Clarke, *Dune* de Herbert y en septiembre debieron aparecer *Cronopaisaje* de Benford y *Dioses del Mundo del Río* de Farmer.

Bruguera, inactiva para todo aquello que signifique un riesgo editorial, se dedica a reeditar obras clásicas en su colección Club Joven. Pero como se trata de valiosas novelas clásicas (o interesantes libros modernos que conviene poner al alcance de los jóvenes a precios razonables) creemos necesario consignarlos aquí. Se trata de *La guerra de las salamandras* de Karel Capek, *Fábulas de robots* de Stanislaw Lem, *Frankestein* de Mary

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Shelley y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de R. L. Stevenson.

Y ya que hablamos de novelas "juveniles" (alguna vez habrá que extenderse sobre este injustificadamente segregado sector del género, v. g. la colección Robin Hood del Espacio) mencionemos a John Christopher (reciente huésped de las páginas de Parsec/3) y su novela *Las montañas blancas,* publicada por Alfaguara, colección Juvenil N° 83. Habrá que prestar mucha atención en el futuro a lo que hace esta gente, responsable de ediciones cuidadas y títulos trascendentes. Sin ir más lejos, vale la pena recordar *La historia interminable,* de Michael Ende.

Para terminar con España haremos referencia a una serie de publicaciones lanzadas por editoriales no especializadas.

Forum, una editorial que tiene su propia colección dedicada al terror (y va nada menos que por el N° 39 —*El hombrecillo de las gafas* de José Luis Velasco) la ha emprendido ahora con los Conan. Luego de los diez libros que en su momento publicara Bruguera (y que Forum repitiera puntualmente aunque variando portada y traducción) ahora ha salido el N° 11, el que había quedado inédito en la serie anterior. Los fantasheroi-fanáticos agradecidos, ¿no?

Un Anthony Burgess: *Fin de las noticias del mundo* en Argos-Vergara, colección Las cuatro estaciones. Un Roald Dahl en Anagrama-Contraseñas (la misma editorial y colección que incluyera a Farmer y Adams): *Historias extraordinarias,* siete relatos que tienen que ver tangencialmente con la fantasía. Manuel de Pedrolo (un importante escritor de lengua catalana) en editorial Hogar del Libro: *Trayecto final,* relatos. Gore Vidal *(Mesías* y *Kalki* en Minotauro) en Plaza y Janés con la novela *Duluth.* Y otro Plaza y Janés: *Quizá nos lleve el viento al infinito,* una novela de Gonzalo Torrente Ballester.

Pero no vamos a abandonar España sin hacer referencia al contenido del libro de Visión-Arcadia *La fantástica luz.* Esta colección de relatos de Alfred Bester parece particularmente apropiada para los recién llegados al género, por cuanto contiene algunos de sus relatos clásicos: "Los hombres que mataron a Mahoma" y "El infierno es eterno". Aunque debemos refutar a nuestros amigos españoles con respecto a que "Dissappearing act" estaba inédito en castellano. Antes de aparecer como "Número de desaparición" pudimos leer-

lo en la revista El Péndulo N° 7 (segunda época) como "El gran sueño". De este modo el único cuento del libro que nunca había sido publicado antes en nuestro idioma es "La fuga de cuatro horas", base de *Golem 100.* Ahora esperamos *Oh luminosa y brillante estrella,* segunda entrega de algo así como "lo mejor de Bester", anunciada para octubre.

Tampoco agosto fue un mes demasiado pródigo en novedades en nuestro país. Nos limitaremos a señalar que Minotauro argentina tenía prevista la aparición de *La sueñera* de Ana María Shua para septiembre y *Cuerpos descartables* de Sergio Gaut vel Hartman para fin de año.

Las reediciones de Minotauro en los últimos meses: *Las maquinarias de la alegría* (Bradbury, ilustrado por Scafati); *Fantasmas de lo nuevo* (Bradbury/Scafati); *El hombre ilustrado* (Bradbury/Nine); *El hobbit* (Tolkien, ilustración de tapa del autor); *El mundo subterráneo* (Fowler Wright/Nine); *Crash* (Ballard/Fortín); *La mano izquierda de la oscuridad* (LeGuin/Scafati); *Farenheit 451* (Bradbury/Scafati); *El Silmarillion* (Tolkien/Tolkien); *Los desposeídos* (LeGuin/Scafati); *El color que cayó del cielo* (Lovecraft/Chichoni); *Las sirenas de Titán* (Vonnegut/Scafati); *El país de octubre* (Bradbury/Scafati).

Una nueva modificación, esta vez porque uno de los relatos incluidos está contratado por Minotauro para un futuro libro de Ray Bradbury, ha sufrido la segunda antología Parsec. Definitivamente ha quedado integrada (y ya no puede haber modificaciones porque está en avanzado

estado de elaboración) con: "El artefacto" de Clifford Simak, "Intracom" de Ursula K. LeGuin, "La genuina momia egipcia casera del coronel Stonesteel" de Ray Bradbury y los otros dos trabajos anunciados en nuestro número anterior y que quedan firmes: "Búsqueda al azar" de Wyndhan y "Granjero en desgracia" de Pohl.

Revistas y fanzines

Empecemos con las malas noticias: Nueva Dimensión ha dejado definitivamente de salir. Las ventas del N° 148 han sido desastrosas y Santos parece dispuesto a retirarse a cuarteles de invierno. Pero no nos entra en la cabeza que se trate de algo definitivo...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La revista Minotauro N° 7 (con una magnífica tapa de Scafati y algunos cambios de presentación) ya está en la calle. En Parsec/4 adelantamos el contenido. Ahora anticipamos algo de lo que habrá en los números siguientes:

En Minotauro N° 8: "Rey de Invierno", LeGuin; "Dualismo y sexualidad", LeGuin; "Capítulo XXX", Levrero; "Salvador Dalí, el inocente como paranoide", Ballard; "Carne de bùrdel", Martin; "El desafío intelectrónico", Capanna; "Más sueñera", Shua; "Desayuno en el crepúsculo", Dick. Libros: Gardini y Capanna.

En el 9: Cordwainer Smith, Valery y H. L. Gold. En el 10: Tiptree Jr., Piserchia y Davidson. En el 11 una novela corta y la autobiografía de Kenna y en el 12 Ballard: "Recuerdos de la era espacial".

Cuasar, el fanzine de Luis Pestarini y Mónica Nicastro ha llegado al N° 3. En ese número 3: "Los fantasmas de la Luna" de Ian Watson, "Volanteada" de Marta Esviza Garay, "La centella cayó y vi los álamos" de Marcelo Dos Santos y la conclusión de la novela corta de Sergio Gaut vel Hartman *El regreso de Espartaco* en el apartado de ficción. Y los siguientes artículos: "La ciencia ficción del siglo XIX: ciencia e ideología" por Mónica Nicastro, "Comic-book II" también de Mónica, "J. G. Ballard" por Charles Platt y una entrevista a Carlos Gardini por Luis Pestarini. Además las secciones fijas: Editorial, ET AL, comentarios de libros, de películas y correspondencia. Para ponerse en contacto con Cuasar escribir a Avda. Canning 2069, 11° "F", 1425 Buenos Aires.

Sinergia (Sergio Gaut vel Hartman, casilla de correo 200, 1453 Sucursal 53, Buenos Aires) anuncia para su número 8 (primavera): "Marionetas" (Beunza), "Un planeta realmente desconcertante" (Morales), "Una extraña sabiduría" (Berlot), "Pasando" (Piotto), "Silencioso" (Fuentes), "Climaterio" (Plaza), "Apasankha" (Cots), "¿Qué era eso?" (Busby), "Dulce genocidio" (Cassutti), "Una historia de treinta minutos –falsos" (Aragón), "Satán SRL" (Páez). "El colectivo" (los lectores), Opiniones (cartas de los lectores), A vuelo de pájaro, La escena nacional, notas y artículos.

En el segundo número de Unicornio azul, el fanzine rosarino de Claudio Omar Noguerol y otros, encontramos el siguiente material: "El final" de Edelmar Abratte, "Arriba el cielo, abajo está la Tierra" de Fima, "Dioses otros" de Thot Sh, "Talita Kumi" de Luis Nazareno y Claudio Omar Noguerol, "Narrativa de ciencia ficción y fantasía" de Angélica Gorodischer, "Pensamientos" de Gerardo Theyler. Se completa con Comentarios, Cornadas postales y la hoja del Círculo Rosarino de CF y F. Correspondencia a Corrientes 1273, 8° "A", 2000 Rosario, Santa Fe.

Actividades

Mientras los aficionados a la cf siguen reuniéndose en el bar de Uruguay y Rivadavia, Buenos Aires, todos los viernes de 18 a 22 hs. (aunque sea feriado –como pudimos comprobar el 17 de agosto– haga frío o llueva), el CACyF (Casilla de Correo N° 7, 1453 Sucursal 53, Buenos Aires) impulsa importantes actividades. El sábado 11 de agosto fue una charla de Carlos Gardini en el café Tortoni sobre sus libros y proyectos, con intervención –intensa y fructífera– de los aficionados presentes (y no todos los presentes eran aficionados). En septiembre, el 8, la actividad central del mes estuvo a cargo del profesor Pablo Capanna, reciente protagonista de un libro estupendo: *El señor de la tarde*. No tenemos dudas de que el CACyF cumple rigurosamente sus funciones de promoción de la cf en Argentina e invitamos por ello a todos los aficionados a ponerse en contacto y ayudarlo a seguir creciendo.

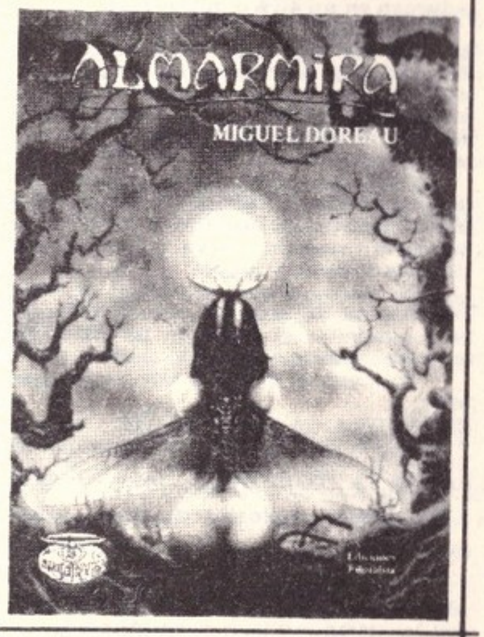
En las próximas entregas de Parsec:

"El polvo del verano" (Sargent), "Eloísa y los doctores del planeta Pergamon" (Saxton), "La gran máquina" (Leiber), "Slammer" (Wolf), "Hombres de trapo y hueso" (Budrys), "En el Hilton del Más Allá" (Shaw), "Llámame Proteo" (Wellen), "Granja de engorde" (Scott Card), "La leche del paraíso" (Tiptree Jr./Sheldon), "Los franciscos" (Gorodischer), "Montaña de hierro" (Eklund), "Arreglándoselas" (Blish), "El último mago" (Davidson), "Noche de estreno" (Effinger), "Sur" (LeGuin), "Cuarentena" (Piserchia), "La astronave de piedra" (Tuttle), "Volviendo a casa" (Watson), "Pequeña guerra" (McLean), "El ocaso de un cantante" (Bunch), "El elefante de la pata de palo" (Sladek), "La ventana arácnida" (Harness). ¿Suficiente?

ALMARMIRA es una novela de 192 páginas, formato 14 x 20 (el mismo que Parsec), que sirve de columna vertebral a la "Ronda de Almarmira" (ver boletines de La Brujutrampa publicados en Parsec Revista/1 y 2 y la lista de títulos publicados por Ediciones Filofalsía). En ella, Miguel Doreau (miembro honorario del C.S.I.A.) relata la historia del Pez tal como él se la contara en persona; es un libro imprescindible para internarse en las desconocidas mitologías de la Provincia de Buenos Aires y en la **Cosmogonía del Arbol.**

Para adquirirlo, envíe giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital) o personalmente de lunes a jueves y de 14 a 17 hs. No se distribuye en kioskos.

Precio válido para noviembre de 1984:
$a 460.-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PROCON

(Proyecto Confianza)

FILOFALSIA es una editorial que tratará, por los medios a su alcance, de abaratar costos con el fin de que sus publicaciones tengan precios accesibles. De todos los títulos, editados o por editarse, sólo la serie PARSEC alcanza a una cantidad de ejemplares por número que justifica su distribución en quioscos; el resto se imprime en tiradas reducidas que promedian los 500 ejemplares y que sólo en ocasiones especiales alcanzan los 1.000. No hace falta profundizar mucho para darse cuenta de que, cuantos menos ejemplares se imprimen, más alto es el costo de cada uno; esto haría que, de ser distribuidos en quioscos o librerías, con los consiguientes recargos por intermediación, sus precios de venta se tornasen excesivos. Como sabemos que en nuestra Argentina hay numeroso público interesado en la ciencia ficción y la fantasía en sus distintas modalidades: la narrativa directa, la poética y la filosófica, es nuestra intención eliminar ese recargo evitando los circuitos comerciales de distribución; esto hará que los precios de venta se reduzcan en un 40% o quizás más.

Hasta aquí todo es muy lindo y casi heroico si se quiere, pero el trabajo no es sólo nuestro, hay algo imprescindible que ustedes, los lectores, deben poner en juego: **CONFIANZA**. La suficiente como para hacer sus pedidos directamente a Ediciones Filofalsía, por correo o personalmente; en este último caso, más que la confianza, privará el esfuerzo de venirse hasta nuestra redacción, única boca de expendio, pero si decidieran hacerlo por correo, deberán realizar el pago en forma anticipada, enviando giro o cheque, teniendo la certeza (confianza) de que a vuelta de correo recibirán el material solicitado.

Pero aquí no termina la cosa; como muchos habrán notado, la suscripción a la revista cuatrimestral CLEPSIDRA actúa como una suerte de suscripción global a todos nuestros títulos (exceptuando PARSEC), esto hace que los precios puedan ser aún más bajos; numerosos suscriptores ya lo han comprobado, especialmente en nuestros meses promocionales de junio y julio.

De todos modos, PARSEC REVISTA seguirá distribuyéndose en quioscos como una manera de alcanzar nuevos lectores y evitar caer en un círculo cerrado, así servirá para publicitar el resto de las ediciones (además de ofrecer sus excelentes cuentos, modestamente, se entiende, ¿no?).

Para que se den una idea de las variaciones que obtendrán en los precios, vean esta lista:

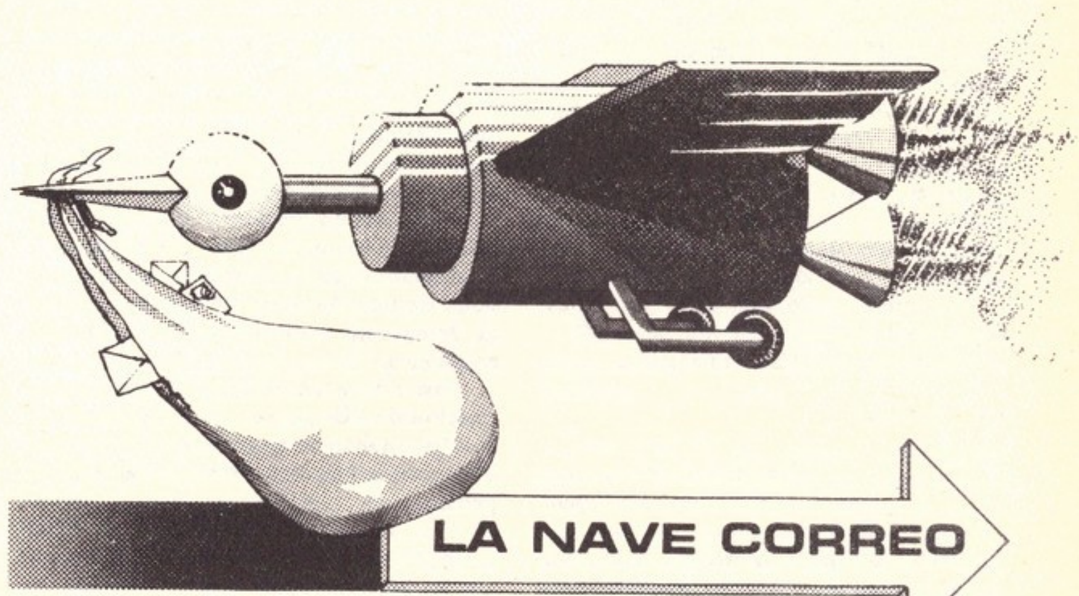
CLEPSIDRA, en quiocos $a 610.-, número individual según el PROCON: $a 315.-, suscripción por un año (3 números más las bonificaciones): $a 625.-

PARSEC ANTOLOGIA/2, quioscos: $a 890.-, s/PROCON: $a 460.-

ALMARMIRA, quioscos: $a 890.-, s/PROCON: $a 460.-

(Nota: Estos precios han sido calculados según los costos del mes de noviembre de 1984)

Estos ejemplos son contundentes, nuestra intención está clara: dar cuerpo a una editorial pequeña pero fuerte y que pueda acercarse efectivamente a sus lectores acorde con los tiempos que se viven. **Ahora les toca a ustedes.**



Estimado Sergio:

He leído Parsec/2 (Revista) y me ha dejado muy contento. No sólo por el nivel de la revista, sino por el gran repunte respecto a P 1 (R).

Como te había comentado P. 1 me defraudó, pues salvo el cuento del grandioso Sheckley y el del veterano Leiber (y aquí me rectifico de mi anterior observación, pues en aquel momento no lo tenía presente) el resto me pareció muy flojo.

Tal vez se salvaba el de Angélica, pero como tú sabes, ella no me gusta, y si leo algo de ella que no me aburre, a lo mejor lo sobrevaloro.

Y del tan mentado cuento "Cauterización" de J. P. Hubert prefiero no opinar. Sólo que si no sabía nada de él, prefiero que siga en la Dimensión Desconocida.

Pero la idea era comentar P. 2 (no, no P2).

La parte informativa, bastante pobre. ¿Acaso los buenos comentarios los dejás para Sinergia?

El cuento de Young (y no entiendo lo de "Bradbury menor") me pareció lo menos bueno de la revista, y eso que me gustó. Sólo una pregunta: los lapsos si no son de tiempo, ¿de qué son? (pág. 6).

El de Bester, es una obrita (por lo corta) maestra. Ojalá sigas rascando bolsas para encontrar más cuentos como éste.

"Chivo Expiatorio vs. Víctima Propiciatoria."

"1,5 m" vs. 20 m."

"Cuasar 2" 1 vs. "Parsec 2" 0. Qué madrugón.

En fin... sigamos y retomemos la seriedad.

"La Garra Perpetua": A Tarik lo conocía por el cuento de S. 5 y no esperaba mucho de él, pero, me sorprendió. ¡Qué cuentazo! Me atrapó de entrada y el final me pareció sensacional, aunque escalofriante.

Y por el último cuento te estoy super agradecido. Leía el cuento de Zenna y me acordaba de su maravilloso Libro del Pue-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

blo. Podrán decir, como he escuchado, que es sensiblera, demasiado "rosa". Pero escribir sencillo y así de bien no muchos lo logran.

La tapa color: 10 puntos. Me hace pensar en los famosos "Pulps" que nunca conocí, y siempre añoré.

En el "Clarín" del 19-7 salió una pequeña reseña de P. 1. Allí proponían rescatar algunos cuentos de "clásicos argentinos". No es mala idea, ¿no?

Resumiendo, lo mejorcito de la CF argentina de los últimos tiempos.

Mucha suerte. Hasta la próxima.

P.D.: No hay.

Fernando H. Pfingsthorn
Capital

PARSEC: De tu rica y sincera carta rescato las preguntas, a las que trataré de dar adecuada respuesta.

La parte informativa no supone profundizar comentarios. Parsec es una revista mensual y no hay tiempo material de prepararlos. Pero más importante aún: pretendemos ubicar la revista en una posición expectante, que equidiste de tirios y troyanos. Y no por no jugarnos, sino porque (lo decimos en el Editorial de este número) estamos ideológicamente en contra de las actitudes dogmáticas en materia de cf. Una revista amplia, que pase "revista" y que deje las polémicas para los fanzines.

Los lapsos pueden ser de espacio o de espaciotiempo. Y no preguntes cómo se mide un lapso espaciotemporal *adentro* de un agujero negro...

No hay demasiado espacio para rescatar clásicos, pero la nota de Clarín nos dejó pensando y por lo menos lo dejamos en carpeta.

No preguntaste, pero viene al caso: se está traduciendo para Parsec el primer cuento (cronológicamente hablando) del ciclo del Pueblo. ¿Satisfecho?

Estimado Sergio:

Esta carta tiene sólo un propósito: expresarte mis felicitaciones por la, a mi juicio, atinadísima inclusión de "Un paseo por Camarjali", de E. A. Giménez, escritor telúrico y promisorio.

En mi modesta opinión, se trata del mejor relato de cf de los nuevos tiempos, dejando muy atrás a otros escritores de mayor experiencia y fama.

Giménez se supera a sí mismo, dejando atrás a "Quiramir" y "Guerras modernas". Recordemos que el primero perdió por poco frente a Levrero, un Levrero, verdad es, levemente –sólo levemente– superior en técnica.

Casi no puedo esperar a leer la continuación de "Un paseo...", pero, aunque la bomba estallara hoy y Parsec no volviera a aparecer, el primer tercio, per sé, valió la pena.

Y sí, hay que decirlo: "Un paseo..." es el mejor relato de los tres números; mejor que los importados...

¡Vamos Parsec, carajo!

Un abrazo y que " Paralaje por segundo" conserve su buen criterio.

¡Suerte!

Marcelo C. Dos Santos

PARSEC: Celebramos tu entusiasta opinión por lo que implica para los argentinos que escriben cf. Creemos en Giménez y lo venimos relojeando como uno de los autores más prometedores desde hace unos quince años. En Estados Unidos eso hubiera sido tiempo más que suficiente para consolidar una carrera tipo Martin, Varley o Haldeman. En Estados Unidos. Aquí tenemos por primera vez dos revistas profesionales y media docena de fanzines. Si eso ayuda para que haya muchos "paseos por Camarjali"...

Señor Director de Parsec:

Le escribo satisfecho luego de la "panzada" de SF que significó la lectura del número 3 de su joven pero excelente revista, sin duda la mejor que se publica en la actualidad en el género y posiblemente la segunda, luego de Más Allá, que se ha publicado jamás.

Y permítaseme, luego de felicitarlo calurosamente por la ímproba tarea encarada por usted y colaboradores en este tambaleante mercado editorial argentino, hacer un balance de los puntos en contra y a favor que encuentro en este número:

POSITIVO: "La cruz y el dragón", de George R. R. Martin, bellísima alegoría sobre la injerencia de la religión en nuestras vidas. Y no es un relato anticatólico ni sionista ni nada; es un cuento de SF, muy bien escrito. El final es increíble.

Excelentes las ilustraciones de Pablo Ruina; TODAS sus ilustraciones.

El traductor P. Román parece muy respetuoso de los originales; sin duda, el mejor traductor del número.

Bien tratado el relato de Saberhagen, un escritor no muy conocido por mí. La mezcla final con el Conan Doyle apócrifo me pareció una elevadísima forma de dejarnos meditando.

El cuentito de Pohl: breve. Es un cuento breve, ¿no? Es bastante breve, es cortito. Se acaba enseguida. Ya, ya se termina. Ni empezó. Está en el rubro "positivos" solamente por la hermosa técnica de Fred y porque lo escribió así, corto. El tema, francamente, no daba para una sola línea más.

Y ahora, lo mejor del relato de Watson: no la idea, trilladísima y superexplotada siempre. No. Lo mejor de este excelente cuento es, como es costumbre en la SF & F moderna, el tratamiento. Y éste es el punto sobresaliente de Parsec/3 (y de los dos números anteriores), la idea de corporeidad de la muerte, su ansia sobrenatural, la lucha virtual entre el científico y ella, no es más que la racionalización de nuestro instinto superviviente; Watson logra elevar su existencialismo reaccionario al punto de tomar un impulso perpetuante instintivo y hacerlo visible; vivo y tangible. Es maravilloso. Insistir con este autor, es un "bocatto di cardenale".

¿Qué quiere decir "cadáveres cionados"? (pág. 40, col. 2)

"Unos pocos espíritus afines" es agradable. Sobre todo en lo que respecta a la demencia progresiva a la que se ve arrojado el protagonista. ¿Por qué dice usted que se va a ganar enemigos? Si es bueno. También correcto el traductor Prado.

Un Muy Bien 10 para la ilustración de Sánchez en la pág. 78. Las demás las menciono en el otro rubro.

La información es interesante y el correo, caótico como nuestro fandom. (Qué fea palabra, suena a "Fandango".)

Pero pasemos al otro lado, como los protagonistas del hermoso cuento de Giménez...

NEGATIVO: Lo primero que impresiona mal es la cubierta: lo más importante, que es el techo, está tapado por el logotipo. La figura protagónica sobra; si Comin se hubiera limitado a poner el techo, el piso y la silla, el trabajo hubiera merecido un 10. Con el robot y la esfera, 4.

¿Qué hacen en su revista traductoras como Dangla y Polisena? No están escribiendo ellas; están traduciendo. ¿Por qué los giros, los inventos, los cambios y omisiones? No respetan ni los puntos suspensivos... Ojo con ellas.

Muy infantil el estilo de Paes para Christopher. No naif. Pueril.

¿Y Leiber? Me defrauda. Es otro de los que trata de llenar con su lenguaje fluido y su técnica literaria la descorazonadora falta de imaginación que últimamente lo caracteriza. El punto más flojo del volumen, junto con las señoras traductoras citadas más arriba.

La "historieta" es ilegible. Simplemente eso.

Y el bueno del señor Sánchez, que se ganó un elogio para una de sus viñetas, se gana mi eterna reprobación para todas las demás. Con rotring, regla y compás yo también dibujo, señor Director.

Un punto aparte para el sumario: ¿Por qué en contratapa? Quedaría mejor en el interior. Al principio o al final, pero adentro. Su revista es muy buena, señor Director, y el sumario allí donde está le resta "lejos" y aire de profesionalismo. Nada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

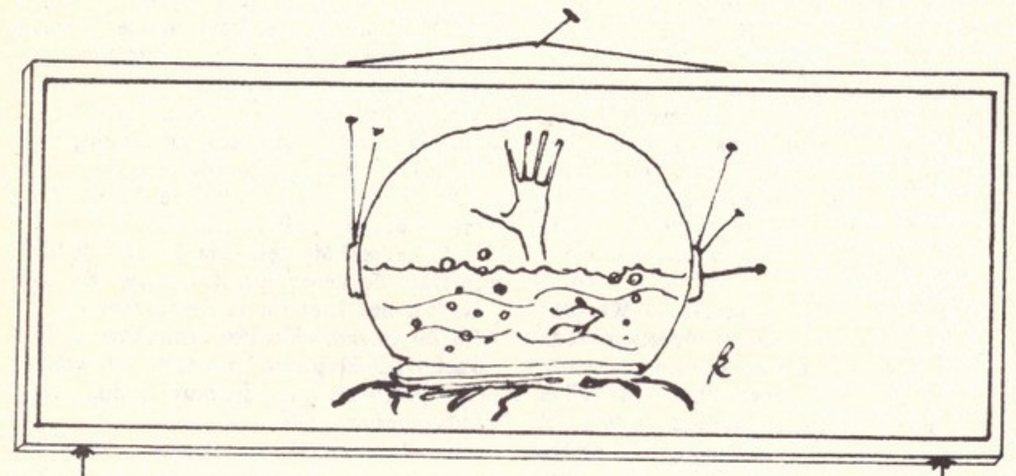
cuesta hacer las cosas bien y agregar sólo una hoja más.

En definitiva, señor Director, el brazo de la balanza que lleva el positivo supera con mucho al del negativo. La suya es una publicación joven (presumo que usted también lo será) y dificultosa. Pero es un esfuerzo, y los viejos amigos del género le agradecemos su existencia. Cuide detalles como los traductores, algún ilustrador flojo, y no incluya textos malos de autores famosos sólo porque son famosos. Una pregunta: ¿Para cuándo un Bradbury, un Howard Fast o un Asimov?

Señor Director: mis mejores augurios y un cálido abrazo. Siga en la brecha ¡y adelante!

Pascual G. Muni

PARSEC: Es una lástima, señor Muni, que usted recurra al seudónimo para expresar sus opiniones (que no siempre compartimos, pero que son siempre respetables). Ganaríamos todos con un poco más de valentía para expresar lo que pensamos. ¿Acaso trata de ponerse a salvo de las iras de Dangla o Polisena? ¿O es usted un dibujante de tan poco nivel que no se atreve a mostrarnos sus trabajos?



NO DUDE EN PONERSE EN CONTACTO CON EL CIRCULO ARGENTINO DE CIENCIA FICCION Y FANTASIA (CACyF) Y PREGUNTAR SOBRE LAS ACTIVIDADES QUE DESARROLLA

C.C. 7 – 1453 Sucursal 53 – Buenos Aires

AVISO FUNDAMENTAL PARA LOS SEGUIDORES INCONDICIONALES DE LA CIENCIA FICCION Y LA FANTASIA EN ARGENTINA:

Este aviso surgió cuando todo este número de PARSEC/6 estaba diagramado y armado, listo para entrar en las máquinas de la imprenta.

PARSEC/6 será el último número de esta revista que se distribuirá en los kioscos.

De ahora en adelante, quienes quieran seguir apreciando estos cuentos e informaciones deberán hacerlo mediante suscripción o compra directa en nuestra redacción. Un inexplicable bajón en las ventas de los meses de agosto, septiembre y octubre nos obliga a tener que reducir la cantidad de ejemplares de tirada, con los consiguientes aumentos en los costos y la imposibilidad de mantener la distribución en kioscos.

Esto nos ha hecho rever toda nuestra política, la RED de Lectores de la que hablé en mi editorial se vuelve ahora más importante que nunca, ya que se convertirá implícitamente en una *cooperativa* de lectores. Esto significa que los costos de cada edición serán prorrateados entre *todas* las personas que se asocien a la RED, en este caso: mediante una suscripción a PARSEC REVISTA. Inevitablemente, se sentirá el aumento en los costos y este será el mejor momento para que ustedes, que nos han seguido desde el primer número, demuestren cuánto interés tienen en que una revista como la nuestra siga existiendo. Demás está decir que hablamos de la vida o la muerte de la serie: PARSEC.

Este número 6 será también el último de este año, haremos un receso y recomenzaremos con el número 7 en marzo de 1985. Así, tendrán bastante tiempo para evaluar la conveniencia o no de contribuir a que PARSEC continúe saliendo tan puntual como siempre (¡y vaya que si hemos sido puntuales!).

También nos vemos en la obligación de suprimir las ofertas y bonificaciones a quienes se suscriban a cualquiera de nuestras publicaciones a partir del 1ro. de noviembre de 1984, manteniéndolas para los que lo hayan hecho con anterioridad a esa fecha.

Los valores para las suscripciones durante el mes de noviembre de 1984 estarán listadas a continuación, y pueden ser abonadas una mitad en noviembre y la otra mitad en diciembre:

3 números	$a 1.500.-
6 números	$a 2.900.-
9 números	$a 4.200.-
12 números	$a 5.500.-

Si ustedes responden como esperamos, pronto la RED contará con un nuevo y muy importante beneficio; PARSEC pondrá a disposición de sus lectores listas de libros de ciencia ficción y fantasía recientemente editados en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

España a precios más bajos de los que se podrán ver en las librerías. Estos libros se traerán en cantidades muy reducidas, alrededor de 50 de cada uno, y se podrán adquirir personalmente o mediante giro o cheque. Este será un servicio exclusivo para los lectores de la RED y quizá la única posibilidad para conseguir dichos libros en la Argentina.

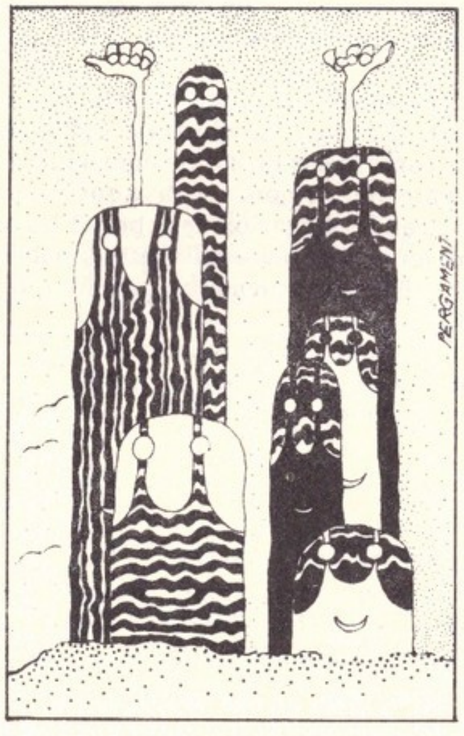
Nota: Si el dinero para las suscripciones fuera enviado después del 30 de noviembre de 1984, nosotros adecuaremos la cantidad de ejemplares a ser enviados a la cantidad de dinero recibida de acuerdo con los precios en el momento de dicha recepción.

Recuerde: Este es el último número de PARSEC REVISTA que se distribuirá en los kioscos, cualquier nuevo contacto con nosotros deberá entablarse en forma directa.

Los giros o cheques deben ser con domicilio de pago en Capital (en caso contrario, recargar un 10% a los valores anunciados) y a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital. Nuestros teléfonos son: 855-3472 y 854-9982.

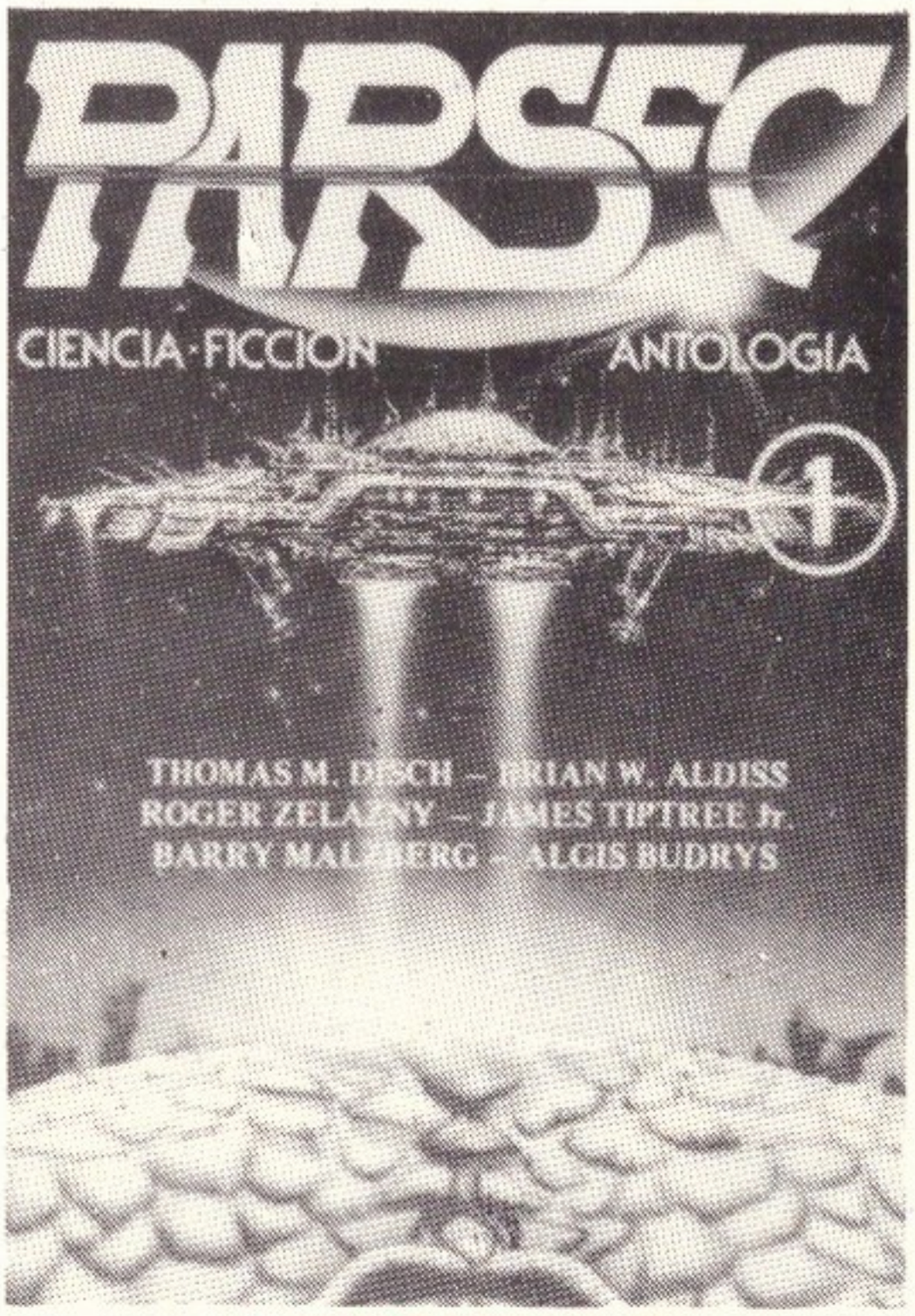
Hasta muy pronto, un abrazo a todos.

Daniel Rubén Mourelle (30-10-84)



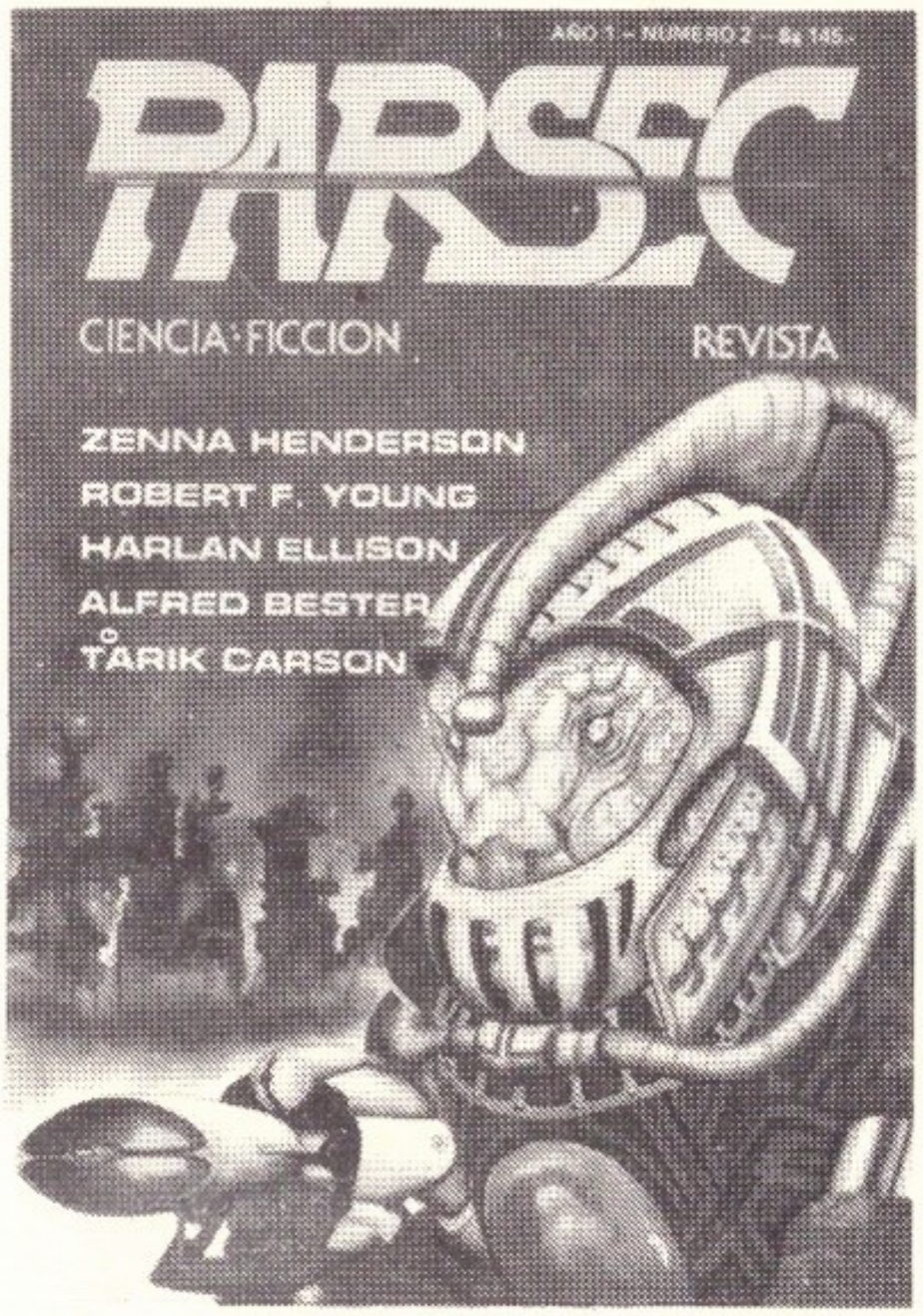
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ediciones Filofalsía, Buenos Aires, República Argentina



ANTOLOGIA/1

REVISTA/1



REVISTA/2

REVISTA/3

Los ejemplares atrasados de PARSEC pueden adquirirse personalmente o pedirse por correo enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital. Precio válido para noviembre de 1984: $a 460.- c/u.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar